

1821. X

DE LA INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE

RELIGION.



DE LA INDIFERENCIA

EN MATERIA

DE

RELIGION.



FL  
282  
LAM  
del

XIX-8691 Q52.074

# DE LA INDIFFERENCIA

## EN MATERIA DE RELIGION

OBRA ESCRITA

POR MR. L. ABBÉ FR. DE LA MENNAIS

Y TRADUCIDA

DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

POR

FR. JOSÉ MARIA LASO DE LA VEGA, DR. EN SAGRADA

TEOLOGÍA Y LECTOR EN S. FRANCISCO DE LA

OBSERVANCIA DE CADIZ.

*Impius cum in profundum venerit..... contemnit*  
Prov. 18 3.



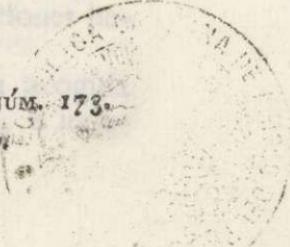
**T. III.**

---

CADIZ : 1821.

EN LA IMPRENTA DE LA CALLE DEL AIRE, NÚM. 173.

A cargo de D. Eusebio Diaz Malo



DE LA INSTRUCCION

EN MATERIA DE RELIGION

OBRA ESCRITA

POR M. L. ABRE F. DE LA MENNAIS

Y TRADUCIDA

DE LA CUARTA EDICION FRANCESA

POR

FR. JOSÉ MARIA LASO DE LA VEGA, DR. EN SAGRADA

TEOLOGIA Y LECTOR EN S. FRANCISCO DE LA

UNIVERSIDAD DE CADIZ.

Impressum in profundum venit..... continet

Trav. 18 3.

T. III.

CADIZ : 1821.

En la Imprenta de la Calle del Aire, núm. 173.

A cargo de D. Eugenio Diaz Melis

## PRÓLOGO.

**H**ace un año que se publicó la traducción española del primer tomo *sobre la indiferencia en materia de Religión*, escrito en frances por Mr. de la Mennais; y poco menos que dió á luz este segundo, que viene á formar el tercero de mi version castellana. Ninguna impugnacion habia aparecido hasta esta época; y el autor responde victoriosamente en su prefacio á algunas acusaciones vagas de intolerancia, y á las observaciones de Mr. Vincent, ministro protestante de la iglesia reformada de Nismes: únicas voces que pretendieron interrumpir el general aplauso que gozó y goza su obra. Publicado este segundo tomo, se han presentado en la escena un bufon que se titula *Le Joyeux de S.<sup>t</sup> Acre* y J. Bellugou, sacerdote, cuyo escrito *Ensayo de refutacion del sistema erroneo y peligroso que pretende establecer Mr. de la Mennais*, celebrando en general la empresa de nuestro Autor y su digno desempeño, prodigando los debidos elogios al primer tomo, se ciñe á criticar solo el segundo, en quanto al nuevo método de demostracion que en él adopta tomado del testimonio universal. Dejando al talento superior de Mr. de la Mennais el derecho de contestar á su rival, como es de esperar lo hará en el tercer tomo prometido, yo me limitarè á extractar las razones con que en el prefacio del segundo responde á las observaciones hechas contra el primero.

Entra desde luego celebrando la buena acogida que su obra ha encontrado en los pueblos, é infie-

re de ella cuanto conocen estos la necesidad de la verdad, y cuan fácil sería restablecer su imperio en Francia, ayudando el gobierno aquel feliz movimiento de los espíritus. Habia hecho ver en el primer tomo la triste situacion en que se hallaban, resultado funesto de las persecuciones que á principios del siglo sufrió allí la Religion; y se queja de que los progresos de esta y sus ventajas no crecen en proporcion de las felices disposiciones del pueblo, por obstáculos que, siendo peculiares á aquella nacion y efecto de anteriores desórdenes, no es del caso referir.

Observando que solo la religion puede estrechar los vínculos de la sociedad hasta aquel punto de perfeccion que la hace estable y venturosa, cuando la filosofia (a) propende á desunir todos sus vín-

---

(a) *No nos cansaremos de repetir lo que en el prólogo del primer tomo p. XXIV. dijimos acerca del sentido que hoy se dá comunmente á esta palabra Filosofia. El uso ha dado á los incrédulos el título de filosofos; mas al designar á aquellos con este nombre no es el ánimo del Autor, ni el nuestro desacreditar la filosofia verdadera, que es igualmente útil á la Religion que á la sociedad. Por quitar la máscara á los empiricos no se desacredita el arte de curar. Un sábio historiador y profundo político, testigo ocular de todos los desastres que causó la impiedad disfrazada con este honroso título de filosofia dice: Se ha convenido en dar el nombre de filosofismo al abuso de la filosofia, asi como el de fanatismo á el abuso de la Religion. Mas, como acusar la Religion de las desgracias incalculables causadas por el fanatismo es el exceso de la sinrazon é injusticia, asi tampoco están libres de reconvencion aquellos cuyos vanos esfuerzos, con las miras de volvernos á las tinieblas del siglo doce, se dirigen sin cesar á confundir los trabajos de los filosofos con la absurda logomachia de algunos sofistas capciosos, tan enemigos de las ideas religiosas, como de las leyes, costumbres y gobiernos.*

## VII.

culos, reflexiona así en una nota: „Fuera de la sociedad, el hombre no puede ni conservarse ni perpetuarse. Perpetuarse es conservarse siempre; y el deseo de perpetuarse, del mismo modo que el de perfeccionarse, no es mas que el deseo de vivir; porque ser mas perfecto es vivir mas; la perfeccion es el desarrollo, la estension completa de la vida.

„El espíritu, el corazon, hasta los sentidos ó el cuerpo, en una palabra, todo lo que forma y constituye el hombre desea naturalmente conservarse ó perpetuarse, porque naturalmente quiere vivir, y porque no está en su poder no querer vivir.

„Mas en la separacion solitaria y contraria à la naturaleza en que la filosofia le pone, todos los esfuerzos que hace para conservarse caminan à destruirle. El hombre estando solo nada produce: la vida es un don del Soberano Ser; las criaturas le transmiten, y nada mas. Transmitir es comunicar lo que se ha recibido. Recibir y dar, he aqui pues en lo que consiste la vida, y el medio que la conserva: luego no hay vida fuera de la sociedad; y la sociedad considerada en su existencia intelectual, se compone esencialmente de tres personas, la que recibe, aquella de quien ha recibido, y aquella à quien dá ó transmite lo que ha recibido.

Todo cuanto hai en el hombre que tiene un modo de vida particular, el espíritu, el corazon, los sentidos ó el cuerpo, todo está sometido à esta ley universal de union y dependencia.

¿Que sucede pues cuando el hombre está solo? El espíritu quiere vivir ó conservarse; vivir, para el, es conocerse ó poseer la verdad. Cuando la recibe, es pasivo; cuando la comunica ó transmite es activo; mas en estos dos estados, siempre es necesario que esté unido à un otro espíritu que obre

### VIII.

sobre él, ó sobre el qual el obre. No pudiendo cuando está solo, ni recibir ni transmitir, y sin embargo queriendo vivir, prueba à multiplicarse ó crear en sí las personas sociales necesarias para conservar y perpetuar la vida: trabajo inutil, esfuerzo esteril de un espíritu que, procurando fecundarse á sí mismo, quiere dar à luz sin haber concebido. Este género de depravacion, este vicio vergonzoso de la inteligencia la debilita, la consume y conduce á una especie particular de idiotismo que se llama ideología.

Lo mismo sucede al corazon: ¡quiere vivir! y vivir, para el, es amar ó unirse á otro ser. Cuando no tiene fuera de sí un objeto de amor ó término de su accion, obra sobre sí mismo ¿y qué produce? Fantasmas vagos, asi como el espíritu que está solo produce abstracciones quiméricas. El uno se alimenta con sueños, y el otro con ilusiones; ó mas bien prueban inutilmente à alimentarse. En su soledad y en sus deseos se atormenta el corazon para gozar de sí mismo. He aqui el amor de sí propio, ó el egoismo en su mas alto grado. Este género de depravacion, este vicio vergonzoso del corazon le debilita, le consume y conduce á una especie particular de idiotismo que se llama melancolia.

„Un desórden semejante en el órden fisico debilita, consume el cuerpo, degrada todas sus facultades, y conduce al idiotismo absoluto, que es la muerte de los sentidos, del corazon y de la inteligencia.

„Es de notar que entre los antiguos la ideología propiamente dicha y la melancolia considerada como pasion, eran desconocidas, y que el vicio sensual que corresponde á estos vicios del espíritu y del corazon era mucho menos comun que ha llegado á serlo en nuestros dias. El hombre no se

## IX.

separaba entonces de la familia y de la sociedad; no pretendia vivir *solo*. Pero estableciendo muchas veces las opiniones è instituciones falsas relaciones falsas entre las personas sociales, resultaba, tanto en el espíritu como en las costumbres, desórdenes análogos. Habia bajo este aspecto, entre los antiguos y los discípulos de nuestra filosofia moderna la diferencia que hai del error al idiotismo. La misma palabra *idiotismo*, segun su etimología, designa el estado de un ser separado de la sociedad, ó que vive aparte, esto es, solo.”

Sigue luego haciendo ver que esta soledad ó aislamiento absoluto á que una filosofia falsa conduce al hombre, y que es efecto inmediato de la independencia absoluta de toda ley divina, destruiria el género humano, destruyendo la fè, la verdad, el amor y las relaciones que constituyen la familia y el estado. “El mismo Dios, añade, no es independiente en el sentido que suele aplicarse á esta palabra; está sometido á las leyes que derivan de su naturaleza, leyes que son perfectas como él é inmutables como él. No está solitario en la unidad de su ser, y desde luego que, alterando su nocion real, le representan los deistas eternamente solo, le busca inútilmente el ateo en esta vasta soledad.

”Mucho menos todavia puede el hombre subsistir aislado ó solitario; probad á concebirle libre de toda dependencia, concebireis la nada; porque fuera de la nada todo se encadena, todo se apoya mutuamente. Los espíritus asi como los cuerpos no tienen mas vida que la que reciben con condicion de comunicarla. No hay un ser que no se deba á los otros seres, porque les debe todo lo que él es.

„De estas relaciones reciprocas nace el orden, que se conserva por la autoridad y la obediencia. Pero cansado ya el orgullo de obedecer, no quiere reconocer la autoridad! El hombre se dice: yo serè dueño y señor de mí mismo. No cree mas que en *sí*, no ama mas que á *sí*, todo lo refiere á *sí*, ¿y que viene á ser esto mas que el trastorno de la sociedad? Porque esta consiste en la creencia de ciertas verdades por el testimonio general, en el amor de los demas, y en el desprendimiento que produce este amor. Sociedad significa union, y donde todo se separa y hace individual, se encuentra desde luego cada uno en la imposibilidad de defenderse de todos, ó en la imposibilidad de existir: de lo que se sigue que el sacrificio de sí mismo, único principio del orden, es tambien el solo medio de conservacion.

„Esto nos lleva á examinar bajo un nuevo aspecto las dos doctrinas, cuyos diversos efectos hemos espuesto. La una como se habrá observado, no es mas que el cristianismo ó la religion tradicional, que no todos los pueblos conocen ó no todos admiten en toda su estension; pero á la cual deben sin embargo lo que tienen verdadero y por consiguiente útil en sus religiones particulares. La otra es esta reunion de opiniones incoherentes que se ha llamado filosofia, y que con una inclinacion mas ó menos rápida van á perderse en el ateismo.

Haremos ver en otro lugar que cada creencia ú opinion produce un sentimiento que la es análogo. Sirva de ejemplo esta gran ley social: *Honrarás á tu padre y á tu madre.* (a) Admitido este precepto resulta del el respeto á los padres y

(a) *Exod. XX, 12.*

superiores y al mismo Dios, *de quien toda paternidad trae su nombre*, dice S. Pablo. (a) De esta máxima: *Tú á nadie debes nada, mas que á ti*, dimana por el contrario el amor esclusivo de sí mismo. Si se considera á los hombres en general ó en el todo, y no tal ó cual individuo; y en cada hombre el conjunto de acciones y no tal accion particular, no tiene escepcion la regla que acabamos de establecer. No la hemos aplicado mas que á una sola ley; pero se aplica mucho mejor todavia á un sistema entero de doctrina, y como toda doctrina dimana de un principio general, del cual son consecuencias todas las demas, de ahí es que á este principio general corresponde siempre tambien un sentimiento general, que manifiesta el caracter de la doctrina.

“La soberanía de Dios, razon suprema, es el principio general del cristianismo, y de él resulta una obligacion general, que es una obediencia libre á Dios en primer lugar, y luego al poder ó autoridad política, y al poder ó autoridad doméstica por Dios. Mas, una obediencia libre es una obediencia de amor, es un sacrificio, y no hay sacrificio sin amor, luego el amor es el sentimiento general de los cristianos.”

Sigue probando por los efectos las ventajas que produce á toda sociedad esta ley fundamental del cristianismo que obliga al individuo á sacrificarse por ella en general, por sus hermanos, y hasta por sus enemigos; y despues de hacer palpable la oposicion que reina entre esta filosofia verdadera del amor y la falsa que tiene por base

---

(b) Ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur. *Ep. ad Ephes. III, 14.*

## XII.

el egóismo, cuya ley fundamental por consiguiente es la del odio, hace ver que: solo en la religion cristiana se encuentra el sacrificio voluntario de cada hombre, sacrificio de sus opiniones ó de sus pensamientos particulares, sacrificio de sus apetitos ó de sus intereses particulares, sacrificio cuando el bien general lo exige hasta de la misma vida. He aqui el único fundamento de una sociedad durable; y la sociedad no renacerà en Europa sino por la religion. Por tanto se hace mas visible el movimiento que trae á ella todos aquellos á quienes principios virtuosos y sentimientos nobles hacen amar todavía el órden social.

Y cuidado con no engañarse, la única religion que puede salvarnos no es esa vaga religion cristiana que nos ponderan algunos visionarios, sino la religion católica, fuera de la cual el cristianismo no es mas que un nombre vano. ¿De qué se trata? De reconstituir la sociedad política con el auxilio de la sociedad religiosa que *consiste en la union de los espíritus por la obediencia á un mismo poder.* „Las sociedades protestantes que no reconocen „poder espiritual, autoridad viva que tenga derecho de ordenar la fé, de formar leyes obligatorias, sino que dejan á cada uno juez de lo que ha „de creer y de lo que ha de obrar no son por tanto una sociedad. Ellas colocan el espíritu en una „independencia absoluta; y la escritura abandonada „á la interpretacion de la razon particular, variable en cada hombre liga tan poco como la razon „misma. Esto puede llamarse en punto de Religion „el estado de la naturaleza, es decir, la ausencia „de todo gobierno, de toda ley, de todo tribunal, de toda policía, y por consiguiente la destrucción de toda sociedad.“

## XIII.

„La iglesia griega, si se puede dar este nombre comun á una multitud de iglesias independientes, la iglesia griega admite un poder, pero un poder particular, y aun confunde, especialmente en Rusia (a) el poder político con el poder espiritual. Luego considerada bajo el primer respecto no es mas que una sociedad particular è imperfecta; y en cuanto al segundo ni aun es una sociedad espiritual: lo que es tan verdadero que la religion de los rusos no podria convenir á ningun otro pueblo á no ser que pasase bajo el dominio del mismo soberano.“

„Se sigue, pues, que todas las comuniones cristianas griegas y protestantes tienen en si mismas un principio de division, de desorden y ruina. Sola la Religion catòlica forma una sociedad, pues que solo en ella se encuentra un verdadero poder, el derecho de mandar y la obligacion de obedecer; sociedad una porque este poder es uno; sociedad general, por que este poder puramente espiritual se estiende á todos los tiempos y á todos los lugares, y en todas partes es independiente del poder político, como este tambien lo es en los términos que lo circunscriben; sociedad inmutable, por que no está sometida, ni á las voluntades, ni á los pensamientos del hombre, y por que en sus dogmas y preceptos es la Ley eterna de las inteligencias; y mientras que fuera de ella todo varia, todo se altera, todo pasa, ella permanece inmutable y, reuniendo los pueblos mas lejanos y mas diferentes en language, gobierno, usos y costum-

---

(a) *Du Pape*, tòm. 1 p. 91 se encuentran en esta excelente obra de Mr. el conde de Maistre noticias muy circunstanciadas y en estremo curiosas acerca de la iglesia rusa.

„bres, los une por la misma fé, el mismo culto,  
 „las mismas obligaciones, y los perfecciona sin ce-  
 „sar, porque posee en sí misma un principio in-  
 „finito de perfeccion. (a)

Autoridad, amor, he aqui sus dos caracteres principales, y hoi mas que nunca, las dos mayores necesidades de la sociedad. Luego defender la religion católica es defender nuestras últimas esperanzas. Ella no acabará por que es inmortal; pero los errores contrarios pueden subsistir, propagarse, pueden destruir el género humano, y sabemos en efecto que lo han de destruir tarde ó temprano. Vive por la fé, y morirá cuando la fé debilitada esté cercana á apagarse. (b)

Unicamente para reanimarla y afirmarla escribimos; no tiene otro fin nuestra obra. ¿Qué nos han respondido? Nada por lo que toca á los ateos y deístas, solamente reconviniéndome porque acuso á estos de indiferencia, se me há acusado á mi de ser intolerante, y esto con una violencia que la filosofia tolera y aun prescribe al parecer, cuando se trata de dar á un cristiano lecciones de dulzura.

En cuanto al primer punto es evidente que se confunden dos cosas totalmente distintas. El sentido de la palabra *indiferencia* varía segun se aplica ó á las personas ó á las doctrinas. Unas veces designa un estado del alma, otras un juicio de la razon. La indiferencia en el primer sentido es sinónimo de indolencia ó descuido. Es un estado de cai-

(a) *Reflexions sur le etat de l' Eglise, suivies de Melanges religieux et philosophiques* p. 455. et 458.

(b) *Veruntamen filius hominis veniens, putas, inveniet fidem in terra? Luc. XVIII, 8.*

miento ó flojedad que, apoderado de la voluntad, quita al hombre hasta el deseo de conocer la verdad que no puede ignorar sin peligro, y le deja como insensible á sus mayores intereses. El nada niega, ni tampoco afirma nada, se duerme, sin inquietarse por saber si ha de despertar, ni lo que le sucederá en despertando. Hemos atacado ya este género de indiferencia en el capítulo VIII (a) haciendo ver su insensatez; pero no hemos dicho en parte alguna que todos los deistas esten contagiados de esta modorra funesta. Ni aun el ateo dogmático es indiferente de este modo, porque está muy pagado de su doctrina, la defiende y procura propagarla; ella es su ídolo y su dios, del mismo modo que el Dios verdadero es su enemigo, y aun puede llevar el amor del uno y el odio al otro hasta el mas ardiente fanatismo: y yo creo conocemos bastantes ejemplos.

En materia de doctrina ó religion la indiferencia es el juicio con que se pronuncia que tal verdad, tal creencia es indiferente para la salud, ó que hay libertad para admitirla ó desecharla. El deismo en este sentido es un sistema de indiferencia, pues que á nadie puede imponer la obligacion absoluta de creer dogma alguno, sea el que fuere. Todas las acciones que no se comprenden bajo la nocion de obligacion ó deber son indiferentes; otro tanto sucede á las opiniones, y la fé es el deber ó la obligacion del espíritu. El que destruye la fé como deber establece la indiferencia, sea cual fuere su creencia personal; por que niega la verdad en el concepto de ley. Rousseau creía en Dios, en una vida futura, en la cual los malos habian de ser

---

(a) Corresponde en la traduccion española al primer capítulo del tomo 2.º

## XVI.

castigados y recompensados los buenos ; pero no pensaba que todos los hombres estuviesen obligados á admitir estas verdades que eran evidentes para su razon particular ; pues que despues de haberlas establecido con mucha fuerza añade : „Nada hay verdaderamente esencial mas que las obligaciones de la moral. (a) ¿ No es esto lo mismo que decir : creed lo que querais con tal que obreis bien ” ó en otros términos : ” la fé es indiferente , solo la moral no lo es ? ”

Es muy estraño que sea necesario explicar cosas tan claras , y definir palabras cuyo sentido era claramente fijo y terminante hace mas de ciento y cincuenta años. En tiempo de Luis XIV los autores católicos y protestantes, Bossuet y Jurieu hablaban de la indiferencia de religiones , y al parecer se entendian. Entonces como ahora habia hombres empeñados por sistema en sostener que todas las religiones son indiferentes , ó que cada uno puede salvarse en la suya. Habia otros que trasladando este error monstruoso al seno mismo del cristianismo declaraban que se podia indiferentemente desecharse ó admitir muchos de los dogmas revelados. He aqui la indiferencia dogmatica ; y hasta tanto que los deistas hayan adoptado un símbolo del que no sea permitido separarse , yo no sé como puedan defenderse probando no son una secta de indiferentes.

Nos proponemos tratar con alguna estension en el siguiente tomo de esta obra la cuestion de la tolerancia. Entre tanto para responder á la reconvenccion que se nos ha hecho de ser intolerantes , suplicamos á aquellos que tanta prisa se dan para acusarnos espliquen su acusacion. ¿Qué quieren decir?

## XVII.

¿qué predicamos la persecucion? Esto es falsísimo, y ellos lo saben bien. Citen nuestras palabras, y ellas solas bastarán para justificarnos completamente. Nadie puede estar mas convencido que yo de que la violencia no es un medio para atraer los hombres à la verdad. El miedo hace hipócritas y algunas veces rebeldes: la dulzura y la persuasion son las únicas que pueden hacer cristianos. Dejando à los gobiernos jueces de las medidas que el interés público les ordena tomar contra las sectas de fanáticos que se escudasen con la religion para ser facciosos impunemente, no olvidaremos jamás que, estraño como sacerdote à estas consideraciones de pura política, nuestro deber, es la caridad, y nuestro modelo aquel *que no acababa de romper la caña ya cascada, ni apagaba la mecha que todavia humeaba.* (a)

Si se quiere decir que miramos como incompatibles la verdad y el error, que creemos necesario admitir uno de los dos y desechar el otro, que sostenemos que existen obligaciones para el espíritu del mismo modo que para el corazon, y que estas obligaciones forman ó son parte de la única religion verdadera fuera de la cual no puede salvarse el hombre, no hai cosa mas cierta. Esto significa simple y sencillamente que somos católicos, y no indiferentes en materia de religion, lo que era à mi parecer muy facil de presumir, y lo que no ha debido sorprender à nadie en el autor de un libro, cuyo único obgeto es combatir este género de indiferencia.

Nosotros, pues, lo declaramos sin dificultad: si, somos intolerantes, no en cuanto à las personas, si

---

(a) *Calamum quassatum non conteret, et lignum fumigans non extinguet, Isa. XLII, 3*

## XVIII.

no para las doctrinas. Jamas convendremos en que creencias opuestas sean à un mismo tiempo verdaderas; que dos hombres de los cuales el uno niega lo que el otro afirma tengan ambos razon; que sea lo mismo creer en Dios que negar su existencia; esperar una vida futura ó no aguardar mas que la nada, adorar à Jesucristo ó à Vishnou; obedecer al Evangelio ó al Alcoran. Aun euando tuviese la desgracia de no tener religion no podria todavia consentir en descender à este esceso de insensantez y necesidad: me sería imposible sofocar hasta tal punto los remordimientos del buen sentido.

Por lo demas es muy digno de notarse que habiendo atacado por el racionio todos los sistemas de irreligion no se nos haya respondido sino con decir: "¿Por qué nos atacais? ¿à que viene turbar  
 " nuestro reposo? ¿Por qué no confesar que nosotros  
 " podemos, como todo el mundo, tener razon; y  
 " que despues de todo nada importa que nos enga-  
 " ñemos? ¿quiere decir esto que hai verdades y erro-  
 " res? ¿acaso, que todas las religiones no son ver-  
 " daderas? ¿tal vez que no son todas falsas? ¿de  
 " que sirve inquietar los espíritus y alarmar las con-  
 " ciencias? Dejad à cada uno en su persuasion, con-  
 " tentandoos con insinuarle que es una tonteria. De-  
 " cid à los cristianos y à los judíos que deben ave-  
 " nirse mutuamente y convenir, los cristianos en  
 " que es una obligacion blasfemar de Jesu-cristo, los  
 " judíos que es un deber adorarle. He aqui la ver-  
 " dadera sabiduria; y os mostrais un intolerante pre-  
 " tendiendo que el *Si* y el *No*, acerca de un mis-  
 " mo obgeto son contradictorios.

Los protestantes me han honrado entrando conmigo en una discusion un poco mas profunda sobre los puntos que particularmente les conciernen. Un

en el que se advierte desde el principio hasta el fin una excelente y muy buena voluntad de responderme. El autor se muestra lleno de zelo por la reforma, y no es culpa suya que la reforma no pueda ser defendida, sin abandonar todas las ideas que hasta aqui se tenían de la religion cristiana.

La obra de M. Vincent se compone de dos partes distintísimas. En la una repite todas las antiguas reconvençiones, las obgeçiones añejas, las calumnias envejecidas que se inventaron de tres siglos á esta parte contra la iglesia católica, y que han sido refutadas mil veces. Esta parte es para el pueblo, nosotros nada hablaremos de ella. Está escrita además con tanta negligencia que el ministro confunde á Bossuet con S. Gerónimo, citando en falso una sentencia de este. Este no era un inconveniente para la clase de lectores á quienes por entonces se dirigía.

En la otra parte confiesa el ministro quanto hemos dicho acerca del estado actual del protestantismo. Mucho mas tendríamos que agradecerle, si le hubiera sido posible evitar esta confesion. Entre nosotros en algunos por menores.

Lo que nos habiamos propuesto principalmente probar es, que el protestantismo, dejando á cada uno dueño de creer aquello que mejor se compone con su razon, no es mas que un sistema de indiferencia. Esta palabra indiferencia ha chocado á M. Vincent, y no sin motivo; por que si la hemos aplicado jústamente á la reforma, es claro que la reforma no es una religion. ¿Qué dice, pues, para jurificarla? Debemos oírlo á el mismo.

”M. de la Mennais ha caido en un error fundamental que reyna en todo quanto ha dicho de los protestantes y que le hace soberanamente injusto.

„Confunde incésantemente la tolerancia con la indife-  
 „rencia. Declara los protestantes indiferentes à to-  
 „da religion, porque dejan à cada uno profesar la  
 „suya, y no se meten en condenar à los que no piensan  
 „como ellos. Yo soy tolerante con respecto á otro,  
 „pero no soy indiferente en cuanto á la creencia  
 „que yo mismo debo adoptar.... Soy tolerante res-  
 „pecto á las opiniones ajenas, por que estoy con-  
 „vencido que las opiniones son del fuero de la con-  
 „ciencia; que los demas estan persuadidos de aque-  
 „llas que profesan, como yo lo estoy de las mias;  
 „y que yo mismo no estoy al abrigo del error“ (a)

Resulta de estas últimas palabras que el ministro no tiene ni puede tener certeza alguna de su fé. Sin embargo él espera salvarse, luego cree es posible salvarse en el seno del error. Mucho mas; no puede decir con seguridad de ninguno que está en el error, porque para esto sería necesario que él mismo estuviese cierto de poseer la verdad. De que se sigue que, cualquiera que sea su creencia personal, no tiene derecho para juzgarla mas verdadera ó mejor que la de otro. Creencias pues de las cuales no se puede decir con seguridad que una es mejor que la otra, son creencias indiferentes; y la *tolerancia* del ministro, que *no se mete en condenar à aquellos que no piensan como él* (\*) es precisamente lo que se llama en el idioma admitido por todos los

---

(a) *Observations, &c. p. 115. et 116.*

(\*) *No parece segun esta frase sino que los católicos estan todos empeñados en condenar à sus hermanos errantes. Los católicos à nadie condenan. Abandonan, ó dejan para Dios este juicio, porque à él solo pertenece. Solamente dicen: hay una ley, y esta ley impone pena de muerte à aquellos que voluntariamente la quebrantan. ¿No dicen lo mismo los protestantes con respecto a la moral?*

hombres, la *indiferencia de religiones*.

Hemos hecho ver que el principio fundamental del protestantismo conducía à esta indiferencia: ¿y no es una prueba tan singular como pública la reciente union de los calvinistas y luteranos? Los calvinistas niegan la presencia real que creen los luteranos. Unirse pues esteriormente conservando cada uno su *opinión* ¿no es evidentemente declarar que se puede negar ó creer la presencia real sin escluirse de la verdadera iglesia, ó que èste dogma es *indiferente* à la salud? ¿El que no condena à los socinianos no dice lo mismo de la Trinidad, de la redencion, de las penas eternas? ¿Y quién se atreverà hoy entre los reformados à condenar los socinianos cuando toda Ginebra prohíbe hasta el impugnarlos? ¿Además en esta suposicion ¿qué hay que no sea *indiferente* en la doctrina cristiana? Toda se reduce cuando mas à una fé vaga en Jesu-Cristo y su palabra consignada en la escritura, cuyo único intérprete viene à ser la razon de cada uno.

No se trata de saber si tal protestante cree en tal dogma, sino si tiene derecho de obligar à nadie à creer en él como el, ó de afirmar con certeza que es necesario admitir este dogma para salvarse. Si ningun protestante tiene este derecho, ya no hay para el simbolo alguno posible; por que todo simbolo se compone de aquello que es *necesario* creer. Digasenos ahora que viene à ser una religion sin simbolo.

Forzado à convenir en que las *opiniones* de la reforma han variado mil veces, y continuarán variando incesantemente (a), no quiere el ministro que se le hable de la *unidad de la fé*; (b) y este hom-

---

(a) *Observaciones &c.* p. 130 y siguiente

(b) *Ibid.* p. 121.

bre cuya regla es la escritura, impone silencio à S. Pablo, que dice con una concision tan enèrgica: „Un Dios, *una fé*, un bautismo,, (a); y à Jesu-Cristo mismo que, cercano à morir, rogaba à su Padre estableciese una perfecta unidad entre los suyos: „Sean uno, como nosotros somos uno,, (b) Mas como es necesario que el error se confunda por sí mismo, remitiremos el ministro francés à otro ministro, que en una obra publicada recièntemente en Inglaterra confiesa que *la unidad es de la esencia misma del cristianismo* (c)

Luego cuando hemos probado que no hay unidad en la reforma, con esto mismo la hemos convencido de que no es la verdadera iglesia, pues que carece de un caracter que es esencial à esta. M. Vincent lejos de contestar alguna de nuestras pruebas las dà un nuevo valor con sus testimonios. Confiesa que no solo està desprovisto el protestantismo de unidad, sino que hasta es imposible que jamás la haya en èl; y para substraerse à las consecuencias que forzosamente nacen de semejante concesion, sostiene que la unidad de fé no puede hallarse en iglesia alguna, es decir, niega ¿sea posible la existencia de una verdadera iglesia y de una verdadera religion; ¡tan desesperada le parece la causa de la suya!

¡Y qué! ¡No sabe el ministro que la iglesia católica tiene un símbolo universal, inmutable, que todos recitamos, que todos creemos, y del cual

(a) *Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Epis. ad Ephes IV, 5.*

(b) *Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum, sicut et nos. Joan. XVII. 11.*

(c) *Unity is of the very essence of Cristianity. Reflections concerning the expediency of a council of the church of England and the church of Rome being holden, &c. By Samuel Wix. 23 edit with additions. London, 1819. Pref. p. IV.*

¿Sabemos todos no es lícito ni permitido á nadie separarse? ¿Nos negará acaso nuestra propia creencia? ¿Nos hará dudar de que hay una ley á la cual obedecemos? ¿Nos persuadirá que, no reconociendo autoridad alguna espiritual, pensamos ser árbitros para formar nuestra fé segun se nos antoje? A la verdad, no se sabe que responder cuando se oyen estas cosas; y es un exceso de atrevimiento sin ejemplo venir á insinuarnos que, porque en los puntos que la iglesia no ha definido son libres las opiniones entre nosotros, lo es igualmente la fé.

El ministro no puede figurarse mas que tres *medios por los cuales sea posible lisonjearse de establecer ó conservar la unidad de las opiniones religiosas: el camino de la enseñanza, el de la ignorancia, ó el de la violencia.* (a) "El camino de la enseñanza, añade, el único prudente y legitimo no puede conducir al fin propuesto; y la unidad religiosa que no tenga otra base será siempre ilusoria cuando se la busque constante y completa. (b)" Luego la *unidad religiosa será siempre ilusoria* entre los protestantes, pues que para ellos no puede darse *otra base* que la enseñanza. ¿Y qué otra cosa hemos dicho nosotros?

El ministro piensa que los otros dos caminos son del mismo modo insuficientes, y nosotros pensamos como el. ¿Pero quien le ha dicho que la iglesia católica se ha esforzado constantemente á retener los pueblos en una ignorancia profunda? Ella es á quien debemos la conservación de las ciencias y letras en Europa; ella es la que por espacio de muchos siglos, ocupándose sola en estimular y ade-

---

(a) *Observaciones* &c. p. 8.

(b) *Ibi* p. 10.

lantar el estudio encargaba á los primeros pastores como una de sus primeras obligaciones estableciesen escuelas en todas partes. A la verdad, M. Vincent cuenta mas de lo que debiera con la sencillez de los suyos, cuando se atreve á hablarles de la ignorancia de la Italia en tiempo de Leon X, y de Francia en el de Luis XIV.

Lo que llama el *camino de la violencia* es lisa y llanamente la persecucion. Se muestra tan caritativo que procura dar á entender que la deseamos con ansia. Hemos ya respondido á esta calumnia odiosa, y nos compadecemos al ver al ministro reducido á echar mano de semejantes armas. » Todos » aquellos, dice, que han tenido la mania de la » unidad en la fé, despues de haber agotado los » recursos de la enseñanza y los de la ignorancia, » han conocido que sin la violencia todos sus esfuer- » zos eran vanos; y han recurrido á ella. Los paga- » nos la emplearon primero contra los cristianos, y » derramaron en suplicios atroces la sangre mas ino- » cente y pura que jamás honrró la tierra (a) »

Muy triste es para la reforma que el primero que haya tenido *la mania de la unidad en la fé...* ¿me atreveré á decirlo despues de estas palabras?... Que el primero repito haya sido Jesu-Cristo y el segundo S. Pablo. Pero como segun parece estos no son de aquellos que para establecerla *han derramado en suplicios atroces la sangre mas inocente y pura*, á no ser la suya, es necesario hayan juzgado que ademas del camino de la enseñanza, el de la ignorancia y el de la violencia, todos tres insuficientes, habia otro para llegar al fin que se proponian. Abra el ministro el evangelio, y

---

(a) *Observac. p. 33.*

encontrará en el indicado casi en todas las páginas este camino; allí verá que Jesu-Cristo enseñaba al pueblo, no como los escribas y doctores de la ley sino como teniendo autoridad: *tanquam potestatem habens*. (a)

Sabe bien el ministro que podríamos citar muchos pasages semejantes, los conoce, y esto nos basta. Pero, ¿porqué se desentiende de este gran camino de la autoridad tan claramente espreso en la escritura, y del cual jamás se separó la iglesia católica? ¿Acaso es por olvido? No es posible creerlo. ¿Es tal vez, porque conociéndose demasiado débil para combatir esta poderosa autoridad, ni aun ha querido pronunciar su nombre? Al menos esto sería una prueba de buen sentido. Aunque afecte incesantemente confundir las opiniones con los dogmas, no puede ignorar que la fé de los católicos es *una*; por consiguiente que la unidad de la fé, lejos de ser una quimera, es un hecho perpetuo y tan resplandeciente como la luz del día; y que en fin, esta unidad se sostiene entre nosotros con el auxilio de la autoridad de la iglesia á quien creemos infalible, segun las promesas del Hijo de Dios, y á cuyas decisiones nos sometemos con el corazon y el espíritu, con una plena obediencia.

El ministro está de tal modo prevenido por las ideas de la reforma que no puede concebir la religion cristiana bajo la noción de sociedad. No comprendiendo, ni el poder espiritual que manda la fé, ni la fé misma que es la obediencia á este poder, no vé en los dogmas mas que *opiniones*, ni en el cristianismo todo mas que una *ciencia*. Son muy notables sus palabras para que dejemos de

---

(a) *Math. Cap. 7. 29.*

## XXVI.

citarlas. "Las indagaciones en la naturaleza, en la  
 "Escritura santa, en la historia de la iglesia son y  
 "permanecen no solo permitidas, sino necesarias: y  
 "si las indagaciones son permitidas, tambien es per-  
 "mitido, es justo, es necesario admitir los resulta-  
 "dos probados. Las ciencias teológicas no pueden  
 "tampoco permanecer estacionarias; deben adelantar  
 "como las otras ciencias, y caminar sin detencion à  
 "una mayor consistencia y à una mayor pureza. (a)

Asi las creencias, *purificandose* siempre, nada  
 tendran estable; variarán como las obligaciones, de  
 año en año, de dia en dia, y la ley inmutable  
 de Dios sujeta à la razon del hombre, vendrà à  
 ser tan inconstante como sus pensamientos y dese-  
 os. Digámoslo otra vez: damos las gracias à M.  
 Vincent por estas confesiones.

En vano prueba à ponerlas algunas restriccion-  
 nes: "La teología en si misma, dice, no deja por  
 "esto de ser invariable....el Evangelio no deja de  
 "ser la palabra de Dios que no se muda; pero  
 "se acerca mas à su pureza nativa; se entiende me-  
 "jor, se interpreta mejor à medida que los recur-  
 "sos de la crítica se multiplican, y que los he-  
 "chos se acumulan para ilustrarla y dirigirla." (b)  
 Sin duda que el Evangelio es siempre el Evangelio,  
 no muda materialmente; mas ¿es acaso la religion  
 este libro material, ó la doctrina que él encierra?  
 ¿Y como, variando esta incesantemente, la religion  
 será invariable?

Pero al menos variando, dice M. Vincent, se  
 perfeccionará. No sabemos hasta ahora que el hom-  
 bre pudiese perfeccionar la ley de Dios. Pero vea-

(a) *Observ. p. 82,*

(a) *Observ. p. 82 y 83.*

mos de que modo la han perfeccionado los protestantes, con el auxilio de la interpretacion particular. Un ministro anglicano es quien vá à hablar.

„Asegurando que la *Escritura santa contiene*  
 „*todo cuanto es necesario á la salud, de modo que*  
 „*no se puede exigir de ningun hombre crea como*  
 „*artículo de fè, nada de cuanto no se lee en la Escri-*  
 „*tura, ni cosa alguna que por ella no se pueda*  
 „*probar* (artículo sexto de la iglesia anglicana), los  
 „primeros reformadores no advirtieron que llegaria  
 „tiempo en que cada individuo, con la Biblia en  
 „la mano, se creeria autorizado para formar su  
 „propia fè, y desechar todo aquello que, admiti-  
 „do en la doctrina de sus mayores, no convinie-  
 „se con sus ideas: mas ahora esta locura, este or-  
 „gullo, yo no sé que cosa peor que la locura y  
 „que el orgullo unidos, ha hecho progresos tan  
 „singulares y temibles, que cada uno se figura es  
 „enteramente libre para formar ó escoger la fè  
 „que se le antoje, y negar toda doctrina, aunque  
 „sea claramente revelada, cuando no la puede com-  
 „prender. Asi, gracias á una razon profana à la  
 „que no contienen ni las lecciones de una revela-  
 „cion divina, ni la antigua creencia, los artículos  
 „principales de la fè cristiana han sido negados  
 „por aquellos que se dicen discípulos del humilde  
 „Jesus. Debemos desear entrañablemente que el gran  
 „cuerpo de los protestantes salga en fin de su le-  
 „targo y vuelva á la verdadera fè, con respecto  
 „á la cual un crecido número ha caido por grados  
 „insensibles en una *indiferencia*, y en una insensi-  
 „bilidad brutal, mas temible que la misma infi-  
 „delidad. “ (a)

---

(a) Reflections concerning the expediency of á council<sup>o</sup>  
 etc. by Samuel Wix, p. 80, 82.

## XXVIII.

Los protestantes mas sábios no conocen, como nosotros, otro medio para evitar este escollo terrible que la obediencia á la autoridad, es decir, el abandono del principio fundamental de la reforma. Oigamos á algunos de estos hombres á quienes la rectitud de su espíritu acerca á la verdad, de la que solo los alejan las preocupaciones de nacimiento y educacion.

»Estamos certísimos que la naturaleza, la es-  
 »critura y la experiencia misma han enseñado á  
 »los hombres, á buscar el fin de las disputas en  
 »la sumision á una sentencia jurídica y decisiva,  
 »á la cual ninguna de las partes, bajo ningun  
 »pretexto pueda dejar de asentir. Este medio de-  
 »be tener necesariamente mucha fuerza, y es  
 »raro que sin el, los demás tengan algun buen  
 »éxito. (a)

»Resistirse á admitir un punto cualquiera de  
 »la doctrina profesada *ab omnibus, ubique, semper*,  
 »en todos lugares, en todos tiempos, por todos  
 »los pastores y todos los cristianos esentos de he-  
 »regía y singularidad sería una locura, y una es-  
 »trema estravagancia. (b)

He aquí la regla católica, y es preciso volver á ella siempre que se quiera poner un término al desórden de los espíritus y á la division de las creencias.

»Cuando yo contemplo á los sectarios, dice  
 »otro ministro, no veo entre ellos nada fijo; todo  
 »fluctua al acaso. Cuando miro la iglesia descubro  
 »un puerto seguro, donde puedo echar el ancla  
 »y permanecer firme y al abrigo de las tempesta-

(a) Hooker's *Ecles. Polit. Præf. art. 6.º*

(b) Dr. Field's *church*, p. 887.

» des. Considerad el medio que N. Señor empleaba  
 » para mover à los judios, cuando los revelaba co-  
 » sas concernientes al reino de los cielos: su palabra  
 » estaba llena de poder, y en esto nada hai que de-  
 » ba sorprender, porque enseñaba *como teniendo auto-  
 » ridad y no como los escribas*. No decia, *puede ser  
 » asi, ó, parece que es asi*; sino *asi es*. Sometien-  
 » dome, pues, á la autoridad de la Iglesia encuentro  
 » certeza y seguridad, y me consta con evidencia  
 » que no puedo errar, cuando tengo la Escritura  
 » por guia y por comentador la Iglesia. (a)“

Segun esto M. Vincent debe ya comprender en que consiste el camino de autoridad que los católicos defienden, camino pacífico y tan lejano de todo lo que él llama camino de violencia, como un juicio doctrinal lo està de una sentencia de muerte. En una palabra, el poder propio de la Iglesia no se estiende mas que á los espíritus, y la obediencia del espíritu es lo que ella exige en todo lo concerniente á la fé ó á la doctrina, cuyo depósito la ha encargado Dios conserve. Esta autoridad santa es el vínculo de unidad, como lo es tambien de paz. Pero no pertenece mas que á la Iglesia madre, á la verdadera Iglesia; ella sola tambien la ejerce, y ella sola la reclama. Todas las sectas que, de trescientos años á esta parte se han separado de ella, se declaran desprovistas de autoridad, y he aqui porque aquellos protestantes que conocen la necesidad de esta *ancla* para retener los espíritus arrebatados por las olas de las opiniones, procuran inútilmente fijarla en el seno de este mar sin fondo y sin orillas. Despues de haber proclamado la independenciam de la razon, ¿con qué título se la pue-

---

(a) *Robson's 15 Sermon, vol. II.*

de mandar obedecer? Sentado el principio, ya no es posible detener las consecuencias; es necesario permitirlo todo y consagralo todo; es necesario en fin confesar publicamente con un obispo anglicano que "el protestantismo consiste en creer lo que se quiere, y profesar lo que se cree. (a)" Y si esta definicion que supone una creencia cualquiera no parece asegure todavia una libertad suficiente á la razon, M. Vincent cercenará lo que envuelve la necesidad de la Fé, y dirá que "la Religion es un negocio del corazon entre Dios y su criatura por medio del Evangelio." Con esto los mas descontentadizos deben quedar satisfechos.

Por lo demas haciendo ver la inconsecuencia y los riesgos de la reforma, no es nuestro ánimo, ni lo permita Dios, contristar á nuestros hermanos separados. Nacidos como ellos en el seno del error, es mui verosimil que participariamos de las mismas prevenciones contra la verdad. El único sentimiento que experimentamos combatiendo, no contra ellos, sino contra los falsos principios que los engañan, es un dolor profundo de verlos estraviarse lejos de los caminos de la salud, y un deseo ardiente de que amanezca en fin aquel dia en que nos abrazaremos en el seno de nuestra madre comun, de la *Esposa inmaculada del Salvador*, de la Iglesia depositaria de las promesas y las esperanzas todas de los cristianos: *Ut fiat unum ovile et unus pastor.* (a)

Despues de haber contestado á las obgeciones hechas á la primera parte del *Ensayo sobre la indiferencia*, nos queda que hablar de la segunda

---

(a) Bishop Watson's charge to his clergy, citado por Mr. Milner en su obra titulada: *The end of religions*

(b) *Controversy, etc. Part. III p. 125.*

Nos proponiamos publicarla poco tiempo despues de la primera, pero lo han impedido otros trabajos. Por otra parte hemos hechado de ver, que en vez de un volumen habia de tener ó dividirse en dos esta segunda parte, lo que nos ha decidido á dar separadamente este que ahora publicamos, y que en rigor podria completar la obra, pues que para cumplir nuestra palabra bastaba probar que *la indiferencia en materia de Religion es tan absurda en sus principios como funesta en sus efectos.*

Refutando los tres sistemas generales de indiferencia religiosa hemos hecho ver que esta destruye toda verdad, todo orden, toda virtud, toda sociedad, y que por consiguiente es funesta en sus efectos. Lo que añadiremos sobre la materia en nuestro tercer tomo, solo servirá para fortificar una conclusion evidente ya para los lectores atentos.

Hemos dicho en segundo lugar "que la indiferencia no puede apoyarse racionalmente sino en estos dos principios; ó que no tenemos ningun interes en asegurarnos de la verdad de la religion; ó que es imposible descubrir la verdad que nos importa conocer. (a)"

Ciertamente sería cosa mui estraña que la Religion, perpetuo obgeto de los pensamientos del hombre, la religion, primera necesidad de su razon y de su corazon; la religion que todos los pueblos han mirado como base del orden social, principio y sancion de las leyes y regla de las costumbres no fuese mas que una diversion futil del espíritu, una idea tan esteril para el bien como para el mal, en fin una de esas quimeras conque gusta alimentar sus vanas esperanzas un ser débil è ignorante.

---

(a) *Introduccion t. 1.º p, 22*

Si esto fuese asi nada mas se necesitaba para convencer de imbecilidad á todas las naciones desde el principio del mundo. Hemos justificado al genero humano y echado por tierra uno de los fundamentos de la indiferencia dogmática, demostrando la importancia de la Religion con respecto al hombre considerado individualmente, con respecto á la sociedad y con respecto á Dios.

Mas si importa esencialmente al hombre conocer la verdad, si importa al mismo Dios que sea conocida por el hombre, es evidente por una consecuencia necesaria que puede conocerla. Probamos efectivamente en este tomo que hai un medio seguro y facil á todos los hombres para discernir la verdadera religion, y que este medio es la *autoridad*, de modo que la verdadera religion es incontestablemente aquella que se apoya en la mayor autoridad visible. Con esto destruimos el segundo principio de la indiferencia dogmática, y á menos que no se la encuentre un fundamento mas sólido, lo que no sucederá, es necesario absolutamente confesar que esta es, no solo una locura, sino tambien un crimen.

Podriamos mirar como cumplido nuestro empeño, pues que no nos hemos propuesto establecer contra los indiferentes mas que estos dos puntos. Mas nos parece útil y, bajo cierto aspecto, necesario desenvolver las consecuencias del importante principio de la autoridad, y deducir de el la verdad de la Religion católica; lo que nos dará ocasion para fortalecer el mismo principio, y responder á las obgeciones á que pueda dar lugar la aplicacion que debe hacerse. Esta será la materia que se tratará en el tercer tomo, que se publicará luego que nuestras ocupaciones nos permitan acabarlo; pe-

ro no nos es posible indicar ninguna época fija, porque mil circunstancias pueden obligarnos à interrumpir este trabajo. En tiempo de desórdenes y tempestades no es fácil disponer siempre de nosotros mismos segun nuestros deseos.

Hemos tratado una cuestion de la mayor importancia, y la mas general que puede proponerse la razon. De su solucion pende toda verdad, todo orden y toda paz; porque no hai paz para el entendimiento sino cuando está *cierto* de que posee la verdad, ni hai paz para los pueblos sino cuando estan *ciertos* de que obedecen al orden. No es otra la razon porque la sociedad está tan agitada y padece tantas calamidades, sino porque todo es *incierto*, religion, moral, leyes, poder; y esta *incertidumbre* proviene de que los espíritus no reconocen ya autoridad alguna que tenga derecho de mandarles. El mundo es presa de las opiniones: nadie quiere creer mas que á sí mismo, ni por consiguiente obedecer tampoco mas que á sí mismo. Ni hai dependencia, ni hai obligaciones, ni hai vínculos. Reducido á polvo el edificio social se asemeja á la arena del desierto, donde nada crece, nada vive, y que arrebatada por los vientos, sepulta á los viajeros bajo sus montañas encendidas.

Restableced la autoridad, y al punto renace todo el orden, la verdad vuelve á colocarse sobre su base inmutable, cesa la anarquía de las opiniones, el hombre se entiende con el hombre, las inteligencias unidas por una misma fé, vienen à ponerse al rededor de su centro que es Dios, y à reanimarse en la fuente de la luz y de la vida.

O la razon humana no es mas que una quimera, ó se deriva de una razon superior, eterna è inmutable; porque la verdad, si existe, ha existido siempre.

tido necesariamente siempre, y siempre la misma. De que se sigue que ninguna razon creada puede ser mas que una emanacion, una participacion de esta razon primera y soberana, *madre y maestra* de todos los espíritus. Vivir para ellos es escucharla, es obedecerla, y la obediencia mas perfecta constituye el grado mas elevado de razon, pues que negarse à obedecer mas allá de ciertos límites, es desecher una parte del testimonio con que se nos ha manifestado la verdad infinita. Asi el género humano atestigua la existencia de un Dios soberanamente justo, sábio y poderoso: la razon que admite en un todo este testimonio poseyendo mas verdad, es mas estensa, mas completa, que la que niega alguno de los atributos de Dios: es tambien mas consecuente, pues que el motivo de creer ó deferir à la autoridad tiene siempre la misma fuerza enseñe lo que enseñare. Si salís de aqui no os queda otro medio para evitar el escepticismo; que declaraos infalible, es decir, que de un modo ú de otro, os veis obligado à abjurar de la razon.

Negar el testimonio general, preferir á el su razon particular, es en efecto el caracter propio de la locura; y todo hombre que no reconoce autoridad alguna que tenga derecho para mandar á su espíritu es loco; bien sea involuntariamente, si su locura proviene de una causa fisica, ó voluntariamente si no la tiene. He aqui la diferencia única que hai entre los insensatos que se encierran y aquellos á quienes se deja usar de su libertad; y el error acerca de los obgetos que podemos y debemos conocer, el error sobre las obligaciones ya sea de la razon ó ya del corazon, no es mas que una locura voluntaria, y por ser voluntaria es tambien un delito.

Diga y sostenga un habitante de Charenton que es rei de Francia, es un loco, nadie lo duda; pero es loco precisamente porque dice y sostiene que es rei de Francia? No, porque hai otro hombre que dice tambien, *yo soi rei de Francia*, y que seria un loco sino lo digese. Pero todo el mundo depone en favor de la dignidad real de este; tiene por sí el testimonio general; y este quita toda duda. El otro contradice este testimonio obstinadamente, he aqui un loco; esta prueba basta, y ni aun puede darse otra alguna cierta. En lugar de este desgraciado, supongamos un hombre que diga *yo soi soberano*, y tendremos un ejemplo de la locura voluntaria.

Sucede muchas veces que la locura, aun fisica tiene por causa la obstinacion con que el espíritu se pega á ciertas ideas falsas. Debe pues haber mas locos de esta especie en los paises, en que debilitado el principio de autoridad, los espíritus están menos defendidos de sí mismos. Efectivamente la experiencia comprueba que es así. Bajo el reinado de Enrique VIII se aumentó prodigiosamente el número de los locos en Inglaterra, y despues ha ido siempre en aumento. Crece tambien todos los años en Francia. (a) Estamos persuadidos que España hace treinta años era el pais de Europa en que menos habia; sin duda se irán multiplicando á medida que la fé se disminuya. Un mèdico italiano habia calculado en el siglo anterior que, guardada proporcion con su poblacion, habia diez y siete veces menos locos que en los paises protestantes. Estos hechos me

---

(a) Esto es tan notable, que en muchos lugares los consejos de departamento piden se formen nuevos establecimientos para recibirlos.

recen por muchas razones observarse. Estamos lejos de negar que la locura no nazca frecuentemente de causas particulares, de emociones vivas, y dolores profundos; pero esto no quita reconozcamos una causa general de locura, cuya accion se manifiesta uniformemente en todos los pueblos á medida que esta causa se desenvuelve en ellos, es decir, á medida que los espíritus se desentienden mas de la obediencia debida á la autoridad

Buscando los caminos que conducen al hombre al conocimiento cierto de la verdad, nos hemos visto empeñados en examinar una cuestion poco ilustrada hasta hoy, y que ha hecho nacer un crecido número de errores. Se ha imaginado que habia verdades independientes de la razon, verdades sentidas antes de concebirse, y que por esto son llamadas *verdades de sentimiento*. No se podía confundir mas peligrosamente unas facultades que son distintas, y, por una consecuencia necesaria de su naturaleza, ligadas entre sí en un orden inverso ó contrario al que se le supone. Los deistas han abusado estrañamente de este falso principio; los ateos inismos le admiten y se acomodan con él, para deducir y formar una especie de religion en la que entra todo, menos Dios.

Nosotros hacemos ver que todo sentimiento supone una verdad ó una idea preexistente en el entendimiento, porque antes de amar es preciso conocer, y el hombre ama naturalmente la verdad que es el bien de las inteligencias. Asi la fé precede al amor, y el amor no es otra cosa que el movimiento del alma que aspira por el objeto de su fé. El bueno cree en la virtud, la mira como su verdadero bien y la ama; el malvado, á quien ella fatiga, la odia, porque en el error de su espíritu ofuscado por las pasiones la mira como un mal.

No hay mas bien para él que lo que lisonjea sus apetitos corrompidos; cree en el deleite, y esta fé ciega è irracional determina un amor desordenado. Cada creencia, sea verdadera ó falsa, produce tambien un sentimiento análogo, y si en todos los pueblos se observan ciertos sentimientos generales inalterables en el fondo, es, porque tambien se encuentran en todos ellos creencias generales, condiciones necesarias á la existencia del género humano.

Consideremos por este punto de vista la verdad mas importante entre todas y la creencia mas universal. Por todas partes y en todos tiempos han tenido los hombres la idea de Dios; pero antes de Jesu-Cristo no le conocian segun todo lo que el es; solo habia manifestado plénamente hasta entonces su poder, y esta nocion del Soberano Ser producía un sentimiento de respeto y temor, cuya espresion ó manifestacion exterior consistía en el culto público.

Se reviste de nuestra naturaleza la Sabiduría eterna, se manifiesta Dios como verdad; al punto se ve nacer un nuevo sentimiento; la verdad tiene sus testigos, sus mártires, y aquellos hombres á quienes ha ilustrado, se abandonan á todos los trabajos, á todos los oprobios y tormentos para defenderla y propagarla; y hoy mismo todavia millones de cristianos moririan con júbilo en los suplicios antes que renunciar á esta verdad que han conocido.

Acaba Dios de descubrirse, se manifiesta como amor, y un amor inmenso se apodera del corazon del hombre; entonces, y solamente entonces comienza á amar á sus hermanos hasta sacrificarse por ellos, mirando á aquel, ó en obsequio de aquel que *tanto nos amó* (a). Un espíritu de misericordia

---

(a) *Joan III, 16.*

penetra toda la sociedad; cada miseria encuentra un asilo, cada dolor un consuelo, cada lágrima una mano compasiva que la enjague. Y remontando hasta Dios este amor que viene de él, se pierde y se renueva sin cesar en el seno del Ser infinito, convertido ya en objeto de un sentimiento que es preciso experimentar para poderlo comprender, sentimiento tan vivo, tan profundo que se ha visto morir á algunos hombres por no poder soportar su dulzura inesplicable: (a) muerte feliz y venturosa que solo era un estasis de amor!

No se encuentra entre los principios que hemos pretendido establecer siquiera uno, que no presente aplicaciones semejantes; y que por consiguiente no hayamos podido desenvolver con mucha mas estension. Tal es tambien, no tememos decirlo, su estremada fecundidad, que puede ser sea algun mèrito no haber cedido al deseo de indicar al menos una parte de las numerosas consecuencias que de ellos se deducen. Mas esto nos habría separado muchas veces del fin que nos proponemos, y por otra parte sabemos que en este siglo de opiniones y pasiones, en este siglo del hombre, cualquiera que ha-

---

(a) „O Salvador mio! esclama santa Teresa; que atractivo se encuentra en estas aguas vivificantes del puro amor!  
 „Dichoso aquel que pudiese en él sumergirse hasta perder allí  
 „la vida, en medio de sus transportes y deliquios! ¿Pen-  
 „sais que esto es imposible? No por cierto. Nuestro amor á  
 „Dios, el deseo de poseerle, de confundir nuestra nada  
 „con su gloria puede crecer al infinito y llegar á tal grado  
 „que el cuerpo no pueda ya soportarle, ni contener una al-  
 „ma que aspira á romper sus ligaduras. Se han visto ejem-  
 „plos de santas muertes causadas por este exceso de amor“  
 Camino de la perfeccion, capítulo XIX. Tisot habla de un hombre á quien conoció, y que murió únicamente del ardor de su amor á Jesu-Cristo.

ble de Dios y quiera ser oído debe ser corto. Creemos sin embargo no haber omitido cosa que sea necesaria. No es el mejor medio para hacerse entender decirlo todo, sino decir lo que lo encierra todo.

Por lo demás no se nos oculta cuantos géneros de oposicion ha de encontrar una obra de esta naturaleza. Se ataca en ella à un tiempo todos los errores religiosos, morales y políticos, manifestando la causa de que todos ellos se derivan. Así cualquiera que pretenda conservar uno solo de estos errores, deberá si es consiguiente, negar el principio en que probamos se apoyan todas las verdades; pero tambien le desafiamos à que evite en este caso el escepticismo absoluto.

Por otra parte algunos hombres de buena fè pero poco observadores puede ser nos acusen de que destruimos la razon humana, por que hacemos ver que en efecto la razon individual, la razon del hombre *solo*, no puede conducirle mas que à una duda profunda y universal, puesto que no puede ni aun probarse a sí misma.

Muy mal debe habernos comprendido quien nos hiciere esta reconvençion. Si insistimos en la debilidad de la razon particular, es para establecer en seguida la razon general, probando que las verdades primitivas que son su fundamento tienen una certeza infinita, y que las verdades secundarias que ella deduce son del mismo modo ciertas: de donde se sigue que la misma razon individual tiene desde luego una regla segura para apreciar sus propios pensamientos, y que no se extravía sino cuando el orgullo la hace desconocer ó violar esta regla. Así lejos de destruir la razon la colocamos por el contrario sobre una base indestructible.

¿Qué es en efecto la autoridad á la cual todos los espíritus deben obedecer? ¿es acaso la fuerza? Este sería un absurdo. ¿Es la autoridad de uno ó de algunos hombres? No, sino *la razon general manifestada por el testimonio ó por la palabra*. Esta sola definicion desvanece todas las dificultades; por que es evidente que la razon no puede manifestarse sino á la razon, ni la razon general mas que á la razon individual, y que por consiguiente no se puede negar esta sin negar aquella.

Es claro además que la razon general, la razon del género humano y de todas las inteligencias no es en su origen mas que una participacion de la razon de Dios, la mas general que puede concebirse, pues que es infinita como la verdad ó como el mismo Dios. Luego es infalible; luego la razon particular necesariamente imperfecta debe someterse á sus decisiones, sopena de no poder afirmarse, ni creer cosa alguna, es decir, bajo pena de muerte.

Por tanto debe observarse que el precepto de creer á la iglesia, ó de obedecer el poder espiritual de la *sociedad* cristiana no es otra cosa que la promulgacion de esta ley universal é inmutable. El cristianismo antes de Jesu-Cristo, era *la razon manifestada por el testimonio del género humano*. El cristianismo desde Jesu-Cristo, que es el desarrollo ó estension natural de la inteligencia, es *la razon general manifestada por el testimonio de la iglesia*. Estos dos testimonios en nada se contradicen, el segundo por el contrario supone el primero y se prestan una fuerza mútua. La verdad es la misma, no otra: solo que se conocen mas verdades, porque Dios se ha manifestado mas.

Inútilmente se nos opondria la existencia del paganismo para mostrar que la razon general pue-

de errar. Probarémos en otro tercer tomo, que cuanto habia general en el paganismo era verdadero, y que todo lo que habia falso se reducía á supersticiones locales ó errores de la razon particular; y haremos ver ademas que el medio de discernir estos errores de las verdades primitivas era perfectamente conocido, y que en todo cuanto es concerniente á las creencias necesarias y las obligaciones del hombre, la autoridad del género humano estaba reconocida por la única regla de fè ó de certeza, asi como los católicos reconocen la autoridad de la Iglesia por única regla de certeza y de fè.

Nosotros suplicamos á nuestros hermanos separados, de cualquiera secta que sean, mediten seriamente estas reflexiones y se pregunten si *su culto*, segun la espresion del Apóstol, *es razonable* (a), es decir, si está fundado *en la razon general manifestada por el testimonio de la Iglesia*. Si no lo está, antes por el contrario, descansa ó se apoya solo en su juicio particular ó en su rson individual; ¿como podrán estar seguros de que su culto es verdadero? ¿Como haran un acto perfecto de fè, un acto de fè divina? El católico, cuya fè se apoya en la autoridad de la Iglesia, la que no es otra cosa que la autoridad del mismo Dios, comienza su símbolo diciendo: *Creo en Dios*; pero el protestante que no admite ninguna autoridad visible, debe necesariamente principiari el suyo diciendo: *Yo creo en mi*.

De nada le sirve decir que él admite la autoridad de Jesu - Cristo y la de su palabra contenida en la Escritura; por que ¿por donde le consta con certeza que la Escritura contiene realmente la palabra de Jesu-Cristo? ¿Como sabe

---

(a) *Epist. ad. Rom. XII, 1.*

## XLII.

y conoce la existencia del mismo Jesu-Cristo? ¿No es el, único juez de estas cuestiones como de todas las demas? Antes pues de decir: *Yo creo en Jesu-Cristo*, siempre es preciso que diga: *Yo creo en mi*; de lo que se sigue que si su fè ha de ser cierta debe suponer su infalibilidad personal, quiere decir, el absurdo mas palpable y monstruoso.

Por lo demas lo que especialmente pedimos en un asunto tan grave es la atencion y buena fè. Es cosa estraña à la verdad sea necesario pedir con tanta instancia à los hombres atiendan cuando se trata nada inenos que de ellos mismos y de su interes primero y principal: y sin embargo no nos lisongeamos lograrlo del mayor número de ellos. Las preocupaciones, la alucinacion, las distracciones, y mucho menos basta à un Ser que dura un dia para resistirse à examinar lo que al fin no es mas que eterno. Esperémos con todo que al menos algunos comprenderán la importancia de semejante examen, y le emprenderán con aquellas disposiciones del corazon que pueden hacerselo útil. Vivimos en un tiempo en que todo lleva à la reflexion los espíritus sérios. Todo pasa, todo se vâ, y la tierra huye de nuestros pies: ahora es ó nunca, à mi parecer, cuando nos conviene informarnos si hai ó no para nosotros alguna otra morada.

# DE LA INDIFERENCIA EN MATERIA

## DE RELIGION.

### CAPITULO I.

# DE LA INDIFERENCIA

*Del fundamento de la certidumbre.*

Nada hay que subsista sino por la verdad, por que la verdad es el fundamento de la certidumbre, que la nada. Si no es así, no es otra cosa que el vano deseo de existir, y como un esfuerzo débil de la inteligencia hacia la vida. De aquí este ardiente deseo de conocer lo verdadero y el gozo vivo y puro que experimentamos al hallarlo. Tiene sus sentimientos raíces en el alma, y no puede destruirse, ni aun si por el deprimamos del error. No se aporrea la verdad ni se ama el error, sino cuando á fuerza de trabajo llegamos á representarnos el error como verdadero, y la verdad como falsa; cuando, por decirlo así, cubrimos la nada con un velo que nos oculta á la manera que se adorna un ataud con imágenes de la vida y emblemas de la inmortalidad.

Sin embargo cuando queremos tocar el edificio de nuestros conocimientos, andar curiosamente su base, solo encontramos abismos, y la tenebrosa nada sale de los chimeneas del edificio arrastrado. El hombre por sus solas fuerzas no puede asegurarse plenamente de ninguna verdad, porque por sus solas fuerzas no puede darte ni conservarse el ser.

¿No es esto la esencia del mismo Jeur-Cristo? No es él, de los que de estas cuestiones como de todas las demás? Antes puer de decir: *Tu eres un Jeur-Cristo*, siempre es preciso que diga: *Tu eres un*; de lo que se sigue que el sujeto de la certeza debe suponer la individualidad personal, que se dice, el asunto más palpable y manifiesto.

**DE LA INDIFFERENCIA**

Es cosa extraña a la verdad, es necesario pedir con tanta instancia a los hombres cuando se trata nada menos que de ellos mismos y de sus intereses primero y después y de un cargo no más ligero que el de la conciencia.

**EN MATERIA**

La preciosa y mucho menos basta a un Ser que dura un día para resistir a examinar lo que él ha hecho en su vida que otros. Esperemos con todo que el mundo de algunos siglos vendrá a reconocer la importancia de esta

**DE RELIGION.**

una época en que todo sea a la vez una religión y un ritual. Todo para todo se ve y se dice. Hay un punto en el que se debe ser sincero y no parecerlo. ~~Hay un punto en el que se debe ser sincero y no parecerlo.~~

## DE RELIGION.

## CAPÍTULO I.

*Del fundamento de la certidumbre.*

**N**ada hay que subsista sino por la verdad, por que la verdad es el ser, y fuera de ella nada hay mas que la nada. El deseo de conocer, innato en el hombre, no es otra cosa que el mismo deseo de existir, y como un esfuerzo natural de la inteligencia hácia la vida. De aqui este ardiente deseo de conocer lo verdadero y el gozo vivo y puro que experimentamos al hallarlo. Tiene este sentimiento raices tan profundas en nosotros, que nada hay que pueda destruirlo, ni aun la pasion depravada del error. No se aborrece la verdad ni se ama el error, sino cuando á fuerza de trabajo llegamos á representarnos el error como verdadero, y la verdad como falsa; cuando, por decirlo asi, cubrimos la nada con un vano simulacro del ser, á la manera que se adorna un ataúd con imágenes de la vida y emblemas de la inmortalidad.

Sin embargo cuando queremos tocar el edificio de nuestros conocimientos, sondear curiosamente su base, solo encontramos abismos, y la tenebrosa duda sale de los cimientos del edificio arruinado. El hombre por sus solas fuerzas no puede asegurarse plenamente de ninguna verdad, porque por sus solas fuerzas no puede darse ni conservarse el ser.

4  
El no vé, dice Montagne, el todo de cosa alguna; y he aquí porque la filosofía, que todo lo quiere ver y comprender, viene á parar en el escepticismo universal, ó en la destruccion absoluta de la verdad y de la inteligencia.

Desde luego que buscamos en nosotros mismos la certidumbre ya no nos queda medio para evitar este escollo; y esto es lo que es indispensable hacer ver al hombre para humillar su soberbia confianza: es necesario empujarle hasta la nada para que se asombre de sí mismo; es necesario hacerle ver que ni aun sabria probarse su propia existencia como quiere se le pruebe la de Dios; es necesario hacerle perder la confianza en todas sus creencias, aun los mas invencibles y estrechar su razon en la apurada alternativa de vivir por la fé, ó respirar en el vacío.

Mas desvanecemos desde ahora el equivoco de esta palabra razon, por la cual se designan dos facultades totalmente distintas, y que es peligroso confundir; la facultad de conocer y la facultad de raciocinar. La razon, en el primer sentido es el fondo mismo de nuestra naturaleza inteligente. Ser inteligente ó racional, es, ser capaz de percibir la verdad; y el hombre tiene mas ó menos razon, ó su razon está mas ó menos ilustrada, es mas ó menos estensa, á proporcion que contiene mas ó menos verdad. Nada importa el modo con que llegamos á conocerla, con tal que estemos ciertos de poseerla. La certeza es la base esencial de la razon: porque estar incierto si se conoce, es no conocer; la duda no es otra cosa que una ignorancia advertida. Por otra parte se puede tener una idea clarísima de una verdad sin comprenderla: así el comprender no es una condicion necesaria de la razon. En efecto, conocemos con certeza ciertas verdades que de ningun modo comprendemos, como la accion de la voluntad sobre los órganos, la transmision ó comunicacion del movimiento y otros mil fenome-

nos semejantes, y cualquiera que haya meditado sobre el entendimiento humano, confesará sin titubear que nada concebimos perfectamente.

La razon en el segundo sentido es aquella operacion del alma, por la cual comparando verdades conocidas, descubrimos sus relaciones y deducimos consecuencias. Asi cuando decimos que la razon nos engaña, cuando compadecemos su debilidad y errores, no debe esto entenderse de la facultad de conocer, ó de la razon propiamente dicha, sino de la facultad de racionar; facultades tan diferentes, que la perfeccion de la razon, ó el conocimiento completo de la verdad, esclaye el racionio; porque racionar es buscar; y no se busca lo que se tiene, lo que se percibe plenamente por una intuicion clara.

Esto supuesto, nuestro primer cuidado debe ser asegurarnos si existe un medio de conocer ciertamente, y cual es este medio; de otro modo, careciendo de base nuestra razon, nos sería preciso dudar de todo sin escepcion. Mas los únicos medios que para conocer, hallamos en nosotros son los sentidos, el sentimiento y el racionio. Veamos, pues, si estos nos darán la certeza que tan esencialmente nos importa obtener.

Es entre todas las filosofias la menos sólida aquella que refiere á los sentidos el origen de nuestros conocimientos, y hace derivarse de las sensaciones hasta las ideas mismas: por qué, que es lo que nos pueden decir de cierto nuestros sentidos, ya sea acerca de nosotros mismos, ya sea sobre los demas seres? ¿Qué nos atreveremos á afirmar sobre su testimonio? La primera leccion que ellos nos dan es que no nos fiémos. Cada uno de ellos tomado por sí solo nos engaña con ilusiones vanas; á cada paso se convencen mutuamente de impostura; y cuando modificando una por otra sus diversas relaciones llegamos á conciliarlos en un

punto ¿qué seguridad tenemos de que este punto en vez de ser una verdad no sea un error comun? ¿Por qué, engañándonos separadamente, no nos engañarian juntos? Les preguntamos separadamente como á testigos sospechosos, á quienes mil veces hemos cogido en mentira, los careamos, comparamos sus deposiciones discordes y pretendemos conciliarlas; pero aun cuando siempre lo consiguiésemos ¿habriamos por eso adelantado mucho? ¿Quién nos asegura de que un seso sentido no turbaría su concordia por un testimonio contrario? ¿En qué nos fundariamos para negarlo? Supongámos por un momento en nosotros sentidos diferentes de aquellos con que nos dotó naturaleza ¿no serian tambien diferentes nuestras sensaciones é ideas? Puede ser que una ligera modificacion de nuestros órganos bastase para arruinar toda nuestra ciencia. Puede ser haya seres de tal modo organizados que, siendo sus sensaciones en un todo opuestas á las nuestras, lo que es verdad para nosotros sea falso para ellos, y recíprocamente. Porque al fin, si se observa con atencion, ¿qué relacion necesaria hay entre nuestras sensaciones y la realidad de las cosas? Y aun cuando existiese tal relacion ¿como nos la harán ver los sentidos? Yo veo en mis sensaciones una cadena de fenomenos cuya naturaleza y causa me son igualmente desconocidas, y de los cuales por consiguiente nada puedo concluir. ¿Que cosa es sentir? ¿quien lo sabe? ¿Yo mismo estoi cierto de que siento? ¿Que otra prueba tengo mas que mi misma sensacion ò, mejor diré, yo no sé que creencia muchas veces engañosa, puesque durante el sueño me sucede creer experimentar una sensacion de placer ó de dolor, cuya ilusion conozco al despertarme? ¿qué digo al despertarme? ¿Y no será esto mismo una nueva ilusion, un sueño que sucede á otros sueños? El sí y el no tienen sus verisimilitudes; y cualquiera que demostrase que la vida entera no es un sueño, un desvario, una quimera indefinible ha-

ria mas que han podido hacer hasta hoy todos los filósofos. En tan estrañas perplexidades lo que á mi me parece menos dudoso es, que mis sensaciones, si las tengo, están en mi; que están muchas veces sin ser producidas por ninguna causa esterna, y que asi no hay entre ellas y el objeto real ó presunto á que yo las refiero enlace ó ligazon alguna necesaria. Yo no puedo por tanto asegurarme por mis sentidos de la existencia de los objetos exteriores, de la existencia de mi propio cuerpo, ni aun de la de mis sentidos, en cuyo testimonio se fundan todos mis conocimientos; Que tropel de obscuridades!; Que caos! Todo cuanto existe, dicen, es materia; y helos aqui obligados al punto á confesar que la existencia de la materia no es mas que una simple probabilidad. (a) Luego ni aun están ciertos ellos mismos de que existen; y tragándose la duda hasta el fondo mas íntimo de su ser no les queda otra verdad, otra ciencia, que esta palabra, la cual tambien, si la entienden como deben, no pronunciarán sino con desconfianza y titubeando: Es probable que yo soy.

El sentimiento, y bajo este nombre comprendo la evidencia, no es prueba mas cierta de verdad que las sensaciones. De cuan diversos modos no afecta una misma idea á los hombres, y algunas veces á un mismo hombre en diferentes tiem-

---

(a) Esto es lo que claramente dicen Helvecio y Condorcet. Vease la obra de este último, titulada *Essai sur l'application de l'analyse á la probabilité des décisions rendues á la pluralité des voix. Disc. prelim p. XII.* D' Alembert juzgaba cosa imposible responder á las obgeciones de Barclay contra la existencia de los cuerpos. Hume, desechando á un tiempo el testimonio de los sentidos y la evidencia del sentimiento íntimo, se vé obligado á negar la existencia de la materia y la de las substancias espirituales. Segun Kant, Dios, el universo, el alma no pueden ser conocidos por nosotros. El no ve en los cuerpos mas que puros fenomenos: nosotros no

pos? El sentimiento de lo verdadero y falso, del bien y del mal varía según las circunstancias, los intereses y las pasiones. No hay cosa alguna que sea tan evidente para nosotros hoy, que podamos contar no encontrarla mañana obscura ó errónea. Un no se que arrebatada á la ventura nuestro asenso y con un ciego impulso nos hace rodar en un círculo eterno de evidencias contradictorias. Sucederá, sin que sepamos como, que en nuestra flaqueza y tinieblas, una idea, cuya naturaleza y origen nos son desconocidos, sugete repentinamente nuestra alma y se apodere de ella; al punto nos postramos como esclavos delante de esta idea que nos ha conquistado; y porque no hemos sabido resistirla la declaramos irresistible; la coronamos, y, me atrevo á decir, la consagramos reina de nuestro entendimiento. No tiene otro derecho á la sumisión de nuestro espíritu todo lo que llamamos axioma.

La fuerza con que el sentimiento nos arrastra, nada prueba en favor de los principios que apoyados en su autoridad adoptamos; porque ¿quién nos asegura que aquel es una regla infalible de lo verdadero? Por el contrario, sabemos que nos estravía con frecuencia, pues que se contradice, siendo igualmente invencible de cualquier lado que se inclina. Por otra parte ¿qué es él en si mismo? ¿cuáles son las causas que le determinan? ¿están en nosotros ó fuera de nosotros? ¿Varia<sup>n</sup> ó son inmutables? ¿son ciegas ó inteligentes? Todas estas

---

*sabemos lo que son, sino solamente lo que nos parece ser* (Kritik de Reinen Vernunft s. 306, 518, 527 &c.) *Nuestro propio Yo considerado como objeto no es tampoco para nosotros mas que un fenómeno, una apariencia. Nada podemos saber de su esencia íntima. (Ibid. S. 135, 157, 399 &c.) Claro es que en este sistema ninguno puede afirmar que el mismo existe. Aquellos que se asombrasen de tal exceso de extravagancia verán mas adelante, que este es el resultado necesario de toda filosofía que no considera sino al hombre solo.*

son cuestiones que el sentimiento no resuelve, y de cuya solucion sin embargo depende la certeza de los primeros principios. Nos apoyamos y descansamos en ellos, mas por debilidad que por un juicio ilustrado; y ni aun sabemos si, pareciendonos invariables, varían con todo incesantemente, asi como nosotros; al modo que la disposicion de los objetos debe variar para producir el mismo fenómeno de optica, segun la posicion del observador y las diversas modificaciones de sus órganos; consideracion que nos conduce á concebir la posibilidad de que nuestros sentimientos mas íntimos y nuestros principios mas evidentes no sean mas que puras ilusiones.

Consiento no obstante en reconocer en ellos alguna realidad con respecto á nosotros; yo quiero que sintámos verdaderamente lo que nos figuramos sentir; ¿que se sigue de aqui? ¿qué estamos mas cerca del término á que nos dirigimos? Lo que sentimos lo sentimos en nosotros mismos; nuestros sentimientos no tienen relacion necesaria sino con nosotros; nada hay que demuestre que ellos son otra cosa que simples modos de nuestro ser; nada hay que demuestre que la conciencia del bien y del mal, de lo verdadero y falso, sea determinada por una causa esterna, inmutable, y que no dependa únicamente de nuestra naturaleza particular, en una palabra, nada hay que demuestre que hay verdades esenciales, ni que haya algo fuera de nosotros.

¿Quién no se horrorizaria de verse perdido en esta vasta ignorancia, incierto de todo y hasta de si mismo? Por que, no olvidemos, que yo no he admitido bajo ciertos respectos la realidad de nuestros sentimientos, sino por una suposicion enteramente gratuita. En el fondo no tenemos prueba alguna. El sentimiento no es prueba, pues que es lo primero que es necesario probar. Asi nosotros no estamos mas seguros de nuestros sentimientos que de nuestras sensaciones

y todo nuestro ser se nos escapa sin que podamos retenerle. Miramos yo siento, diremos yo soi ó existo; no por eso dejaremos de estar en la imposibilidad eterna de demostrarnos á nosotros mismos que sentimos y existimos ; tan natural nos es la nada y tanto nos estrecha por todas partes!

Inutilmente llamamos á nuestro socorro el raciocinio; que barrera tan fragil contra la duda! diré mejor: es un torrente impetuoso que rompe todos los diques, arrastra y sumerge toda certeza cuando llega á rebosar y derramarse sobre nuestros conocimientos. Nada hay que lo detenga, nada que le resista; trastorna la misma naturaleza. ¿Qué verdad ha dejado intacta el raciocinio? ¿qué cosa hay que no se afirme ó niegue con su auxilio? El sirve y hace traicion indiferentemente á todas las causas; quita y dá el imperio á todas las opiniones. Cada siglo, cada pais, cada hombre tiene las suyas tan inconstantes como los desvaríos del sueño, y muchas veces opuestas entre si. Se las vé brillar por un instante como ligeros meteoros y sepultarse otra vez en una noche eterna. Nosotros nos reimos de las ideas de nuestros padres, como ellos se habian reido de los pensamientos de los suyos, y como nuestros hijos se reirán de nuestras opiniones. ¿Qué es pues lo verdadero, y que viene á ser lo falso? Esto es convincente, dice uno; no hay cosa mas absurda, responde otro: ¿quién será juez entre los dos? Si hay alguno, que se presente y nos muestre sus títulos.

Se puede sostener todo, negarlo todo, y esto hasta sin recurrir á principios diversos; porque no hay uno del que no se deduzcan consecuencias contrarias. Partiendo de un mismo punto dos espíritus y caminando á un mismo fin, no podrian dar cuatro pasos sin separarse. ¿Que digo yo? Nuestro propio espíritu discorde consigo mismo adopta y desecha de un momento á otro el mismo juicio con la misma plena persuasion, que ninguna mutacion por repentina que sea des-

concierta. ¡O estraña inestabilidad! Todo pasa al traves del entendimiento, pero nada permanece; y él mismo, vacilando sobre su desconocida base, se asemeja á una casa ruinososa que sus habitantes se dan prisa á abandonar. He aqui nuestro estado lleno de obscuridad, ignorancia é incertidumbre. No sé que poder fatal se burla desdeñosamente de nuestra razon, la lleva y trae en todos sentidos por tinieblas impenetrables.

No es posible resistir á la profunda compasion que inspira la vista de una flaqueza tan extrema è incurable. Y sin embargo esta razon altanera se atreverá á jactarse de su grandeza, y engreirse insolentemente en medio de sus dominios fantasticos é imaginarias riquezas. Hagamosla ya sentir y conocer su prodigiosa miseria; despojemosla como á un rey de teatro de sus vestidos usurpados, para que viendose tal cual es, desnuda, enferma, desfallecida, aprenda á humillarse y avergonzarse de su presuncion estravagante.

No es necesario haber meditado mucho sobre si mismo, para saber quan facilmente el hombre se deja seducir por las apariencias mas ligeras de verdad; y lo que él llama desengañarse, no es muchas veces otra cosa que ceder á otras no menos vanas apariencias. La vida no es mas que una larga esperiencia de lo insubstancial de nuestros juicios que los intereses y las pasiones alteran, y que el tiempo, solo y sin ninguna otra causa, muda y desnaturaliza enteramente. Sometidos al influjo de todo lo que nos rodea y dependientes de nuestra organizacion misma, nuestros gustos, nuestras inclinaciones, nuestros afectos y odios, la enfermedad, la salud, el Sol que se oculta ó que resplandece, una nube que pase modifican de mil maneras y determinan, sin que lo advirtamos, nuestros juicios. De aqui la perpetua fluctuacion de ideas, de sentimientos contrarios que cada uno, si se observa, encontrará en sí mismo. La verdad y el error sin fun-

damento alguno en nuestro espíritu se parecen á las ondas movibles que, cediendo al menor viento, se cruzan, se mezclan, se confunden y vienen á romper incesantemente en una misma orilla.

» Todo nuestro raciocinio, dice Pascal, se reduce á ceder al sentimiento. Mas la fantasía es semejante y contraria al sentimiento; semejante porque no raciocina, contraria porque es falsa: de modo que es dificultosísimo distinguir entre estos contrarios. El uno dice que mi sentimiento es fantasía, y que su fantasía es sentimiento; y yo digo otro tanto por mi parte. Es indispensable una regla. La razón se presenta; mas se acomoda á todos los sentidos, y así no la hay." (a)

No se raciocina sino sobre lo que se conoce: nosotros nada conocemos sino incierta é imperfectamente; luego nuestros raciocinios participan de la incertidumbre é imperfección de nuestros conocimientos. Hai mas: la razón versátil y limitada, añadiendo sus propias tinieblas á las que ya cubren las nociones sobre que ella opera, aumenta la incertidumbre y multiplica indefinidamente las variaciones del error.

No es esto todo: la certeza que se deduce del raciocinio está sujeta á dificultades mucho mas terribles. Porque, cuando nuestro espíritu compara, infiere, concluye, ¿qué hace sino trabajar sobre los materiales de que le ha provisto la memoria? Abandonado enteramente al capricho de esta facultad misteriosa, dispone y combina las ideas que de ella recibe ciegamente. Mas careciendo de todo medio para comprobar sus relaciones, no podemos asegurarnos de que nuestras reminiscencias no sean puras ilusiones. La memoria sola atestigua la fidelidad de la memoria. Creemos su testimonio hasta sin sombra alguna de prueba; y el juicio con que, li-

---

(a) *Pensées de Pascal t. II. p. 192, edit. de 1803.*

gando nuestra existencia presente á la pasada, pronunciamos, decimos que somos el mismo ser idéntico, á quien sucesivamente han afectado (ú ocupado) tales pensamientos, es un acto de fé tan profundo, tan riguroso, tan desnudo de motivos racionales, que determinen, que apenas puede comprenderse sea posible este acto al hombre.

Así no tenemos certeza alguna de que la memoria no nos engaña: sabemos solamente que, si nos engaña, nuestra razon no es mas que una quimera, una pantomima ridícula de no sé que inteligencia superior, cuya falta parece sentimos y cuya necesidad concebimos, al mismo tiempo que una fuerza invencible embarga y conserva nuestra propia inteligencia en una obscuridad inquietadora, que la obliga por fuerza á dudar de si misma.

Añádase á esto la impotencia absoluta de raciocinar, si no sé parte de un primer principio que se supone sin demostrarlo, de un axioma que por convenio se llama evidente, pero que puede no serlo, y, como ya lo he hecho ver, ser un error mas ó menos invencible para nosotros. Así nuestra lógica carece de base; se apoya únicamente en hipótesis gratuitas, y es tan dudosa ella misma como estas; porque ¿como nos aseguraremos de que existe una relacion necesaria, inmutable, entre la verdad y ciertas operaciones de nuestro espíritu? Las reglas del raciocinio relativas á nuestra naturaleza no están tal vez menos espuestas á error que las primeras nociones de que se las deduce; y no sabemos, si nuestra lógica, en vez de ser un instrumento de verdad, será una teoría del error. Decir que la razon demuestra la infalibilidad, es no decir nada; porque esta demostracion pretendida supone la misma infalibilidad que se trata de demostrar. Probar la razon por la razon es un sofisma comun á todas las filosofías y, como observa Montagne, no hay medio para evitar este círculo vicioso. »Pues que los senti-

« dos, dice, no pueden cortar nuestra disputa, estando llenos  
 « ellos mismos de incertidumbre, es necesario que lo haga la  
 « razon; ninguna razon se establecerá sin otra razon; y he-  
 « nos aqui retrocediendo sin cesar al infinito. (a)

Luego cuando Descartes, probando como salir de su  
 duda metódica, establece esta proposicion: *Yo pienso, lue-  
 go soy*; abre un abismo inmenso, y pone en el aire la  
 primera piedra del edificio que pretende levantar: porque  
 en rigor, no podemos decir *yo pienso*, no podemos decir  
*yo soy*, no podemos decir *luego*, ó afirmar nada por via  
 de consecuencia. Así todas nuestras tentativas para llegar  
 á la verdad por nuestras solas fuerzas no tienen otro efec-  
 to que atestiguar mas y mas nuestra impotencia y justifi-  
 car esta senteneia de un antiguo. » La única cosa cierta  
 » es que nada hay cierto, y que ningun ser es mas  
 » miserable y orgulloso que el hombre. « (b)

¿Y qué, con los ojos cerrados, renunciando á toda  
 esperanza, nos sepultaremos en las profundidades silenciosas  
 de un escepticismo universal? ¿Dadaremos si pensamos, si  
 sentimos, si existimos? La naturaleza no lo permite; nos  
 fuerza á creer aun cuando nuestra razon no está conven-  
 cida. La certeza absoluta y la absoluta duda nos están del  
 mismo modo prohibidas. Fluctuamos en un medio vago en-  
 tre estos dos extremos, como entre el ser y la nada; porque  
 el escepticismo completo sería la extincion de la intelligen-  
 cia, y la muerte total del hombre. En su mano no está el  
 aniquilarse; porque hay en él alguna cosa que resiste in-  
 venciblemente á la destruccion, yo no sé que fé vital, in-  
 superable á su voluntad misma. Quiera él ó no, es pre-

(a) *Essais de Montagne. Liv. II, chap. 12.*

(b) *Solum certum nihil esse certi, et homine nihil mi-  
 serius aut superbius. Plin.*

ciso que crea porque es preciso que obre, y porque es preciso se conserve. Sino oye mas que la razon, no enseñándole esta mas que á dudar de todo y de ella misma, (\*) le reduciria á un estado de inaccion absoluta: pereceria antes de haber conseguido solamente probarse á sí mismo que existe.

Asi el hombre se halla en la impotencia natural de demostrar plenamente alguna verdad, y en una igual impotencia de negarse á admitir ciertas verdades. Lo que es mas, las verdades que la naturaleza le estrecha á admitir con mas imperio, son aquellas de que tiene menos pruebas, tales son todos los principios que se llaman evidentes; este es precisamente el caracter con que se les reconoce, porque no sabemos probarlos.

Luego que nos empeñamos en que todas las creencias se apoyen en demostraciones, nos vemos conducidos directamente el pirronismo; mas el pirronismo perfecto, si fuera posible llegar á él, no sería mas que una locura perfecta, una enfermedad destructora de la especie humana. De aquí nace que el mismo sentimiento que nos liga á la existencia, nos fuerza á creer y obrar conforme á lo que creemos. Se forma, á pesar nuestro, en nuestro entendimiento, una serie de verdades que no puede destruir la duda, bien sean adquiridas por los sentidos, bien por cualquiera otra via. De esta clase son todas las verdades necesarias á nuestra conservacion, todas las verdades en que

---

(\*) En todos tiempos ha llamado la atencion á los espíritus de un orden superior la impotencia en que se halla la razon de conducir al hombre á ninguna verdad cierta. « La razon humana, dice Bayle, es demasiado débil para esto; es un principio de destruccion y no de edificacion: ella no es á propósito mas que para formar dudas, y volverse ya á izquierda ya á derecha para eternizar una disputa. » Dic. crit. Art. Manicheens, not. D.

se funda el comercio ordinario de la vida y la práctica de las artes y oficios indispensables. Creemos firmemente que hay cuerpos dotados de ciertas propiedades, que el sol saldrá mañana, que abandonando las semillas á la tierra, esta nos devolverá sus frutos. ¿Quién hay que jamas haya dudado de estas cosas ni de otras mil semejantes?

En otro orden diferente, tampoco dudamos de una multitud de verdades que la ciencia atestigua; y esta imposibilidad de dudar, ó al menos, si se duda, la seguridad de verse tenido por loco, ignorante, é inepto por los demas hombres, es lo que constituye toda la certeza humana. El consentimiento comun, *sensus communis*, es para nosotros el sello de la verdad; y no hay otro.

Supongamos en efecto que los hombres, en unas mismas circunstancias, se sintiesen afectados de sensaciones, ó sentimientos contrarios, y formasen juicios opuestos, ninguno de ellos podria negar ni afirmar nada, porque ninguno encontraria en sí pruebas que le determinasen en favor de lo que sentia y juzgaba. Se detendria su razon asombrada y silenciosa en presencia de la razon de otro, al modo que nos detendriamos espantados y dudosos si viésemos unos espejos que teniendo delante un mismo objeto reflejasen imágenes desemejantes.

Haya contradiccion entre las relaciones de los sentidos y los testimonios interiores de la evidencia, ó los juicios razonados de muchos individuos, al punto la discordancia produce la incertidumbre, y el espíritu queda suspense hasta tanto que el consentimiento comun trae otra vez consigo la persuasion. Un principio, un hecho cualquiera es mas ó menos dudoso, mas ó menos cierto, segun que es adoptado ú atestiguado, mas ó menos universalmente. Todas las ideas humanas se pesan en esta balanza; no tienen otra regla los hombres para apreciarlas.

¿Que es una ciencia sino un conjunto de ideas y de hechos en que todos convienen? Todo lo que no tiene este caracter, todo lo que queda en disputa entre los testigos y los jueces, se coloca desde luego entre las opiniones inciertas. Sucede por el contrario que la division de sentimientos cesa, que las autoridades están unánimes, la ciencia toca al punto al mas alto grado de certeza que la es posible adquirir. Asi no se admiten dudas; se castiga la razon rebelde, se la degrada por decirlo así, marcandola con un borron desonroso: tanto nos inclina la naturaleza á suponer que la verdad está allí donde encontramos la concordia de los juicios y de los testimonios.

Juzgamos por esta misma regla de todo lo que es bueno ó malo, lícito ú ilícito, nocivo ó ventajoso; y esto sin que preceda instruccion alguna, por un movimiento indeliberado tan universal como irresistible. Las relaciones sociales, la justicia humana, nuestros conocimientos, nuestra conducta, nuestra inteligencia en una palabra se apoya en este fundamento. La certeza crece para nosotros á proporción del concierto y número de las autoridades; y la crítica, ó la razon aplicada á las cosas morales para separar lo verdadero de lo falso, no es mas que el arte de discernir cual es la mayor autoridad.

Y si muchos errores especialmente en las ciencias han pasado por verdades, es, porque en materia de ciencia, no hay mas que autoridades particulares, casi nulas relativamente á la masa de los hombres. ¿Y en efecto que son algunos centenares de sábios comparados con el género humano? Se cede á su autoridad porque no hay otra; y esta autoridad se muestra muchas veces falible, porque no es mas que de un corto número de hombres, cuyos asertos no pudiendo verificarse suficientemente, tienen contra sí la mayor parte de los disfraces del error que nacen de

la imperfección de los sentidos, de la debilidad de la razón, y hasta de las ilusiones de la evidencia. Así las es-  
cepciones aparentes confirman el principio general.

Obsérvese además, que la parte menos variable ó la mas cierta de cada ciencia se compone de nociones (*asequibles*) ó que están al alcance de todos los hombres, de datos que han podido verificarse una infinidad de veces, ó de cosas que atestiguan testimonios numerosísimos. El error se encuentra siempre en las regiones mas altas, donde la multitud no puede seguir á los sábios, para debilitar ó ratificar sus deposiciones. (\*)

---

(\*) *Es necesario distinguir cuidadosamente en las ciencias lo que se apoya en el testimonio ó la autoridad, de lo que se apoya en el simple raciocinio. Del primer género son los principios, los fenómenos generales que están al alcance de todos los hombres ó de un gran número de ellos. Aquí es donde está la certeza y donde no se puede negar sin violentar la naturaleza y destruir la razón misma. Del segundo género son todos los sistemas, todas las teorías, todas las esplicaciones de los fenómenos; así no hai cosa mas variable é incierta. Pasan con tanta rapidez, que apenas tienen tiempo los ojos mas atentos para contarlas. Se amontonan y dan prisa unas á otras á las puertas del olvido, como las sombras de Virgilio: Hac omnis turba effusa ruebat. Pero note-se bien, que estos no son mas que pensamientos individuales, conceptos reducidos á un corto número de cabezas, y por tanto sin autoridad. Cuando llegasen á ser opiniones vulgares, adoptadas sin estar verificadas, pues que es imposible que lo esten, la multitud solo atestiguaría su existencia pero no su verdad. Tomemos por ejemplo el movimiento del sol. Supongo que por algun tiempo hayan creído todos los hombres que el sol dá vueltas al rededor de la tierra: hai dos cosas en esta creencia, el puro fenómeno ó el movimiento aparente del sol alrededor de la tierra y la esplicacion del fenómeno, la qual no estando al alcance sino de mui pocos hombres, no se apoyá mas que en la razón particular, aun cuando los demas hayan podido adoptar de buena fé, ó en cierto modo provisionalmente, esta esplicacion que nadie todavía disputaba y de la que ellos no*

En este punto las ciencias exactas no gozan de privilegio alguno. Este mismo nombre de *exactas* no es mas que uno de aquellos títulos vanos con que el hombre gusta de adornar su flaqueza. Es constante, dejando á parte las pruebas generales con que he demostrado que la certidumbre no tiene base sólida en la razon, que la geometría la

*eran jueces competentes. El fenómeno solo que tiene á su favor la autoridad del testimonio general es indisputablemente verdadero; mas la esplicacion, que no tiene por sí mas que la autoridad de la razon, es incontestablemente falsa. Y esto hace ver con toda claridad cuan poco segura guia es la razon sola; porque si alguna vez una consecuencia ha debido parecer natural y aun evidente, es seguramente la falsa consecuencia de que tratamos.*

*Atestigüe todo el género humano que han caido piedras del cielo, es preciso creerlo, sean los que fueren los raiocinios que se opongan á este testimonio universal. ¿Un sábio del último siglo no demostró, á su parecer, la imposibilidad de los aerolithos, cuya existencia está hoy tan perfectamente averiguada? No tenian, pues, á su favor un testimonio universal, ni cosa que se le pareciese. Sin embargo el testimonio, aun parcial, se dejó ver aqui superior en certeza á la razon.*

*Asi es una especie de locura atacar lo que se funda en la autoridad general, tal cual la acabo de definir. Por el contrario lo que no tiene este apoyo, debe ponerse y volverse á poner perpetuamente en examen; porque sería profanar la verdadera autoridad, atribuir sus derechos á las opiniones de uno ú de algunos hombres cualesquiera que fuesen. Ninguna razon individual puede exigir de otra mas que el examen. Hai mas: se debe suponer constantemente que se engaña, y la esperiencia confirma esta regla. La disposicion contraria, propia solamente para estancar los progresos de los conocimientos y consagrar el error, no es el culto, sino la idolatría de la autoridad, y el espíritu filosófico, del cual depende el adelanto de las ciencias, consiste en menospreciar la razon particular, hasta el punto de dudar siempre de lo que mas evidente le parece y afirma con mas confianza.*

mas exacta de todas las ciencias, se apoya como las demas, en el consentimiento comun. De distancia en distancia, y desde los primeros pasos se vé detenida la razon por dificultades invencibles; y se destruiria completamente la geometria, si se la obligase á probar los axiomas y teoremas que son su fundamento. (\*)

---

(\*) Sirva de ejemplo: se anuncia desde la entrada en la geometria como un axioma incontestable, que la linea recta es el camino mas corto de un punto á otro; lo que al pronto nada tiene de evidente; y en seguida es preciso suponer mas gratuitamente todavia, que no se puede tirar mas que una. Se llega luego bien ó mal á la teoria de los paralelos, que es el escollo de todos los geometras, y que por fuerza es necesario admitir sin demostracion alguna rigurosa. Todas las que se han querido dar hasta aqui tienen el vicio radical de suponer que dos lineas que se acercan sin interrupcion acaban por encontrarse, suposicion no solamente gratuita, sino cuya falsedad se demuestra por el ejemplo de las asymptotas. Seria fácil estender estas consideraciones á los demas ramos de las matemáticas. Asi en algebra es forzoso suponer sin prueba, que la suma es siempre la misma, sea cual fuere el orden que se siga en la adicion de sus partes. A medida que se avanza se encuentran estos pasos dificultosos, en los que estancada repentinamente la demostracion por necesidad, es preciso suplir con un acto de fé la impotencia de la razon ó renunciar á lo demas de la ciencia.

Si se trata de física es todavia mayor el embarazo. Se deducen observaciones, cuya certeza es por otra parte algunas veces mui dudosa, pretendidas leyes generales que se dan por un resultado necesario; como sino se pudiese satisfacer á la esplicacion de los fenomenos por una infinidad de leyes diferentes, asi como por un número determinado de puntos, se puede siempre hacer pasar una infinidad de curvas continuas ó discontinuas; como sino se pudiese suponer tambien que no existe ley alguna general que ligue los fenomenos entre si. Es pues manifesto que todas las teorías, aun la de la atraccion, no son mas que hipótesis mas ó menos inciertas. En efecto ellas no se fundan mas que en una analogía de ningún modo evidente y que supone, sin prueba alguna, los dos principios siguientes:

Ella no subsiste sino en virtud de un convenio taci-

1.º Las mismas causas y las mismas circunstancias observadas en lo pasado, deben perseverar en lo futuro y reproducir los mismos efectos.

2.º Entre la infinidad de leyes posibles que pueden satisfacer á las observaciones, las mas simples y generales son necesariamente las mas verdaderas.

Mas ¿quién no vé que estos principios fundamentales de la analogía descansan ellos mismos sobre una cierta idea de orden, cuya verdad no tiene mas prueba que el consentimiento comun; idea totalmente incomprensible y aun contradictoria sino se admite la existencia de un legislador eminentemente sabio y omnipotente, que preside al gobierno del universo? Si el mundo no es en efecto obra de un ser inteligente, si no es mas que una produccion del acaso ¿donde está la razon para suponerlo en el grado último de perfeccion á que puede llegar? ¿donde está tampoco la razon para buscar en él una regularidad, un orden qualquiera? ¿y quién quita pensemos que no es mas que una mala maquina, embarazada con ruedas superfluas, sin armonia en sus partes y sometida á una fuerza ciega, variable é independiente de toda lei?

No quiero hacer mencion de nuestros ochenta sistemas de geología, tan extravagantes, tan insensatos todos, que segun M. Cuvier, no se puede ni aun pronunciar el nombre de esta ciencia sin provocar á risa.

¿Cuantas veces no ha mudado de semblante la chimia aun despues que rasgando el velo misterioso que la cubria se la ha elevado colocandola en la clase de las verdaderas ciencias? Al phlogístico de Stahl, que reinaba con gloria hace cincuenta años, ha sucedido la teoría pueumática de Lavoisier; y he aqui que hoi, por una de estas revoluciones tan frecuentes en el imperio de las ciencias y que siempre son presagio de otras nuevas, esta teoría tan ponderada se arruina en todas sus partes. Trastornada por los descubrimientos de David, y de Gay-Lussac, no es mas que una de aquellas ruinas que, de trecho en trecho, indican el camino de la ciencia y facilitan el medio de seguirle, en medio de su vago y obscuro dominio.

Nada hablaré de la Metafísica, de sus variaciones perpetuas, ni de la incertidumbre de sus sistemas. Se puede consultar sobre este punto la obra de M. Bonald Recherches philosophiques t. I.º c. 1.

to de admitir ciertas bases necesarias; convenio que se puede espresar en estos términos: Nosotros nos obligamos á tener por ciertos tales principios, y á declarar á cualquiera que se niegue á creerlos sin demostracion, culpable de rebelion contra el sentido comun, que no es mas que la autoridad del mayor número.

Disconvengan dos ó mas personas en sentimientos ú opiniones ¿qué hacen despues de haber probado á convenirse mutuamente? Buscan un arbitro, quiere decir, una autoridad que determine, sino la certeza al menos la verisimilitud, en favor de uno de los pareceres que se disputan. Desconfiamos hasta de las ideas que nos parecen mas claras, cuando las vemos desechadas generalmente por los demas hombres; y la última razon, muchas veces la única, y siempre la mas fuerte que podemos oponer á los sofistas, á los disputadores obstinados es esta palabra que á cualquiera confunde: Sois el único que piensa así.

Las objeciones contra la certeza que cada hombre, considerado individualmente y sin relacion con sus semejantes, pretenderia encontrar en si pueden, lo sé muy bien, volverse y oponerse á la certeza que resulta del consentimiento comun. Así no intentaré yo establecerlo por la razon. Ahora esto sería imposible; veremos mas adelante porque. Yo no desenvuelvo ó esplico un sistema, solo trato de atestiguar y comprobar los hechos.

Es un hecho que los sentidos frecuentemente nos engañan, que el sentimiento interior nos engaña, que la razon nos engaña, y que no tenemos en nosotros mismos medio alguno para reconocer cuando nos hemos engañado, ninguna regla infalible para conocer lo verdadero. Esto es lo bastante, como hemos visto, para no poder rigurosamente afirmar nada, ni aun nuestra propia existencia. Nada hay probado, porque las mismas pruebas tendrían ne-

cesidad de otras pruebas, y así subiendo hasta el infinito. En tal estado la razon nos manda dudar de todo; pero la naturaleza nos lo prohíbe. "Ella sostiene, dice Pascal, la razon impotente y la impide llegue á tal punto de extravagancia." (a)

Es un hecho que no hay, ni habrá jamas un pirronico verdadero; que la duda universal, absoluta, á que nos condena una severa lógica es imposible á los hombres; que todos sin escepcion creen invenciblemente mil y mil verdades que forman el vínculo de la sociedad y el fundamento de la vida humana. No es necesasio para convencerse preguntarles; basta verlos obrar. El esceptico mas intrépido dará pasos atras si vé á sus pies un precipicio; no tomará indiferentemente un veneno por alimento; no confiará su fortuna á un pícaro conocido por tal, ni su vida á un malvado que tenga interes en quitarsela. He aquí la voz de la naturaleza; no es posible ahogarla ni desconocerla. ¿De qué sirve á Pirron ponderarnos tanto su pretendido escepticismo, mientras que no puede dar un paso, ni proferir una palabra sin desmentirse altamente? *Si es bastante loco*, segun la espresion de Montaigne, *no es bastante fuerte*; y á pesar de su resistencia una mano invisible y [poderosa humilla su espíritu altanero sujetándole al yugo de las creencias comunes.

Es un hecho finalmente, que una inclinacion natural nos conduce á juzgar de lo que es verdadero ú falso segun el comun consentimiento, ó conforme á la mayor autoridad; que, llenos de desconfianza hácia las opiniones y los hechos que carecen de este apoyo hacemos consistir la certeza en la armonia ó concordia de los juicios y tes-

---

(a) *Pensées de Pascal. Art. XXI.*

tinonios; que, si esta concordia es general, mucho mas si es universal, dejamos de escuchar á los que la contradicen y ni aun tratamos ya de convencerlos; les menospreciamos como insensatos, como espíritus enfermos, inteligencias delirantes, seres monstruosos que no pertenecen ya á la especie humana. Y no nos figuremos que los hombres sean injustos en esto. No se entra en discursos con los locos, aun cuando muchas veces guarden bastante orden en sus raciocinios. Mas, la única prueba que tenemos de la locura de aquellos que encerramos, es la completa oposicion de sus ideas con las ideas recibidas; y la locura consiste en preferir su propia razon, su autoridad individual á la autoridad general ó al sentimiento comun. (\*)

Salgamos de aqui, busquemos otra regla de certeza, no hallaremos sino motivos de duda, y vereis abismarse poco á poco el edificio todo de vuestras creencias en un vacío horroroso. Nuestra débil razon, incapaz de sostenerse á sí misma desde luego que se la quiere cargar con una verdad, cualquiera que sea, se rinde con la carga. No sabe, ni lo que es, ni si es; su misma existencia es para ella un problema que no puede resolver sino con auxilio de la autoridad

---

(\*) *Cabe tan poca duda en esto que los mismos médicos no pueden dar otra definicion de la locura. Este estado se manifiesta muy pronto á los ojos de todo el mundo, cuando un hombre que gozaba antes de buena salud forma, aunque desperto, un juicio falso ó erroneo sobre las relaciones de los objetos que se ofrecen mas frecuentemente en el curso de la vida, y sobre los cuales los hombres forman un mismo juicio....cuando menosprecia los avisos ó consejos que se le dan; cuando manifiesta una conviccion íntima de que todos los demas yerran menos el Tratado del delirio aplicado á la medicina, á la moral y á la legislacion; por F. E. Foderé, T. I, p. 327.*

del género humano; y todo ser creado que se atreve á decir: Yo soy, no espresa ó anuncia un juicio, sino que protesta su fé en un misterio impenetrable, y proclama sin comprenderlo el primer artículo del símbolo de las inteligencias.

Por poco que se fije la atención en esta importante materia, lo digo con confianza, vendrán á fortificar los principios establecidos en este capítulo mil consideraciones que yo he debido omitir por no traspasar los límites que debo prescribirme. No es porque yo los suponga al abrigo de toda objecion; no ciertamente: se les puede oponer dificultades innumerables. A no ser así sería falso que la razon, que es hábil solamente para destruir, nada sabe edificar que sea constante y duradero. Quanto mas especiosos sean sus argumentos mejor confirmarán lo que yo intento probar, á saber, que ella no es á propósito mas que para crear dudas, y poner el espíritu, cualesquiera que sean las cuestiones que le agiten, en una penosa indecision y rodeado de tinieblas que le desesperen. Mas no dejará por eso de ser verdad que, por un efecto de nuestra naturaleza, el consentimiento comun determina nuestra adhesion; que no tenemos otra certeza, y que, á pesar de todas las objeciones, un sentimiento indeliberado nos arrastra á mirar como cierto lo que se apoya en esta base; de modo que segun el parecer de todos los hombres, substraerse á esta ley fundamental, universal, es dejar de ser hombre, es apagar en sí todas las luces naturales, y segregarse voluntariamente de la sociedad de las inteligencias.

Sobre este punto decisivo apelo á la conciencia; la escojo por juez, y estoy pronto á someterme á sus decisiones. Entre cada uno en sí mismo, y pregúntese, haciendo callar al orgullo y las preocupaciones. Evite confundir los sofismas de la razon con las respuestas simples y precisas del sentimiento interior que le ruego consulte; considere lo que es,

y no lo que se figura deber ser; abra los ojos sobre los hechos y cierre su espíritu á las conjeturas: si hai un solo hombre que con tales disposiciones, se diga en el fondo de su corazon: «Esto que se me propone como verdades de experiencia, está desmentido por lo que yo siento en mi, y por lo que observo en mis semejantes; yo me condeno á mí mismo, y me declaro un soñador y visionario insensato.

## CAPÍTULO II.

### *De la existencia de Dios.*

Volvamos por un momento hácia atrás nuestra vista; y ájemosla en el espacio que hemos recorrido. Buscábamos la certeza, y hemos visto que no podemos hallarla en nosotros mismos. La consideracion atenta de los hechos nos ha llevado á conocer que ella reside en la reunion de los juicios y de los testimonios, es decir, en la autoridad, fuera de la cual no hay mas que una duda absoluta y eterna. De aqui proviene que el hombre para quien la duda es un suplicio; el hombre que para vivir tiene necesidad de creer, cede á la autoridad y se determina por ella tan naturalmente como respira. Si intenta substraerse á esta ley universal; ademas de que nunca lo consigue enteramente, porque no le es dado aniquilar su inteligencia, al punto se ve castigado por su rebelion insensata, con las tinieblas que se derraman y espesan sobre su entendimiento. Convertido para los demas hombres en un objeto de menosprecio y horror, le contemplan sorprendidos al verle atravesar con un vuelo rápido y desordenado los espacios intelectuales para sepultarse en el cahos; á la manera de un astro que perdiendo su curso no obedeciese ya á las leyes de la gravitacion. A nues-

tro pesar dependémos esencialmente de nuestros semejantes, tanto como seres inteligentes, cuanto como seres físicos; y la vida del alma lo mismo que la del cuerpo, resulta de la sociedad de los medios y de la union de las fuerzas.

Los métafísicos pues, en vez de raciocinar hasta perderse de vista sobre las operaciones de nuestro espíritu, para descubrir una regla de certeza, deberían haber dejado á un lado el raciocinio, y mirar lo que les rodeaba: porque es claro que, siendo el hombre activo por su naturaleza, y no obrando jamas sino por motivos que le determinan, ó en virtud de una creencia cualquiera, el principio de determinacion ó la regla de certeza, debia estar determinada ella misma por la naturaleza del hombre, y manifestarse en sus acciones con un caracter de evidencia y universalidad que no permitiese desconocerla. Mas la universalidad misma y simplicidad de esta regla innata en nosotros es la que nos impide conocerla; porque nuestra atencion por lo comun no se escita sino por lo que es estraño y nuevo para nosotros. Semejantes á un nadador que sigue la corriente no sentimos las leyes de nuestro ser sino cuando las resistimos: y como la resistencia supone fuerza, el hombre, que se complace en todo lo que le dá la conciencia ó conocimiento de las suyas, hace consistir su orgullo en resistir y contradecir la autoridad. Este es el origen mas comun y peligroso del error: de modo que por un encadenamiento que no sorprenderá mas que á los espíritus superficiales, la razon del hombre y su corazon se perfeccionan ó depravan por unas mismas causas, y la *humildad*, que es el fundamento de la moral, lo es tambien de la lógica.

He dicho que teniamos en nosotros tres medios para conocer; á saber, los sentidos, el sentimiento y el raciocinio; y hé hecho ver que, siendo insuficientes para conducirnos á la certeza, nada podiamos afirmar por solo su testimonio.

Veámos ahora de que modo el consentimiento comun, supliendo nuestra flaqueza, viene á ser por la institucion de la naturaleza el punto de apoyo de nuestros conocimientos, el título que nos asegura la posesion cierta, y en una palabra la verdadera base de nuestra razon.

Sea qual fuere el sistema que se adopte sobre el origen de nuestras ideas, es incontestable que nosotros no adquirimos el conocimiento de los objetos sensibles sino con el auxilio de los órganos. Los cuerpos y sus propiedades, los fenómenos físicos, los hechos de toda especie no nos son conocidos sino por los sentidos; y tanto la historia como las ciencias naturales ó de observacion, se apoyan únicamente en su testimonio.

Ahora bien, nada tiene de raro que los sentidos nos engañen. Una esperiencia continua nos enseña á desconfiar de estos instrumentos imperfectos, y cuyos defectos no percibimos sino comparándolos con otros instrumentos semejantes. Formados sobre un tipo comun, y variando sin embargo en diversos individuos, presumimos con verosimilitud que, como la imperfeccion de que proviene el error no afecta en cada uno de nosotros la misma parte del instrumento, la semejanza de las relaciones prueba la verdad, y tanto mas cuanto estas relaciones comparadas son en mayor número. Asi un testimonio único no produce mas que una simple probabilidad: á proporcion que se multiplican se aumenta la certeza, y llega un momento en que todos los hombres, de comun acuerdo, prohiben la mas ligera duda sopena de tener por insensato á quien la admita. Nada importa que el fenómeno ó el hecho atestiguado haya herido ú nó nuestros propios sentidos. Saunderson, ciego de nacimiento no estaba menos seguro de la existencia del sol que Newton, y nosotros no estamos mas seguros de que Paris existe que ciertos de que Cártago ha existido.

La multiplicidad pues de testimonios uniformes constituye con respecto á nosotros la certeza de los conocimientos que tienen su origen en los sentidos; aunque sin embargo no podamos rigurosamente deducir de sus relaciones la verdad absoluta. Mas obligados á creerlo, la naturaleza nos enseña á someter nuestras creencias á esta regla, que nosotros sin pensar en ello aplicamos casi á cada instante.

Fijar el número de testimonios necesarios para producir una certeza perfecta es imposible. Esto depende de mil circunstancias, y en particular del valor de cada testimonio tomado por sí solo. En esta avaluacion todo viene á reducirse á este principio: «Un testimonio tiene tanta mas fuerza, cuanto mas conocida es la veracidad del testigo, y menos interés tiene en engañarnos.» Y como tambien es el comun consentimiento el que decide estas cosas, el que sanciona y consagra el principio mismo que acabo de proponer, la certeza viene siempre en último análisis á descansar en la base de la mayor autoridad.

Esto sucede con respecto al sentimiento y la evidencia, y lo mismo con respecto al ratiocinio. Hai verdades y errores de sentimiento, evidencias ciertas y evidencias engañosas, buenos y malos ratiocinios: ¿quién no sabe esto por experiencia? ¿y quién no sabe tambien que el único medio de discernir con certeza lo verdadero de lo falso es la autoridad, ó la armonia y concordia de los juicios y testimonios? Donde no se encuentra esta armonia reina la duda en paz, y con aprobacion de la prudencia: mas en todas partes donde se halla cesa la duda, ó los hombres la acusan de locura.

El que negase la distincion del bien y el mal moral, que el todo es mayor que su parte, ó las consecuencias rigurosas que la geometría deduce de este axioma, sería tan loco como el que negase la diferencia que hai entre el placer y el dolor, la existencia de los cuerpos ó sus propiedades generales,

¿Por qué? porque chocaría y se opondría á la autoridad de todo el género humano. Porque por lo demas, estas negaciones podian ser con relacion á su organizacion propia otras tantas verdades; al menos sería imposible demostrar lo contrario.

Luego apelar de la autoridad á la razon, es violar la ley fundamental de la razon misma, es trastornar el mundo moral, es constituir el império del escepticismo universal, es abrir un abismo en que todas las verdades, todas las creencias vendrian necesariamente á sepultarse. Por la naturaleza misma de las cosas, aislarse ó separarse de los demas, es ya dudar. La certeza, principio de vida de la inteligencia, resulta del concurso de los medios y de la semejanza de las relaciones; es, si puedo esplicarme asi, una produccion social: y hé aqui porque el ser inteligente no se conserva sino en el estado de sociedad, como tambien porque la sociedad camina á la disolucion, cuando se echa por tierra la base de la certeza y de la inteligencia, sometiendo la autoridad á la razon individual.

Mas en este momento en que nosotros no conocemos ni consideramos mas que al hombre, la mayor autoridad que podemos concebir es la autoridad del género humano; por consiguiente ella encierra el grado mas elevado de certeza á que podemos llegar. Si pues existiese una verdad universalmente creida, unánimemente atestiguada por todos los hombres y en todos los siglos; verdad de hecho, de sentimiento, de evidencia, de racionio, á la cual rindiesen asi omenage todas nuestras potencias reunidas; esta verdad soberana, revestida manifiestamente de un poder supremo sobre nuestro entendimiento, vendria á colocarse al frente de todas las demas verdades en la razon humana. Negarla sería destruir la razon misma. Cualquiera en efecto que la negase, negando por este mismo el testimonio unanime de los sentidos, del sentimiento y del racionio, no podria en ningun caso admitirlo, y se

veria obligado á dudar de su propia existencia, que no conoce sino por estos tres medios. Digo todavia muy poco, y á cualquiera que se haya penetrado bien de los principios anteriormente espuestos será fácil comprender, que siendo la verdad de que se trata mucho mas cierta que nuestra propia existencia, pues que está atestiguada por testimonios mucho mas numerosos, el dudar de ella sería incomparablemente mucho mayor locura, que dudar de nuestra propia existencia. (a)

Definiendo los caracteres de esta verdad sublime, universal, absoluta, he nombrado á Dios. Con que encanto, con que transportes de dulzura no debemos ver esta idea magnifica y resplandeciente elevarse de repente sobre el horizonte del mundo intelectual, envuelto en espesas sombras, y derramar luz y vida hasta en sus profundidades mas retiradas y obscuras.

Toda existencia emana del Ser eterno é infinito, y la creacion toda con sus soles y sus mundos, cada uno de los cuales encierra en sí otros millares de mundos no es mas que la lauréola de este gran Ser. Todo sale de él y todo vuelve á entrar en esta fuente fecunda de realidades; y mientras que enviadas al exterior sus innumerables criaturas

---

(a) *La locura ó sinrazon de la duda se mide, no por la dificultad ó repugnancia que sentimos en dudar, sino por la certeza de la cosa de que dudamos. Asi tal hombre se verá obligado á hacerse mucha mas violencia para dudar de la relacion incertisima de sus sentidos en una data circunstancia, que para dudar de una verdad metafisica ó moral perfectamente cierta. En este último caso sin embargo, la duda es una locura verdadera, envez de que, en el primero podria ser un acto de prudencia. Esto puede servir para hacer comprender como, no dudando de la propia existencia, es sin embargo posible que se llegue á dudar de la de Dios, aunque esta en realidad tenga un grado mucho mas elevado de certeza.*

para atestiguar su poder y celebrar su gloria en todos los puntos del espacio y del tiempo, cumplida su mision, vuelven á deponer á sus pies la porcion de ser que les repartió, y que su justicia devuelve al punto á muchas de ellas, ó como castigo ó como recompensa: solo, inmovil en medio de este vasto flujo y reflujó de existencias, única razon de su ser y de todos los seres, es para sí mismo su principio, su fin y su felicidad. Buscar alguna cosa fuera del es explorar la nada. Nada se ha producido, nada subsiste sino por su voluntad, por una participacion continua de su ser. Todo cuanto crea lo saca de sí mismo; y conservar es para el seguir comunicándose. Realiza esteriormente la estension que concibe, y hé aqui el universo. Anima, si puede decirse asi, algunos de sus pensamientos y les dá la conciencia de sí mismos, y he aqui las inteligencias. Unidas á su autor, viven de su sustancia alimentándose con su verdad que es su mantenimiento necesario. Aun cuando no le conocen y aun cuando le niegan beben todavia en su seno el jugo que las vivifica, como la planta ciega en el seno de la tierra. Débiles mortales, que desesperabamos ha poco de la luz, volvamoslo á decir y repitamoslo mil veces con un júbilo lleno de confianza y de amor: Existe un Dios. Huyen las tinieblas delante de este gran nombre; se rasga el velo que cubria nuestro espíritu; y el hombre, á quien toda verdad y su ser mismo se huian sin que pudiese retenerlos, renace deliciosamente al aspecto de *aquel que es*, y por quien todo es.

Pero es necesario mostrar como los diversos medios de conocer con que la naturaleza nos ha dotado, se unen para conducirnos á esta verdad necesaria, de modo que ella reune en el mas alto grado todos los géneros de certeza.

Que los hombres conservan la memoria de los hechos y se la trasmiten, no necesita probarse. Que entre estos he-

chos los hai tales que no puedan ponerse en duda, sin quedar convencido por solo esto de locura, se confiesa tambien universalmente. El que negase la existencia de Augusto seria tenido por tan loco como el que negase la existencia del sol. La lejanía de los hechos, como por otra parte esten suficientemente atestiguados, en nada altera la certeza; y la historia de S. Luis no es mas cierta que la de Trajano.

Las ciencias, las artes, las costumbres, la legislación política, la sociedad entera se apoya en esta transmision de hechos, y no subsiste sino con su auxilio; porque todo lo que existe tiene su raiz en lo pasado, y perecería si se separase. Y como las relaciones de origen, ó de autoridad y obediencia son las mas necesarias, pues que ellas constituyen fundamentalmente la familia y el estado, cada familia tiene su tradicion, por la cual sube mas ó menos alto, segun que está mas ó menos constituida, hasta un primer padre, cuya existencia atestiguada sin interrupcion por sus descendientes, no es menos cierta que la existencia de la familia misma, y es ademas la razon de ella.

Del mismo modo cada pueblo tiene su tradicion semejante á la de la familia, y, como ella, tanto mas antigua quanto aquel está constituido mas solida y fuertemente; tradicion oral ó escrita, por la cual sube de edad en edad hasta el primer poder, ó un primer padre, cuya existencia no es menos cierta que la del mismo, y ademas es su razon.

Finalmente el género humano, como era necesario, tiene del mismo modo su tradicion conservada en todas las familias, en todos los pueblos y por la cual sube hasta su primer padre, ó hasta Dios, cuya existencia unanimente atestiguada de siglo en siglo, no es menos cierta que la existencia del género humano y la del Universo, y es la razon de ambas.

Así la historia mas antigua que se conoce principia

por estas veces: *en el principio crió Dios: donde vemos lo primero á Dios, que existe solo antes de todo principio, y los demás seres recibiendo del la existencia, en el origen de los tiempos.*

Ninguna tradicion hay, por confesion de los mismos ateos, ni mas universal ni mas constante; luego tampoco hay hecho alguno mas cierto. Recorred la tierra en todos sentidos; de las regiones civilizadas y de las naciones sabias corred al fondo de los bosques entre las hordas salvages: no escape á vuestras pesquisas pueblo alguno; en trad en la tienda del Árabe, en la cabaña del Negro, en la choza del Cafre y en la del Samoiano: en todas partes encontrareis la creencia del primer Ser, padre de todos los seres; en todas partes oireis nombrar á Dios.

Preguntad á estos hombres desconocidos los unos de los otros, de donde les ha venido esta creencia y os responderán: *Nuestros padres nos han dicho: Patres nostri narraverunt nobis.* Conocen á Dios como á sus antepasados por el testimonio transmitido; y la memoria de la primera familia, tronco fecundo de la raza humana, es para ellos inseparable de la memoria de su autor.

Se pretenderá falsificar esta tradicion, con el pretexto de que los testigos primitivos no han podido asegurarse por sus sentidos de la verdad del hecho que atestiguan? En este punto la tradicion se defiende bastante por sí misma, pues que depone que originariamente Dios se comunicó de un modo sensible á su criatura. Nada mas se necesita para cerrar la boca á los que contradijeren, aun cuando viniesen armados de objeciones en la apariencia indisolubles. Porque el raciocinio, cuya última fuerza he probado reside en la autoridad, no podria en ningun caso prevalecer contra ella de cualquier manera que proclamase su decision.

Sin embargo, como se debe tener cierta condescendencia con los espíritus que son mas bien desconfiados por debilidad que obstinados por orgullo, quiero dedicar un momento á tranquilizar la razon de aquellos á quienes inquietase la dificultad que indico. Consiento con tanto mas gusto en echar aunque de paso una ojeada, cuanto esto me ofrecerá la ocasion de atacar de antemano uno de los fundamentos del deismo: porque el principal motivo porque sus sectarios no admiten la revelacion es porque no les sería posible comprender, como el Ser infinito, espiritual por su naturaleza, se haya hecho accesible á nuestros sentidos.

Yo no sé pueda darse un espectáculo mas á propósito para escitar un grande asombro, que el de unas criaturas inteligentes que cierran sus ojos á la luz porque, dicen, están sepultadas en una profunda obscuridad. ¿No comprenden como Dios se haya acercado á nuestros sentidos! ¿Y qué importa que ellas comprendan ó no un hecho que atestigua todo el género humano? ¿Es la razon la regla del poder divino, es su término? Además si ellos la consultan seriamente, esta misma razon tan débil como es, bastará para disipar sus repugnancias. ¿Qué tiene en efecto de extraño que aquel que ha dado órganos al alma humana, y la ha reusado todo otro medio de comunicar con las demas almas y de conocer que existen, se haya servido de estos mismos órganos para comunicar con el hombre y manifestarle su existencia? No hablo de la posibilidad, evidente por sí misma, de este modo de accion; hablo de su conveniencia, de su analogía con la naturaleza. ¿Podía su autor en el instante mismo en que acababa de establecer las leyes violarlas en sus relaciones con nuestro primer padre? Por una consecuencia de estas leyes no podemos encontrar la certeza en

nosotros mismos; su base ordinaria es la autoridad. Luego la verdad mas importante, la existencia de Dios debia apoyarse en un testimonio de una autoridad infinita. ¿Y no era por otra parte conveniente en sumo grado, que habiendo recibido del Criador todas nuestras facultades, todas ellas concurriesen á conducirnos á él y á convencernos de su ser? ¿Qué hay en esto que se oponga á la razon? ¿Y por qué ha de sorprendernos mas la accion de Dios sobre nuestro oido ú sobre nuestros ojos, que su accion sobre el cerebro á que quieren reducirle los deistas? ¡O profundísimos talentos, que de pura lástima os dignais enseñar al Todo-poderoso los medios que debió emplear para revelarse primitivamente á su criatura!

Esto que toco aqui muy por encima se tratará con toda estension mas adelante. Bastanos ahora la prueba de hecho que ofrece la tradicion universal. Y no se nos diga que esta se reduce á la deposicion de dos testigos; porque en primer lugar, nosotros no sabemos en que época cesaron las comunicaciones sensibles del Criador con el hombre; y, en segundo hemos visto que, dependiendo de mil circunstancias variables el número de testimonios que se requieren para producir una certeza completa, debia determinarse únicamente por el consentimiento comun. ¿Y hubo nunca un consentimiento mas unánime que el que sancionó el testimonio de nuestros primeros padres? ¿Y qué verdad será respetada por la duda, si llega á penetrar esta al traves de este magestuoso recinto de todas las generaciones y de todos los siglos colocados al rededor de ella para defenderla? Quereis disputar al género humano su tradicion; en este caso y necesariamente, disputad á cada familia, á cada pueblo su tradicion particular menos atestiguada y por consiguiente menos cierta. Romped todas las historias, negad todos los hechos, los testimonios; renun-

ciad en vosotros mismos á la posibilidad de creer, de afirmar y conocer cosa ninguna; dudad de todo lo que fué y, con los ojos cerrados, sentaos silencioso entre las ruinas de lo pasado y las tinieblas de lo porvenir; simulacro vano colocado entre dos mundos, para indicar á las inteligencias fastidiadas de la vida la senda de la nada.

Ciertamente es ya una prueba bastante fuerte de la existencia de Dios, que sea preciso ó admitirla ó desechar todos los hechos tradicionales, todas las relaciones de los sentidos, lo que traeria consigo, si fuese posible al hombre ser consiguiente hasta este punto, la destruccion de la sociedad y de la razon humana. Sin embargo sería muy ligera la idea que tendríamos de la demencia del ateo, si no comprendiesemos ademas que no puede negar á Dios, sin negarse á sí mismo, sin verse precisado á dudar del sentimiento íntimo que le asegura de su propia existencia; porque ya he hecho ver que la certeza de las verdades de sentimiento, descansa asi como tambien la de las verdades de sensacion sobre la autoridad general ó el consentimiento comun. Cualquiera pues que se atreviese á negar una verdad de sentimiento universal deberia dudar de todo lo que siente ó se figura sentir; pues que, como vé cualquiera, si el género humano ha podido ser engañado perpetuamente desde su origen por un sentimiento falso, ningun hombre puede responder de que el sentimiento mas invencible para él no sea una ilusion.

Ahora bien, jamas hubo pueblo alguno que no tuviese el sentimiento de la Divinidad. El sentimiento se manifiesta por la accion, como el pensamiento por la palabra; y en todas partes vemos un omenage, un culto público tributado por la sociedad al soberano Ser. "Podreis encontrar, dice Plutarco, ciudades sin murallas, sin ca-

»sas, sin gimnasios, sin leyes, sin el uso de la moneda,  
 »sin el conocimiento de las letras; pero nadie vió jamas  
 »un pueblo sin Dios, sin oraciones, sin juramentos, sin  
 »ritos religiosos.» (a)

«No podemos dejar de reconocer, con Ciceron, en este  
 consentimiento unánime de los pueblos la *lex misma de la  
 naturaleza* (b); porque esta y sus leyes, aun las físicas,  
 no se reconocen sino por este carácter de permanencia y  
 de universalidad. Luego negarse á creer en Dios, sofocar  
 en sí este sentimiento, es pretender substraerse á una de  
 estas leyes naturales, que son para todos los seres las le-  
 yes de la existencia; y no debemos ya sorprendernos de  
 que la muerte de la sociedad y del hombre sean el re-  
 sultado del ateismo. El que viola la naturaleza de los se-  
 res, tambien los destruye; y no hay otro medio para  
 darles la muerte.

Yo no examino si es absolutamente posible que una  
 criatura inteligente pierda todo sentimiento de Dios; al  
 menos no hay alguna que antes no le haya tributado tes-  
 timonio. La mano de este malvado consumado, ahora tran-  
 quilo en la apariencia, ha temblado al cometer el pri-  
 mer asesinato. Se dice del que ha sofocado los remordi-  
 mientos: luego los ha sentido, luego ha temido á Dios.  
 Pero no busquemos entre monstruos argumentos tristes; del  
 hombre es de quien tratamos.

¿Qué medio hay para desconocer el sentimiento de  
 la Divinidad en la inclinación natural que incesantemente  
 le conduce á hacer actos, por decirlo así, de su depen-  
 dencia de un ser superior? De tal manera que hasta en  
 aquellos lugares donde la ausencia de un poder público

(a) *Plutarco adv. Coloten.*

(b) *Omni in re consentio omnium gentium, lex natura  
 putanda est. Tuscul. lib. 1. Cap. 13.*

le deja bajo las solas leyes de la familia, cada familia, y si se quiere subir hasta un estado mas imperfecto todavia, cada individuo tiene su culto, muchas veces, es verdad, caprichoso y extravagante; porque á proporcion que el hombre se aísla, el conocimiento y la autoridad de las tradiciones se debilita, y viene á quedar mas dependiente de su razon particular; la que desde luego se deja ver necesariamente con sus caracteres propios que son la debilidad, la inconsecuencia y la obscuridad.

Pero á pesar de los errores de su espíritu, el hombre en todas partes tiene el sentimiento de un poder soberano, sábio, previsor, que oye su voz, que juzga sus acciones y dispone de sus destinos. Si desea, si teme, si padece le invoca; ¿Que no hace por aplacarle y hacersele propicio? El riesgo de las religiones falsas proviene únicamente de la energia de este sentimiento, algunas veces superior al amor mismo de la vida. Universal como el pensamiento, tambien como él, y mas sensiblemente que él, es el signo distintivo del hombre, á quien los antiguos por esta razon creyeron no poder definir mejor que llamándole *un animal religioso*. Señáleseme en efecto la region en que este rasgo de su naturaleza esté enteramente borrado, donde el desgraciado, el inocente oprimido, la madre temerosa por su hijo, no levantan al cielo sus ojos y sus manos suplicando: movimientos maravillosos que determinan, no la disposicion de los órganos ni algun impulso físico, sino las leyes de la esperanza, y la eterna y fuerte inclinacion de nuestra inteligencia hácia Dios.

No es posible asignar otra causa á la necesidad que sentimos de un bien perfecto, infinito, hácia el cual vuela nuestra voluntad con una fuerza invencible. Nosotros queremos ser felices, y no podemos serlo sino por la posesion de este bien, que es Dios mismo. Fuera dél no en-

contramos mas que inquietud, tédio, disgusto, una fatiga estéril del alma cansada y estenuada por el trabajo del deseo. Estemos de buena fé en nuestra miseria; ¿hallaremos por eso medios para disimulárnosla? Una esperiencia pronta nos enseña que ningun objeto terreno es el bien á que aspiramos, y que le buscamos inútilmente aquí abajo al rededor de nosotros. Todos los siglos hacen resonar esta máxima. Viajamos, es verdad, en un mundo de ilusiones, pero el tiempo se da prisa á deshacer el encanto; las fantasmas seductoras á las cuales nuestros deseos dan por momentos una realidad imaginaria se desvanecen en medio de nuestro corazon. Dios no le hizo tan grande sino porque queria habitar en él. Se preparó en nosotros como una morada inmensa, donde todo lo que no es él se pierde y desaparece.

Luego el deseo natural de una felicidad infinita, los remordimientos, la oracion y el culto prueban que todos los hombres tienen el sentimiento de Dios. Mas si fuese posible que el género humano sintiese lo que no hay, ó se engañase sobre lo que siente, con mas razon cada hombre en particular podria ser engañado sobre lo que siente ó lo que cree sentir; y el sentimiento que tenemos de nosotros mismos, que nada vale en comparacion del sentimiento unánime de los hombres de todos los siglos, lejos de ser una prueba de nuestra existencia, ni aun daria en favor de esta una simple presuncion.

Pasemos ahora á la evidencia: segun la fuerza de la palabra consiste en una vista clara de la verdad de un principio ó de una proposicion. Mas como sucede muchas veces que el espíritu cree ver con claridad lo que no ve realmente, porque el error no es visible, ó en otros términos, como hay evidencias engañosas, la certeza de las verdades evidentes descansa únicamente en la autori-

dad ó testimonio de un cierto número de hombres, que atestiguan que su espíritu se halla afectado del mismo modo por la misma proposición; y si el testimonio es unánime ó la autoridad universal, la certeza será la mas completa que sea posible obtener.

Esto supuesto yo sostengo que esta proposición; *el universo es obra de un Ser inteligente*, es tan evidente para todos los hombres como cualquiera otro principio, y mas evidente aun que este axioma mirado como incontestable: *Dos cosas idénticas con una otra tercera son idénticas entre sí* (a); porque muchas personas que no son capaces de concebir esta máxima comprenderán fácilmente la otra proposición.

Y de hecho esta es la primera respuesta que dán los hombres en todas partes, cuando se consulta su razon sobre la existencia de Dios; y la unanimidad de esta respuesta confirma de tal modo la evidencia, que el que la negase, se privaría por solo esto de todo medio de discernir una evidencia real de otra falsa; por consiguiente tambien de todo derecho de afirmar nada como evidente, ó de la posibilidad de raciocinar pues que no se raciocina sino partiendo de un principio que se supone evidentemente cierto.

Admitido este principio, no estamos seguros de la exactitud de las consecuencias que deducimos, sino cuando estas mismas están generalmente admitidas, es decir, cuando el testimonio de los demas hombres nos enseña que en este punto su razon está acorde con la nuestra; y cuanto mas universal es esta concordia tanto mayor es la certeza. Ahora bien, en ningun tiempo, en ningun pais ha variado la razon humana sobre la cuestion importante de la existencia de un primer Ser. Los argumentos mas fuertes con que se sostiene, consignados en los

---

(a) *Quæ sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se.*

monumentos de la filosofía de todos los pueblos, han hecho constantemente la misma impresion en los espíritus (\*)

(\*) *No siendo las pruebas particulares de la existencia de Dios mas que medios para poner esta grande verdad al alcance de la razon individual, y como un socorro ofrecido á su flaqueza para ayudarla á elevarse á la altura de la razon general, no entra en nuestro plan el esponerlas. Sin embargo, á favor de aquellos que puedan creer tienen necesidad de este socorro, indicaremos tres pruebas de la existencia del soberano Ser, deducidas cada una de un orden de ideas diferente, para hacer ver mejor como el hombre, rodeado de efectos y siendo efecto el mismo, se vé, por decirlo asi, atraido desde todos los puntos de su ser á la causa primera y universal.*

*Prueba metafisica. = Bastaria para demostrar evidentemente la existencia de la Divinidad, observar que el Ateismo, ó la proposicion que lo enuncia, No hai Dios, es contradictoria en sus términos. En efecto, ¿Que es Dios? La idea mas justa y la mas general al mismo tiempo que se puede formar es la del Ser por excelencia; y asi es como en la Escritura se define á sí mismo: Yo soi el que soy. Dios es el ser, sin términos, el ser infinito, el ser necesario, en una palabra, el Ser; porque todo lo que se añade á este nombre altera la simplicidad, y parece restringir ó coartar el sentido. El ateismo se reduce pues á este axioma: El ser no es; axioma que encierra una contradiccion tal que todos los hombres juntos, durante toda la eternidad, no llegarían jamas á figurarse otra mas monstruosa.*

*Alguna cosa existe, luego alguna cosa ha existido siempre, luego alguna cosa existe necesariamente. El mismo ateo conviene en esto, pero quiere que la materia sea este ser necesario; y aqui es donde estraviado por una imaginacion enferma cae en un abismo de absurdos. En efecto existir necesariamente, es existir de tal modo que la no-existencia implica contradiccion; estas dos ideas son idénticas. Y, para esplicar esto con un ejemplo, es necesario que un triángulo tenga tres ángulos y no tenga mas que tres, es decir, que implique contradiccion que un triángulo tenga mas ó menos de tres ángulos; y como todo aquello que implica contradiccion, todo lo que es esencialmente imposible, no puede concebirse, nadie concebirá jamas un triángulo de dos ó quatro ángulos. Se*

En que época tenebrosa, en que lugar no se ha inferido

*sigue de aquí que todo lo que puede concebirse, es posible ó no implica contradicción. Representemonos ahora un pie cúbico de materia, y preguntese qualquiera à sí mismo, si no se concibe facilmente la no existencia, si esta suposicion repugna al espíritu; todo hombre de buena fé convendrá en que no. Pues lo que digo de este pie cúbico, puedo decirlo de dos, de tres, de un número qualquiera de pies cúbicos, de la totalidad de la materia por consiguiente; y puesque ella puede concebirse no existente, no implica contradicción el que no exista: luego no existe necesariamente, luego no es ella el ser necesario, cuya existencia se vé obligado á confesar el mismo ateo.*

*Para conocer ahora qual es este ser, no se trata mas que de buscar aquel, cuya no existencia implica contradicción, ó que no puede concebirse no existiendo: yo desafio á que se encuentre otro que aquel que, encerrando en sí todas las realidades, todas las perfecciones, en una palabra la plenitud del ser, tampoco puede definirse sino por este caracter esencial que le es esclusivamente propio, el Ser; de modo que no se le puede nombrar sin afirmar que existe, ni negar que existe sin enunciar la contradicción mas grosera. Concebirlo, es concebirle existente; negar que existe, es decir á un tiempo que es y no es, es concebir una imposibilidad manifiesta, es no concebir nada.*

*Se vé pues como y porque el símbolo del ateo es necesariamente contradictorio en sus mismos términos. Haga lo que hiciere se vé obligado á afirmar y negar á un mismo tiempo una misma cosa de un mismo ser; y la proposicion, No hai Dios, es exactamente semejante á esta La verdad no es verdadera. Era justo y conforme al orden que el error mas peligroso y mas fecundo fuese tambien el mas palpable.*

*Prueba fisica. = Se establece como un axioma incontestable en mecánica, que la materia es indiferente al movimiento y al reposo. Si en efecto la fuese esencial el movimiento, seria imposible concebirla en reposo. Mas lejos de que no podamos concebirla en reposo, al contrario nos vemos inclinados á mirar el reposo como su estado natural. Muevase un cuerpo inanimado à nuestra vista, al punto nos figuramos una causa de su movimiento, ciertos de que ha comenzado y debe acabar con la impresion de la causa estraña que lo produce.*

del orden del mundo, la existencia de un supremo ordena-

Ademas ¿qué entendemos quando se habla del movimiento esencial á la materia? ¿qué viene á ser este movimiento? ¿es determinado ó indeterminado? Un movimiento indeterminado sería un movimiento en todos sentidos, y que tuviese todos los grados de velocidad á un mismo tiempo, lo que es un absurdo. No hai movimiento sin alguna direccion. Si pues el movimiento necesario es determinado, ¿ en qué sentido se mueve la materia necesariamente? ¿Tiene toda la materia en cuerpo un movimiento uniforme, ó cada atomo tiene su movimiento propio? Segun la primera idea el universo todo debe formar una masa sólida é indivisible; segun la segunda no debe formar sino un fluido disperso é incoherente, sinque jamas sea posible se reunan dos atomos. ¿ En qué direccion se hará este movimiento comun de toda la materia? ¿ Será en linea recta ó circularmente, á lo alto ó á lo bajo, á derecha ó á izquierda? Si cada molecula de materia tiene su direccion particular, ¿ quales seran las causas de todas estas direcciones y de todas estas diferencias? Si cada atomo ó molecula de materia no hiciese mas que girar sobre su propio centro, nada habria nunca que saliese de su lugar, y no habria movimiento comunicado; y aun sería necesario tambien que este movimiento circular fuese determinado en algun sentido. Dar á la materia el movimiento por abstraccion, es decir palabras que nada significan; y darle un movimiento determinado, es suponer una causa que le determina. Quanto mas multiplico las fuerzas particulares, tanto mas nuevas causas tengo que explicar, sin encontrar jamas ningun agente comun que las dirija. Lejos de poder figurarme algun orden en el concurso fortuito de los elementos, no puedo ni aun imaginar como combaten entre si y el cahos del universo me es mas concebible que su armonia." (Emile, lib IV.)

De nada sirve recurrir á leyes generales para explicar la existencia del movimiento, su mayor ó menor intensidad y sus direcciones diversas." Estas leyes dice tambien Rousseau, " no siendo seres reales, ni substancias deben tener algun otro fundamento que me es desconocido. La esperiencia y la observacion nos han hecho conocer las leyes del movimiento; estas leyes determinan los efectos sin mostrar las causas; ellas no bastan para explicar el sistema del

dor? No hubo jamás prueba alguna que recibiese una san-

» mundo y la marcha del universo. Descartes formaba el  
 » Cielo y la tierra con sus figuras de dados; pero no pudo dar el  
 » primer impulso á estos, ni poner en juego su fuerza centri-  
 » fuga sino con el auxilio de un movimiento de rotacion.  
 » Newton encontró la ley de la atraccion, pero la atraccion  
 » sola reduciria muy pronto el universo á una masa inmovil:  
 » ha sido pues necesario juntar á esta ley una fuerza pro-  
 » yectil para hacer describir curvas á los cuerpos celestes.  
 » Diganos Descartes que ley fisica ha hecho girar los turbi-  
 » llones; muestrenos Newton la mano que lanzó los planetas  
 » sobre las tangentes de sus orbitas.

» Las primeras causas del movimiento no estan en la  
 » materia; ella recibe el movimiento y le comunica, pero no  
 » le produce. Quanto mas observo la accion y reaccion de  
 » las fuerzas de la naturaleza, obrando unas sobre otras, mas  
 » descubro, que de efectos en efectos es necesario subir siem-  
 » pre hasta una primera voluntad que sea causa; porque su-  
 » poner un progreso de causas al infinito, es no suponer na-  
 » da. En una palabra todo movimiento que no es producido  
 » por otro, no puede provenir sino de un acto espontaneo,  
 » voluntario. Los cuerpos inanimados no obran sino por el  
 » movimiento, y no hai verdadera accion sin voluntad. Hé  
 » aqui mi primer principio. Yo creo pues que una voluntad  
 » mueve el universo y anima la naturaleza. Este es mi pri-  
 » mer dogma y mi primer artículo de Fé.” (Emile, *ibid.*)

Prueba matematica. De la imposibilidad absoluta de que  
 la materia haya existido eternamente, se sigue la necesidad  
 de la creacion, por consiguiente la necesidad de un Cria-  
 dor, ó la necesidad de la existencia de Dios. La imposibili-  
 dad de que la materia haya existido de toda eternidad  
 (siempre ó ab eterno) se demuestra geométricamente por la  
 imposibilidad reconocida de una serie actualmente infinita  
 de términos, bien sea permanentes ó bien sea sucesivos.  
 (Vease la Disertacion de Gerdil t. III de sus obras, p. 261. =  
 Maclaurin traité des fluxions introd p. 41. Mairan, d’Alem-  
 bert, etc.) Yo supongo en efecto la materia eterna, se podrá  
 suponer tambien que el orden presente del universo ha sub-  
 sistido eternamente; porque por ejemplo, el movimiento de  
 la tierra al rededor del sol, no siendo una cosa que repugne,  
 ha podido existir en qualquier epoca, y desde luego nada

cion tan universal. Si pues esta prueba no fuese ma; que un sofisma, si, por espacio de sesenta siglos hubiera podido el género humano ser engañado por su razon, ¿qué vendría á ser de la razon de cada individuo? No teniendo ya medio alguno para discernir lo verdadero de lo falso en materia de raciocinio, sería preciso dejar de raciocinar y romper con menosprecio el último instrumento de nuestros conocimientos.

Ea pues, venid ahora, hombres sin Dios, soberbios atletas de la nada, venid á tomar posesion de vuestro imperio; le habeis conquistado y os pertenece; pero no os engañeis, vuestro triunfo será mudo como la muerte. Impotentes para establecer nada, ni aun la duda, si os

*impide suponer que ha existido siempre, ó que la tierra ha cumplido un número actualmente infinito de revoluciones al rededor del sol, lo que envuelve la existencia posible de una serie actualmente infinita de números, y por consiguiente un absurdo demostrado tal matematicamente. Vengan á moverse dos puntos con la misma velocidad sobre dos paralelos, ó, lo que nada varia en el fondo de la hipotesis, sobre dos lineas, de las quales una sería una rama de la hiperbole y la otra su asymptota; nos reiriamos de quien nos dijese: llegará un momento en que se encontrarán estos dos puntos. Y sin embargo ¿donde estaria el absurdo? unicamente en la suposicion de un punto de concurso, cuya existencia no sería posible sino en el caso en que los dos mobiles hubiesen recorrido, antes de llegar allí, una serie actualmente infinita de longitudes determinadas. Hechemos ahora abajo la hipotesis; supon-gamos á los dos mobiles un movimiento inverso, y que nos digan que partieron del punto en que la asymptota toca la curva: ¿será menos absurda la asercion? ¿La indiferencia en el sentido del movimiento hace mas posible el punto del concurso? ¿Hace que la existencia de una serie actualmente infinita de magnitudes determinadas, imposible en el primer caso, sea admisible en el segundo? Reconocida una vez esta imposibilidad, se hace necesario confesar la necesidad de la creacion, y de la existencia de Dios por consiguiente.*

atreveis á abrir la boca, á pronunciar una sola palabra, se levantará todo el género humano para imponeros silencio; os negará vuestro ser, y nada podreis probarle. Un sombrío y silencioso escepticismo, la noche de los sepulcros, he aqui vuestra herencia. Ninguna verdad, ninguna creencia, ningun amor por consiguiente, y por tanto ninguna accion. ¡O prodigiosa desnudez! Han sacudido, dicen, el yugo: sí, el yugo de la vida, el yugo de la inteligencia. Yo procuro representarme este estado de indigencia total, este vacío tenebroso de la razon, este movimiento sordo del pensamiento, semejante al trabajo interior de la putrefaccion en un cadaver; se turba mi vista, y no veo sino sombras que se dan prisa para volver á cubrir un misterio horroroso.

El ateo arrastrado por su doctrina á la destruccion no subsiste sino porque la naturaleza, ó mas bien el mismo Dios le obliga por fuerza á ser inconsecuente y ceder á cada instante á la autoridad general como á la regla infalible de lo verdadero. No dá un paso que no pruebe su entera fe en alguna verdad, de la cual no tiene otra certeza que el consentimiento comun. Habla, obra, luego cree; porque no se obra sino en virtud de una creencia, y el que habla cree al menos poder ser oido; ¿en qué se apoya esta creencia sino en el testimonio de los hombres? Mas es preciso necesariamente ó admitirlo siempre, ó recusarlo siempre. Negar este testimonio sobre el punto en que es mas unánime, es privarse del derecho de alegarlo sobre cualquiera otro punto; es echar por tierra la base de la razon, y el ateo ni aun raciocinar contra Dios puede, ni tiene derecho para ser oido, pues que comienza por desechar la autoridad general de la razon.

¡Quién no se abisma en un asombro profundo á vista de una locura tan estremada, y de un crimen tan grande!

¿Es posible que el hombre llegue á tal esceso? ¿Hay verdaderos ateos? Puede ser; porque ¡ó dolor! ¿quién conoce los límites de la perversidad humana? Sin embargo, dice Bossuet: „la tierra da pocos monstruos de esta especie; (\*) los idolatras mismos y los infieles los miran con horror. Y cuando en la luz del cristianismo se halla alguno se debe tener tal encuentro por abominable y desgraciado. (a)

Pero dicen, no se comprende el Ser infinito: ¡ó talentos poderosos que comprendéis todo lo demas que existe! porque, no siendo así ¿les chocaria tanto se les propusiese creer con pruebas ciertas un dogma incomprendible? ¿Se levantarían y declararían con tan fiera altivez contra la idea de Dios? Por tanto de las cosas que creen, ninguna hai que no conozcan, que no comprendan perfectamente. ¿Que creen pues? ¿Creen en la atraccion? Si, sin duda. ¿Luego comprenden que los cuerpos, aunque distantes, obran unos sobre otros al traves del vacío? Si así es, esplicuennos claramente el modo conque se obra esta accion. ¿Creen en la comunicacion del movimiento? Si tambien. Digannos pues que es la fuerza, y como se transmite. ¿Es un ser fisico? ¿Lo comprenden? Si es una porcion de materia que pasa de un cuerpo á otro, será preciso buscar una causa de esta comunicacion, ó una nueva fuerza que la determine, y así hasta el infinito. Si no es cosa material, ¿como, lo que no

---

(\*) *No hai pueblo tan salvaje, tan bárbaro, dice Ciceron, que, aun ignorando lo que debe pensar de Dios, no sepa que se debe creer en su existencia: y la idea de Dios es para el hombre como una memoria y un reconocimiento de su origen. Nulla gens est, neque tam immansueta, neque tam fera, quæ non, etiamsi ignoret qualem habere Deum deceat, tamen habendum sciat. Ex quo efficitur illud, ut is agnoscat Deum, qui, unde ortus sit, quasi recordetur et agnoscat. De legibus.*

Lib. 1.

(a) *Primer Sermon de la Dominica primera de Adviento.*

es material obra sobre la materia, y, produce en ella modificaciones sensibles tales como el movimiento? ¿Green en la materia misma? ¿Green en el pensamiento? ¿Green en la vida? Es preciso que crean: porque la naturaleza les impone estas creencias y otras mil con un soberano imperio: es indispensable que crean en ellas, á pesar de la impotencia absolutísima de concebir nunca que cosa es materia, (\*) que cosa es pensamiento, ni que cosa es vida. Nada les es mas incomprendible que su ser. Nada conocen plenamente, toda su ciencia se compone de retazos. No solamente se les escapa el todo, sino que apenas se dejan entrever las partes que tienen mas cercanas. Su concepcion no es proporcionada á nada de cuanto existe; se pierde y estrella en un atomo; ¡y quieren comprender claramente á aquel que ha creado de la nada este mismo atomo y el universo! ¡Insensatos! esplíqueme solamente un grano de arena y yo les explicaré á Dios.

Mas yo quiero que su razon misma se asombre de su debilidad; quiero mostrarles en esta verdad que no quieren admitir por causa de los misterios que encierra, la idea mas simple y clara que puede entrar en el espíritu humano; de modo que, escepto un corto número de ciegos, no hay un solo hombre que no la perciba facilmente al punto que se le presenta. Y sino fuese asi ¿de donde podia venir esta creencia unanime, y este nombre mismo de Dios que se oye y entiende en todos los pueblos? ¿No se ha de ver en el mas

---

(\*) *D.º Alembert reconocia esta imposibilidad de comprender las cosas que están menos sugetas á la duda. Confiesa en términos formales "que la naturaleza del movimiento es un enigma para los filósofos; que el principio metafísico de las leyes de percusion les es tambien desconocido; y que cuanto mas profundizan la idea que se forman de la materia y de las propiedades que la representan, mas se obs-curece esta idea, y parece se les quiere huir."* Preface de la Encyclop.

que una simple palabra adoptada por convenio, y sin que tenga sentido? No, no cabe tal absurdo. Pero si esta palabra tiene un sentido, y en todas partes el mismo, luego se le comprende; y cuando todo el género humano atestigua que comprende, empeñarse en sostener que no se comprende, esto, ciertamente, no es probar la fuerza de su razon, es si, hacer ingenuamente la confesion de la imbecilidad mas profunda ó de la locura mas pasmosa.

Mas para tratar á fondo la materia, Dios no tiene relacion necesaria sino consigo mismo, mientras que los seres finitos ó limitados, por lo mismo que son contingentes y partes de un todo, dependen unos de otros en cuanto á su modo de existir, y de una causa exterior en cuanto á su existencia. No es posible pues concebirlos sin concebir al mismo tiempo esta primera causa, centro y razon de todos los seres; ella es el término de todos nuestros pensamientos, y en ella únicamente es donde nuestro espíritu errante de efecto en efecto puede encontrar un punto de reposo. Ademas, luego que solo el *ser* es el objeto de nuestras concepciones, no siendo inteligible la nada, la idea mas natural, la mas luminosa es necesariamente la del *Ser* sin restriccion, sin limites, del *Ser uno* que se define diciendo que *el es*. Esta idea inmensa no está solamente en armonia con nuestra inteligencia; ella es nuestra misma inteligencia: y hé aqui porque el ateo, negando el soberano *Ser*, se vé forzado á negar todos los seres, á negarse á sí mismo, y nada puede afirmar, nada puede enunciar porque no puede pronunciar la palabra *es*, que es el nombre propio de Dios. (\*)

---

(\*) *Esto estaba ya escrito cuando ví la misma observacion aclarada con toda la estension que no permite nuestro plan en las indagaciones filosóficas sobre los primeros objetos de los conocimientos morales por M. de Bonald: obra tan digna de atencion por la profundidad de sus*

El ateísmo pues hablando propiamente, no es una doctrina, no una opinión, sino un desorden mental, el término último del extravío del espíritu ó la extrema locura: y no se debe ya argüir contra aquel que niega á Dios, ó se hace Dios, porque este en el fondo es el mismo error; así como no se arguye contra el insensato que se cree rey. Desde luego que se opone la razón privada á la de todos los hombres, que se niega el testimonio de todo el género humano, ya nada queda común entre las inteligencias, no hay base sobre la cual pueda apoyarse un raciocinio; y si el ateo fuese consiguiente, si pudiese serlo, su razón sin punto de apoyo se empeñaría inutilmente en salir de su inmovilidad estúpida.

En fin hé aqui el punto á que puede llegar el hombre á fuerza de orgullo. Odiará al autor de la vida, y aun la vida misma. Ciego y cobarde hasta lisongearse de vencer sus destinos inmortales se le verá, huyendo y separándose de todo lo que es, trabajar con ardor en las tinieblas para abrir-

---

*miras y la fuerza del raciocinio, como por la nobleza del estilo y la constante elevacion de los pensamientos. Guiados por la misma fé que este filosofo ilustre, y tanto mas grande cuanto mas cristiano, hemos tenido muchas veces la dicha de encontrar las mismas verdades; así como una simple navecilla dirigiéndose por el mismo punto de los cielos, puede abordar á las mismas riberas que un gran bajel rey del Oceano. Y pues que hemos nombrado á M. de Bonald, permitasenos citarle á el mismo, en prueba de esta providencia que vela sobre los pueblos y, cuando conviene, dá á ciertos hombres la escelsa mision de anunciar las verdades que se hacen necesarias, y defender contra el orgullo y los errores del hombre la causa de Dios eternamente atacada y eternamente victoriosa. No temo decirlo: el autor de la Teoría del poder político y religioso, de la Legislacion primitiva &c., ha sido en este siglo de tinieblas, el fundador de las últimas esperanzas que restan tal vez á las naciones y el buen genio de la sociedad.*

se un eterno sepulcro. ¡O miseria infinita de un ser cuyos pensamientos todos, todas sus esperanzas dependen de la nada! pero ¡ó desorden todavía mas horroroso! De aqui ese asombro que se apodera de los pueblos, ese horror profundo que manifiestan al ver un hombre sin Dios; horror tan natural como el del asesinato: y el ateismo en efecto no es mas que la desesperacion de una razon enagenada, y el suicidio de la inteligencia. Ciertamente jamás pudo concebirse mayor crimen: encierra este unosí una perversidad tan asombrosa que sola la Religion la explica por sus dogmas. Si, sin duda, aqui hay algo sobrenatural; la accion de un ser malo sobre un ser degradado, de un tirano sobre su esclavo, es demasiado visible para ser desconocida; porque ningun ser puede caminar naturalmente á su destruccion. Que el alma mate al cuerpo se comprende; ella obra fuera de sí y sobre un sujeto que la está sometido; pero que la misma alma, la inteligencia se destruya voluntariamente, esto no solo es incomprendible sino contradictorio; y nunca podrá darse razon alguna de este movimiento desordenado de un ser inteligente hácia la muerte, sino suponiéndole dominado por una fuerza estraña, por un *espíritu* mas poderoso que le seduce ó le oprime.

Hemos probado que la existencia de Dios, atestiguada unánimemente por el género humano, reúne en el mas alto grado todos los géneros de certeza, de suerte que no es posible negarla sino por una oposicion violenta á la naturaleza que nos manda deferir al testimonio universal, y arruinando la base de la razon, que desde luego queda eternamente impotente para asegurarse de ninguna verdad. Considerando pues la existencia del soberano Ser como un hecho incontestable y mas incontestable aun que nuestra misma existencia, espondrémos en el capítulo siguiente las consecuencias que se de-

ducen relativamente al origen y certeza de nuestros conocimientos, y puede ser no haya quien no se asombre al ver cuanta luz derrama este solo hecho tan grande y tan sencillo sobre las leyes de nuestra inteligencia, y á que altura nos eleva.

### CAPÍTULO III.

#### *Consecuencias de la existencia de Dios con respecto al origen y certeza de nuestros conocimientos.*

Al entrar en la carrera inmensa que nos hemos propuesto recorrer, el hombre es el primer abgeto que debió fijar nuestras miradas. Viendolo colocado al frente de la creacion que él domina con su pensamiento, no podiamos ya buscar mas alto la luz. Sin embargo, cosa estraña, mientas que le hemos considerado solo, no nos há presentado mas que tinieblas y contradicciones. Incapaz naturalmente de llegar á la certeza, obligado á dudar de todo y de sí mismo, le arrastra irresistiblemente su razon al pirronismo absoluto; de suerte que su mas noble facultad sería para él una causa de muerte, si no existiese en él no sé que principio enérgico de fé que le conserva, forzándole á deferir á la autoridad general, regla inmutable de sus creencias, y ley universal del mundo moral; al modo que la atraccion, ó la autoridad del Criador que obra por su voluntad sobre la materia, es la ley del mundo fisico.

Mas, pues que los seres inteligentes no están unidos sino por esta ley, no subsisten sino en virtud de esta ley, luego es conforme á su naturaleza; porque es propio de la naturaleza de los seres subsistir y estar unidos; y á causa de sus relaciones reciprocas, su existencia misma depende de su union. Luego toda filosofía que en vez de establecer los derechos de la autoridad y recibir docilmente sus decisiones las so-

mete á la razon individual, es contraria á la naturaleza de los seres inteligentes, y camina á destruirlos destruyendo toda esencia, y reduciendolos, si puedo esplicarme asi, el hombre intelectual á aquel estado de la naturaleza bruta á que se ha querido llevar al hombre social; estado de aislamiento, de debilidad, de independencia y de guerra de cada uno contra todos, en que ni aun el hombre fisico puede vivir, porque el hombre moral no puede ni formarse en el, ni conservarse.

Y esto nos explica la contradiccion aparente que hemos observado entre la razon del hombre que le detiene en la duda, y la inclinacion irresistible que le fuerza á creer. Ciertamente la razon, que está tambien en la naturaleza ó mas bien que es la naturaleza misma del hombre, no puede ser naturalmente opuesta á esta inclinacion, no puede de caminar naturalmente á la destruccion del hombre, ó á su propia destruccion; y si á pesar de esto hemos observado en ella esta tendencia, es, porque al punto que se aísla, se pone en un estado contrario á la naturaleza, y carece de una condicion necesaria á su existencia.

Así el desarrollo de la razon, nulo en el individuo separado desde la primera edad de la sociedad de sus semejantes, estremadamente limitado en los salvages, entre los cuales se vé apenas algunos elementos groseros de sociedad, se proporciona siempre al desarrollo del orden social; y la razon del hombre no es mas que la razon de la sociedad cuya parte es, asi como la razon de la sociedad no es mas que su civilizacion, de donde resulta la union mas ó menos perfecta de sus miembros; y hé aqui porque, cuando el hombre, rompiendo esta concordia, principio de su fuerza y vida, quiere rehacer la sociedad con su razon individual todo perece, tanto la sociedad como el hombre mismo.

Y como podemos sorprendernos de esta dependencia mu-

tua de los espíritus, cuando vemos en el universo, por todas partes una dependencia igual, cuando no descubrimos en el algún ser que no tenga relaciones con los seres de la misma especie y con todos los seres, ninguno que pueda *vivir solo*, y en fin, cuando en todas partes la ley general de la autoridad ó de la necesidad, que es la autoridad para los brutos, los conserva uniéndolos según las leyes particulares derivadas de su naturaleza?

Lejos pues de sorprendernos de que nuestra razón limitada á sí misma no encuentre en sí mas que incertidumbre y duda, debemos ver en esta estincion de la verdad y de la vida la consecuencia necesaria de un gran desorden, y la ejecución horrorosa de la sentencia de muerte pronunciada por la naturaleza contra todo ser que, lisongeándose de una total independecia, se separa de la sociedad á que debe pertenecer. Pero restablezcase el órden, ponganse en relacion las inteligencias, la ley de su existencia se manifiesta al punto; porque para ellas vivir es creer, y el primer fenómeno de la vida intelectual en todos los pueblos, el mas general, el mas constante, es la creencia de un Dios, causa universal y última razon de todo cuanto existe.

Esto supuesto, deliberar solamente si se creará que existe, mantener indecisa esta verdad escelsa, hacerse juez, es hacerse superior á todas las sociedades y á todos los siglos, es recusar la razon humana en el momento mismo en que se apela al raciocinio.

Dios existe, porque todos los pueblos atestiguan que existe; Dios existe, porque ni aun es posible al hombre pronunciar que no existe, porque negándose á creer en él por el testimonio universal, pierde el derecho de afirmar cosa alguna.

No nos hablen ya pues de objeciones estos espírituales soberbios, que no saben mas que arrancar de sus funda-

mentos y sacar de quicio la razón humana, para formarse con sus ruinas un baluarte contra Dios. ¡Cómo puede haber obgeciones, donde no hay no digo yo verdad cierta, pero ni aun pensamiento seguro de sí mismo! ¡Obgeciones! ¿y de donde las sacarán? ¿cómo las enunciarán? ¡O insensatos! á nosotros solos pertenece la palabra, porque nosotros poseemos la fé: á ellos el silencio bajo las ruinas de su inteligencia desplomada.

Mas si nosotros hemos llegado á esta fé sublime, como llegamos á la misma vida por sendas inesplicables y como por una poderosa necesidad de ser; todo vá ahora á aclararse, y nosotros descubriremos con evidencia la razón del orden á que la naturaleza nos obligaba á conformarnos sin comprenderlo. Y aqui es donde en vez de prostituir nuestro espíritu á una contemplacion solitaria de sí mismo, que le enerva y le mata, es preciso elevarnos á aquella alta filosofía que, uniendo lo que nunca debe separarse, la primera causa y sus efectos, Dios y el hombre, parece, no ser en su simplicidad fecunda mas que la expansion de una sola idea.

Pretenda lo que quisiere el orgullo, nosotros no tenemos la luz en nosotros mismos: asi cualquiera que se obstina en encontrarla en sí, cae al punto como hemos visto, ú en un escepticismo desesperado ó en los desvarios lastimosos de una ciencia idiota, que destruye el entendimiento para mejor conocerle, y busca en la muerte la razón de la vida. Sepultado en una vasta ignorancia, de la que solo sale por la fé, tiene el hombre sensaciones, pensamientos, y no está cierto ni de sus sensaciones ni de sus pensamientos; el hombre existe y no está cierto de su ser: esto es, porque no es el mismo la causa, y porque buscar la certeza de nuestra existencia es buscar su razón que no está en nosotros. De la idea de un ser contingente nunca se deducirá su existencia actual; y toda los seres finitos ó limitados separados de la

primera causa no podrían adquirir la certeza racional de su existencia, porque la verdad es el ser, y por tanto no hai verdad necesaria sino en el ser necesario. Quitese á Dios del universo, y el universo no será mas que una grande ilusion, un sueño inmenso y como una manifestacion vaga de una duda infinita.

Mas luego que conocemos á Dios todo cambia, y el universo, esplicado por su voluntad y omnipotencia se une, por decirlo así, á su causa y se afirma sobre esta base indestructible. Se percibe claramente la razon primera de todos los efectos y de todas las existencias, y las inteligencias creadas subiendo hasta su origen, se encuentran y reconocen en la inteligencia eterna, de donde todas emanaron.

Alli es, en el principio mismo de la verdad y de la vida, donde el hombre descubre la razon de la ley general de la autoridad, fundamento de la vida intelectual, y único medio por el cual ella puede començar y trasmitirse.

La vida es la verdad, es Dios; y tan imposible es concebir una inteligencia sin verdad, como una inteligencia que no piense, puesque no se piensa sino en aquello que es ó en lo que puede ser. Luego para las criaturas inteligentes, vivir, es participar del ser de Dios ó de su verdad; y ellas reciben juntamente la verdad y el ser, puesque el ser y la verdad son una misma cosa; y si pudiesen darse á sí mismas la verdad, se darian el ser. Siendo puramente pasivas en tanto que la palabra las fecunda en el seno de la nada, en tanto que derrama en ellas sus primeros pensamientos ó las verdades primeras, ellas no pueden ni inventarlas, ni juzgarlas, ni negarse á recibirlas, porque la vida en su origen es independiente de la voluntad, y porque no es posible haya voluntad donde no hai todavía vida.

Existe pues necesariamente para todas las inteligencias un orden de verdades ó de conocimientos revelados primitivamente, es decir, recibidos originariamente de Dios como

condiciones de la vida, ó mas bien como la vida misma; y estas verdades de fé forman el fondo inmutable de todos los espíritus, el vínculo de la sociedad y la razon de su existencia.

Así como la verdad es la vida, la autoridad, ó la *razon general manifestada por el testimonio ó por la palabra*, es el medio necesario para llegar al conocimiento de la verdad ó á la vida de la inteligencia, y *el hombre no vive solo con pan, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios* (a). Luego vive por su verdad, que le comunica haciéndose realmente presente á su espíritu y alimentándole con su sustancia, don prodigioso, sacrificio verdadero de amor, cumplido tambien por la palabra, y en el cual descubrimos el origen, la base, la condicion indispensable de toda sociedad; y en efecto Dios no ha podido hablar al hombre sin entrar en sociedad con él (b), sin revelarle su Ser, porque el lenguaje mismo no es otra cosa que la espresion general del Ser ò del Ser universal; y

(a) *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* Mat IV. 4.

(b) *El asesino del Duque de Berry declaró en su interrogatorio que era ateo y no creía fuese Dios otra cosa que una palabra vana; añadiendo en prueba que nunca había venido á la tierra; sobre lo cual reflexiona así M. de la Mennais en la página XXI de su prefacio. "Estas palabras son muy à propósito bajo muchos aspectos para hacer nacer reflexiones profundas. En el entendimiento de este miserable, la existencia de Dios se ligaba con su venida á la tierra. No había venido, segun él, luego no existía. Tan verdad es que es necesario á los pueblos un Dios realmente presente, un Dios que se haya manifestado de un modo sensible, que haya vivido entre los hombres y conversado con ellos. No hay deísmo para las naciones."*

sin nombrar á Dios, ni aun sería posible hablar, pues que no se puede hablar sin pronunciar ó sin concebir la palabra *es*; y esta palabra maravillosa, el Verbo, razon del language, como el Verbo sustancial es la razon del Ser infinito, es en el discurso lo que Dios mismo es en el universo, el fondo de donde todo sale, el vínculo que todo lo une, la luz, la vida, y la espresion propia de la certeza, pues que ni aun hay otro modo de afirmar.

Así el hombre no ha podido existir como ser inteligente, no ha podido hablar sin conocer á Dios, y no ha podido conocerle sino por la palabra. Luego es imposible que la palabra sea una invencion del hombre. Y si se quiere otra prueba tomada de su naturaleza particular, obsérvese que atendida la ligazon íntima de las dos sustancias, el pensamiento, como todas las demas operaciones humanas tiene sus órganos propios; de modo que á cada pensamiento corresponde una cierta modificacion del cerebro, por consiguiente alguna cosa sensible, tal como la palabra, que ya sea oral ó pronunciada ya sea escrita, tiene relacion con muchos de nuestros sentidos. Luego una idea sin espresion sería una idea que no formaría imágen (ó no dejaría rastro) en el cerebro: que no afectaria el órgano del pensamiento; lo que es contradictorio. Nos representamos los objetos sensibles con el auxilio de sus imágenes; las palabras son las imágenes de las ideas.

Luego el hombre en fuerza de su naturaleza, siendo ser corporal é inteligente, no puede pensar sin palabras, como no puede ver sin luz (\*), luego no ha podido inventar la palabra, pues que esta invencion supone ideas preexistentes,

---

(\*) *Acerca de la imposibilidad de que el hombre haya inventado el language, vease la excelente disertacion de M. Bonald. Recherches filosofiques, tom. I.* ◊

la necesidad, y tambien el medio de comunicarnoslas. Luego ha sido necesario que recibiese de una vez las ideas y las palabras, porque siendo estas de institucion arbitraria no despiertan necesariamente por sí mismas ninguna idea, como se vé todos los dias de pueblo á pueblo por la diversidad de las lenguas.

Asi el pensamiento y la palabra han sido revelados simultaneamente; y como todas las verdades están en Dios, que las conoce ó se conoce á sí mismo, por su pensamiento, su palabra, su Verbo; la palabra exterior no es mas que el medio de comunicacion entre nuestra inteligencia y la palabra divina ó la verdad esencial; y ya sea que subamos á el origen del género humano, ya sea que consideremos separadamente cada individuo, la palabra, el verbo es verdaderamente y en todos sentidos, *la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo*, (a) y *el soplo de vida que anima su inteligencia*. (b)

Mas para presentar con su plena evidencia la gran ley de la autoridad, y reducirla á un hecho palpable; ¿quién duda que el hombre haya recibido en el momento que salió de las manos del Criador cuanto le era necesario para conservarse y perpetuarse como ser inteligente del mismo modo que como ser físico? Luego tambien el pensamiento, luego la verdad, luego la palabra necesaria al menos para comunicar el pensamiento y transmitir la verdad, herencia noble de la vida substituida á todas las generaciones humanas; y esta primera revelacion, explicándonos nuestra existencia que sin ella seria incomprensible,

(a) *Erat lux vera, quæ, illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. Joan. I. 9.*

(b) *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem. Gen. II. 7.*

explica también nuestra inteligencia, y nos muestra el fundamento en las verdades esenciales recibidas de su origen, é invenciblemente creidas por el testimonio de Dios, cuya autoridad viene á ser de este modo la base de la certeza, y la razon de nuestra razon.

Dios no se lo dirá todo al hombre, pero le dirá todo lo que es necesario que sepa, y que no puede aprender sino de él. Le revela lo primero su Ser; sin esto tanto el pensamiento como la palabra serian imposibles; le revela las relaciones que hay entre él y Dios, entre él y sus semejantes, porque debe vivir en sociedad con Dios y con sus semejantes, y ni aun puede vivir sino en esta sociedad; y aquí se vé la razon de esta sentencia profunda del Evangelio: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demas se os dará como por añadidura.* (a) El reino de Dios es la sociedad de las inteligencias de que es monarca; y su justicia es el órden ó la realizacion de la verdad. He aquí lo único necesario. (b) *Lo demas* que no tiene relacion sino con los órganos y con un punto imperceptible de nuestra existencia, se nos ha dado por añadidura. El mundo físico, poco digno de ocupar el pensamiento, y menos todavia de fijar el amor de una criatura que conoce y contempla á Dios, marcha sin nuestro concurso y provee á nuestras necesidades segun leyes invariables, como si el Todo-poderoso le hubiese prohibido turbar en sus altas funciones el ser que hizo á su imagen; y tal es la grandeza del hombre, que el universo todo ha sido abandonado como un juguete, á sus disputas. (c)

(a) *Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus; et hæc omnia adjicientur vobis.* Matt. VI. 33.

(b) *Porro unum est necessarium.* Luc. X. 42.

(c) *Mundum tradidit disputationi eorum.* Eccles. III. 2.

Mas la verdad, Dios, no se ha revelado al hombre para solo ser el objeto de una contemplacion estéril. Si el hombre, activo por su naturaleza y sugeto á obligaciones como ser social, conoce, es para obrar, por consiguiente para amar, porque el amor es el principio natural de accion. La verdad nace en el entendimiento por la palabra; mas una vez conocida produce el amor, que determina los actos con que concurrimos libremente á la conservacion del órden de la sociedad establecida entre Dios y nosotros, y entre nosotros y los demas hombres. Hay pues verdades ó una ley moral escrita en el corazon; verdades que se llaman de sentimiento, no porque este sea el principio de ellas, sino porque es su efecto, porque ellas son á un tiempo y por una especie de union sustancial, luz en el espíritu y amor en el corazon. Todas las verdades que deben arreglar inmediatamente la conducta son de esta clase; luego son verdades sociales, y no otra cosa que verdades sociales; los errores opuestos son tambien en el corazon que depravan por el odio principio de desorden y destruccion.

No nos sorprendamos pues de que el sentimiento de la Divinidad, del bien y del mal, de lo justo ó injusto, se encuentren siempre en todos los pueblos. Ellos no han podido existir como pueblos ni el hombre mismo puede existir como ser moral é inteligente sin conocer á Dios, por consiguiente sin amarle como bueno, ó sin temerle como poderoso; y este temor y este amor han debido necesariamente manifestarse por una accion social, ó por el culto, cuya esencia es el sacrificio. Pero el hombre débil y degradado, mas temeroso del poder que amante de una bondad que no es mas que la justicia, se arroja naturalmente al lado del temor, que es el fundamento de las falsas religiones, como el amor lo es de la verdadera. De aqui nacen dos grandes sacrificios, el del extremo temor,

que se manifiesta por la inmolacion del hombre, y del amor extremo, que se manifiesta por la inmolacion de Dios. Es esta una observacion digna á la verdad de ser meditada profundamente: toda religion verdadera, asi como toda sociedad verdadera, se apoya y descansa en el desprendimiento ó sacriñcio voluntario del Ser poderoso al ser débil. ¿Lo diré? *Tomará aquel para servir á este la forma de esclavo y, si es necesario, se hará obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (a).

Hemos visto ya que la verdad es la vida de nuestra inteligencia, que por tanto no puede existir sino unida á Dios verdad suprema, y que la palabra es el vínculo, el *mediador* de esta union. Reveladas las verdades necesarias y el pensamiento mismo por la palabra, se conservan y transmiten del mismo modo por la palabra: y siendo demasiado poderosas para negociar con una razon que está al nacer, entran en el espíritu como soberanas; y ciertamente basta mirar al rededor de sí, para reconocer que el mundo moral no subsiste sino por la autoridad, medio universal de conocimiento, de sociedad y de vida. Asi como Dios habló al primer padre, el padre habla al hijo, y el hijo cree en el testimonio del padre, como el padre originariamente creyó en el testimonio de Dios; y tambien aqui hai union, sociedad; porque hai conocimiento, amor de las mismas verdades, y sumision al orden que de ellas nace. Asi, y siempre segun la misma ley, se forma la razon de la familia, la razon de los pueblos, la razon del género humano, cuyo testimonio viene á formar la infalible garantía de la pureza de las tradiciones primitivas que conserva, y

---

(a) *Qui cum in forma Dei esset... Semetipsum exiniviv formam servi accipiens,... factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Epíst. ad Philip. II. 6 et 8.*

que no puede perder sin perder al mismo tiempo la palabra, el pensamiento y la vida.

La autoridad pues es á un mismo tiempo el único fundamento de la verdad y el único medio del orden ó la felicidad. La obediencia del espíritu á la autoridad se llama fé, la obediencia de la voluntad virtud: toda sociedad estriba en estas dos cosas. Asi el género humano, como el niño y mas que el niño tiene su fé, que es toda su razon; tiene su conciencia, ó el sentimiento, (el amor de las verdades sociales que conoce por la fé; y la fé en el testimonio del género humano es la mas elevada certeza para el hombre, asi como la fé en el testimonio de Dios es la certeza del género humano.

Fuera de aqui no hai mas que una duda universal, y de tal modo destructiva de la razon, que cualquiera que escluyese de su espíritu las verdades incomprendibles que sola la fé conserva en él, y que le han sido reveladas por la palabra, se vería obligado á renunciar á la palabra misma que no conoce sino por el testimonio, y de que no puede usar sino por la fé; por consiguiente se vería tambien obligado á renunciar á todas sus ideas, á todas sus creencias; ¿y esto qué otra cosa es mas que la muerte completa del hombre? Porque donde no hay verdad, no hay amor, no hay accion; por consiguiente hai muerte: hé aqui porque hasta los ángeles de tinieblas, forzados á entrar de nuevo por el castigo en el orden que turbaron por su crimen, creen, porque es preciso que vivan, *credunt et contremiscunt.* (a).

Sin embargo se hallarán, yo no se en que baja region de la inteligencia y como allá en los confines de la nada algunos espíritus miserables, tristemente orgullosos de errar al acaso por estas soledades desoladas, y á quienes un or-

---

(a) *Ep. Jac. II. 19.*

gullo estúpido persuadirá, que hechos para reinar sobre Dios mismo no deben entrar sino como conquistadores en el reino de la verdad. Nosotros no creerémos, dicen, sino lo que nuestra razon comprenda: ¡ó insensatos! ni aun comprenda que el primer acto de la razon es necesariamente un acto de fé, y que ningun ser criado, si no comenzase por decir *yo creo*, podria nunca decir *yo soi*.

¿Donde está pues la dificultad para entenderlo? Quitése la fé, todo muere; ella es el alma de la sociedad y el fondo de la vida humana. Si el labrador cultiva y confia el grano á la tierra, si el navegante atraviésa el Oceano, es porque creen; y en virtud de una creencia semejante es como participamos de los conocimientos transmitidos, y usamos de la palabra y aun de los alimentos. Decimos al niño que coma y come: ¿qué sucederia si exigiese que antes le probasemos que se moriria, si no comiese? Se dice á un hombre, quereis ir á tal parte, pues seguid este camino: si se negase á creer este testimonio antes pasaria la eternidad que el llegase á adquirir solamente la certeza racional de la existencia del lugar á donde desea ir. La práctica de las artes y oficios, los métodos de enseñanza descansan sobre la misma base. La ciencia al pronto es para nosotros una especie de dógma obscuro, que despues no llegamos á concebir mas ó menos, sino porque primeramente lo hemos admitido sin comprenderlo: porque hemos tenido fé. Llegue esta á faltar un solo instante, el mundo social se verá parado de repente: no habrá ya gobierno, no habrá leyes, transacciones, comercio ni propiedades, no habrá justicia; porque todo esto no subsiste sino por la autoridad y al abrigo de la confianza que el hombre tiene en la palabra del hombre; confianza tan natural, fé tan poderosa, que nadie llegó nunca á sofocarla enteramente; y hasta aquel que se niega á creer en Dios por el testimonio del género huma-

no, no dudará condenar á muerte á su semejante por el testimonio de dos hombres. Asi, créemos y se mantiene el orden en la sociedad; créemos y nuestras facultades se desenvuelven, nuestra razon se ilustra y fortifica, nuestro mismo cuerpo se conserva; creemos y vivimos; y estando obligados forzosamente á créer si hemos de vivir un dia ¿nos sorprenderá sea necesario créer tambien para vivir eternamente?

Quando parece mas independiente nuestro espíritu, quando examina, juzga, raciocina, obedece todavia á la ley de la autoridad; y tambien solo por la fé es activo; porque para obrar es necesario querer, y no hay voluntad sin creencia. ¿Cómo podria la razon obrar antes de existir? ¿Y qué otra cosa es la razon que la verdad conocida? ¿Una inteligencia que nada conociese que sería? Buscad en esta noche un obgeto de que pueda apoderarse la razon. No le encontrais ni vereis mas que sombras, porque la verdad, la luz no estan alli. Dios la retiene en sí mismo; y estos órganos tan perfectos, este cuerpo lleno de gracia y magestad que su mano acaba de formar con complacencia, no es todavia el hombre; pero de repente la palabra le anima. ¡Exista la inteligencia! dijo, y existió el hombre. Desde este punto, sin poder resistir, y por una necesidad invencible de ser ó existir, cree en la verdad que el testimonio le revela, y por la fé toma posesion de la existencia.

Este es el órden que el Criador estableció; nosotros no podemos alterarle; porque está fuera de nuestro alcance. Sin embargo la verdad que recibió nuestra inteligencia no queda estéril en ella; cultivada por la reflexion se desenvuelve y fructifica; se presentan nuevas ideas, y nosotros las juzgamos verdaderas ó falsas, segun la naturaleza de las relaciones que percebimos entre ellas y las verdades primitivas: juzgar no es otra cosa que comparar ideas nuevas á otras ideas que ya existian en nosotros, y las cua-

les no pudieron ser juzgadas ellas mismas, pues que no pudieron compararse á cosa alguna anterior. Así, para nosotros la verdad, son nuestras primeras ideas, y el error, todo cuanto no es compatible con ellas; y la lógica, que nos enseña á hacer con método este discernimiento, no es otra cosa que la teoría de la fé.

Llamada la razon humana á su origen se afirma invariablemente. La vemos, por decirlo así, estender sus fuertes raices hasta el seno de Dios. Allí es donde encuentra la vida. Nacemos á la inteligencia por la revelacion de la verdad; y apoyándose en el testimonio de Dios las verdades primitivas, ó sobre una autoridad infinita, tienen una infinita certeza. (a) Ellas constituyen nuestra razon, la que sin ellas no puede concebirse; y reveladas en su origen por la palabra, se transmiten del mismo modo que esta; luego en la sociedad y solamente en la sociedad, porque la verdad que es el bien comun de las inteligencias debe ser poseida por ellas en comun; no pudiendo existir ninguna inteligencia sino con el auxilio de ciertas verdades necesarias, deben hallarse estas en todas las inteligencias, y el testimonio con que se manifiestan no tiene menos certeza que el testimonio de Dios,

---

(a) *Se han obscurecido de tal modo en este siglo filosófico las ideas mas claras, que es necesario responder aquí á una cuestion que hemos oido proponer algunas veces. ¿Podia Dios engañar al hombre ó revelarle errores? Hay contradiccion hasta en los mismos términos; porque no se revela mas que lo que es, y el error no es, ó no existe, no tiene ser. Representemonos el alma humana como una capacidad vacia: preguntar si Dios podia poner en ella el error, es preguntar si podia no poner en ella cosa alguna, ó dejar la inteligencia en la nada; es preguntar si podia á un mismo tiempo crear y no crear. El error no es mas que la negacion de una verdad conocida, una destruccion; ¿y que quereis destruir donde nada hay?*

porque en el fondo no se diferencian uno de otro. Otro tanto sucede á nuestra razon; porque siendo activa y criada por Dios para un fin que es el conocimiento de la verdad, la razon general no puede errar ó dejar de alcanzar su fin: luego el testimonio universal es infalible.

Así la vida intelectual, como la física, depende de la sociedad que todo lo ha recibido y todo lo conserva por estos dos grandes medios, la autoridad y la fé, condiciones necesarias de la existencia. En primer lugar, sociedad con Dios, principio de la verdad, fuente eterna del ser; en segundo, sociedad de las inteligencias creadas que Dios ha unido entre sí, como las unió á sí mismo y por las mismas leyes. Nosotros no tenemos ni vida, ni movimiento, ni aun ser sino en él (a): como emanacion noble de su sustancia, nuestra razon no es mas que su razon, del mismo modo que nuestra palabra no es mas que su palabra. Sí, alguna cosa grande somos, y yo principio ya á comprender esta sentencia. "Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza. (b) *Hagamos*: aquí hay deliberacion, consejo, alguna sociedad elevada y secreta, cuyo vínculo es tambien la palabra; y me pregunto á mi mismo, ¿qué sería pues el hombre solo, el hombre separado de sus semejantes, y separado de Dios? Yo veo su ser que en todas partes huye del: no hay ya para él certeza, no hay verdad, no hay pensamiento, no hay palabra; es un fantasma mudo!....No, no es bueno que el hombre esté solo. (c)

(a) In ipso enim vivimus, et movemur et sumus. Act. XVII. 28.

(b) Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram. Gen. I. 26.

(c) Non est bonum hominem esse solum. Gen. II. 18.

Y cuando decimos esto del hombre entiéndase que todas las inteligencias se gobiernan por estas mismas leyes. Ningun ser limitado tiene en sí la luz que ha de ilustrarle, y el mas escelso de los espíritus celestiales, no existiendo sino porque cree, no es menos pasivo que el hombre recibiendo la verdad, y para él como para nosotros, la certeza no es mas que una fé completa en una autoridad infalible.

No tengamos pues en menos nuestra sumision á esta autoridad sublime, á la cual se rinden y humillan los mismos ángeles, y que reina todavía mas alto. El Universo material la obedece sin conocerla. Habló una voz á los cielos, y los astros dóciles incesantemente repiten en todos los puntos del espacio esta gran palabra que ellos no han entendido. La autoridad para ellos no es otra cosa que el poder; mas para los seres inteligentes que viven de la verdad y deben concurrir libremente al órden es *la razon general, manifestada por el testimonio ó por la palabra*. El primer hombre recibe las primeras verdades por el testimonio de Dios razon suprema, y se conservan entre los hombres, manifestadas perpetuamente por el testimonio universal, que es la expresion de la razon general. La sociedad no subsiste sino por la fé que tiene en estas verdades, transmitidas de generacion en generacion como la vida que se apagara sin ellas, transmitidas como el pensamiento, pues que ellas son el pensamiento mismo recibido primitivamente y perpetuado por la palabra. Resistir á esta gran ley es luchar contra la existencia; es indispensable para libertarse de ella cejar hasta la nada. Bajad pues, humillaos, criaturas soberbias que decis: Nosotras no creéremos. Y nosotros guiados por la luz que detesta y rechaza vuestro orgullo, nos elevaremos hasta el seno del soberano Ser, y alli de nuevo volverémos á encontrar la ley que os humilla; porque la verdad no es en Dios mismo otra

cosa que la eterna razon manifestada por el testimonio del Verbo, y la certeza divina nõ es mas que una fé infinita en este testimonio eternamente dado y eternamente creido; y la religion que nos une á Dios haciéndonos partícipes de su fé y de su amor, no es tampoco en sus dógmas mas que este testimonio traducido en nuestra leagua por el Verbo mismo revestido de nuestra naturaleza, ó la manifestacion sensible de la razon universal; de modo que, si meditamos en esto con atencion, comprenderemos que Dios con su omnipotencia, no podia darnos una certeza mas elevada de las verdades que su hijo vino á revelarnos, puesque no las conoce, ó no se conoce á sí mismo sino por una revelacion semejante.

Mas el órden que debemos seguir en las ideas no nos permite ahora detener nuestras miradas sobre estas magníficas armonias que arrebatan de júbilo la inteligencia. Antes de admirar porqué medios la religion se ha establecido y se conserva, debemos probar que existe necesariamente una verdadera. Será esto fácil ahora que, habiendo colocado ya la razon humana sobre su base, sabemos como se puede reconocer con certeza la verdad. No se la pediremos al espíritu del hombre sino á la razon de la sociedad. Consultaremos las creencias, las tradiciones del género humano, examinaremos sus decisiones; y si se presentare alguno que contradiga, abriendo á su vista dos caminos, por uno de los cuales es necesario absolutamente marchar, á saber, la senda solitaria y tenebrosa del juicio individual que viene á parar en la nada, y la senda social de la autoridad que conduce á la vida ó á Dios mismo, solo responderemos: Escoged.

*Hay una Religion verdadera, no hay más que una, y es absolutamente necesaria á la salud.*

Por espacio de sesenta años no se ha cesado de defender la causa de la desesperacion y de la muerte: yo emprendo defender la de la esperanza. Un no se que me obliga á levantar la voz, y llamar mi siglo á juicio. Estoy cansado de oír repetir al hombre: Nada tienes que temer, nada que esperar, y fuera de tí mismo á nadie debes cosa alguna. Puede que llegase finalmente á creerlo; puede que olvidando su noble origen llegase hasta mirarse en efecto como *una masa organizada que recibe el espíritu de todo lo que le rodea y de sus necesidades*; (a) hasta decir á la podredumbre, *tu eres mi madre*, y á los gusanos *sois mis hermanos y hermanas*; (b) puede ser se persuadiese realmente que estaba libre de toda obligacion hácia su Autor; puede ser que hasta sus deseos se detubieran á las puertas del sepulcro, y que, satisfecho con una superioridad fragil sobre los brutos, pasando como ellos sin esperanza de volver, se creyese muy honrrado con tener el cetro de la nada. Quiero quebrarle en su mano. Sepa lo que es, conozca su grandeza sin olvidar su dependencia. Se ha trabajado con esfuerzo para destruir sus títulos: ¡vana tentativa! subsisten; y se le mostrarán. Están escritos en su naturaleza misma; y todos los siglos los leyeron en ella. Les haré comparecer, y se les oirá proclamar la existencia de una Religion verdadera. ¿Quién se atreverá á desmentirlos, y oponer á su testimonio sus pensamientos de un dia? Veremos si hay quien se atreva, cuando despertando las genera-

(a) *Asi define al hombre Saint-Lambert.*

(b) *Putredini dixi: Pater meus es, mater mea et soror mea vermibus.* Job XVII, 14.

eiones dormidas, y convocando los pueblos que ya no existen, se levantarán del polvo para venir á deponer en favor de los derechos de Dios y los destinos inmortales del hombre.

¿Y por qué ha de perecer? ¿Quién le ha condenado? ¿En qué se funda el juicio de que un dia ha de dejar de existir? Acaso este cuerpo que se desmorona y deshace, estos huesos, esta ceniza son el hombre? No, no, la filosofía se dá demasiada prisa para sellar la tumba. Muestrenos partes distintas en el pensamiento, y entonces comprenderemos que es posible se disuelva. No lo ha hecho ni lo hará nunca; jamás dividirá la idea de justicia ni la concebirá dividida en diferentes porciones que tengan entre sí relaciones de grandeza, de forma y de distancia; ella es una ó no existe. ¿Y acaso se vé con mas claridad que el deseo, el amor, la voluntad sean propiedades de la materia, ó modificaciones de la estension? ¿Se ve claramente que una cierta disposicion de elementos compuestos produzcan el sentimiento esencialmente simple, y que mezclando sustancias inertes, resulte una sustancia activa, capaz de conocer, querer y amar? (a); O efecto maravilloso de la organizacion! Este barro que piso con mis pies no espera mas que un poco de calor, una nueva colocacion de sus partes, para convertirse en inteligencia, abrazar los cielos y calcular las leyes; para atravesar el espacio inmenso, y buscar mas allá todos los mundos, no solo visibles sino tambien imaginables, un infinito que la satisfaga: ¡atomo á quien viene estrecho el universo! Ciertamente miro con lástima unos espíritus tan débiles que se en-

---

(a) *El hombre en cuanto al cuerpo no existe mas que en lo presente; y en cuanto al espíritu solo en lo pasado y en lo porvenir; porque el pensamiento no puede abrazar lo presente. Luego el modo de existir del cuerpo y del espíritu se diferencian esencialmente; el espíritu y el cuerpo son pues de una naturaleza esencialmente diversa.*

cenagan en estas bajas ilusiones; mas si á pesar de esto se recrean y complacen en ellas, si temen y resisten verse desengañados, no encuentro términos para expresar el horror y menosprecio que inspira semejante degradacion.

¿Y sin embargo que es lo que dicen? Apelan al testimonio de los sentidos; quieren que la vida se acabe donde se detienen los ojos: parecidos en esto á unos niños, que viendo que el sol descende bajo del horizonte, creyesen que se habia apagado para siempre. Y que ¿son acaso ellos solos los que se han conmovido observando el triste espectáculo de los órganos en disolucion? ¿Son los primeros que hayan oido el silencio del sepulcro? Hace seis mil años que los hombres pasan como sombras por delante del hombre; y sin embargo el género humano, defendido contra el prestigio de los sentidos por una fé poderosa y un sentimiento invencible, jamás vió en la muerte otra cosa que una mudanza de existencia y, á pesar de las contradicciones de algunos espíritus depravados, conservó siempre como un dógma de la razon general una escelsa tradicion de su inmortalidad. Separese pues del género humano los que la rechazaren y vayan á ofrecer por alimento á los gusanos un corazon que hace palpitar el amor á la verdad y justicia, y una inteligencia que conoce á Dios.

Pero abandonemos estas discusiones superfluas. En habiendo probado la Religion, todo estará probado.

Habiendo Dios criado al hombre ser inteligente, hay entre Dios y el hombre relaciones necesarias.

Toda relacion entre los seres se deriva de su naturaleza; porque sino se derivase de ella les sería estraña; no sería por tanto una relacion, no sería cosa alguna.

Luego las relaciones entre Dios y el hombre se derivan de la naturaleza del hombre y de la de Dios.

Estas relaciones constituyen hablando con propiedad la

Religion. Luego existe una verdadera Religion, ó una Religion necesaria.

Dentro de poco aclararé estas proposiciones desenvolviéndolas. Vamos ahora á las consecuencias inmediatas que de ellas se deducen.

Siendo la Religion la expresion de las relaciones que se derivan de la naturaleza de Dios y de la del hombre, se sigue, en primer lugar, que no puede haber mas que una sola, pues que estas relaciones son invariables; en segundo, que toda religion falsa es opuesta á la naturaleza de Dios y á la del hombre, que las separa por consiguiente en vez de unir las, y las destruye en lugar de conservarlas: asi el error en la fé separa al hombre de Dios considerado como verdad suprema; el error en las acciones ó el crimen, separa al hombre de Dios considerado como autor del orden.

Luego el hombre no puede salvarse sino en la religion verdadera; porque la salud no es otra cosa que la union eterna con Dios, como la reprobacion no es mas que una separacion eterna de Dios.

A no ser que neguemos á Dios y nos neguemos á nosotros mismos, es preciso admitir estos principios; es necesario admitirlos ó renunciar á toda filosofia. Si hay quien lo dude, substituya las proposiciones contradictorias: no temo decirlo, la razon obligada á confesarlas consentiría más bien en su destruccion; y por esto, porque se hizo y formó para la verdad ó para el mismo Dios, es por lo que, rota esta magnífica alianza, convertida en vil adúltera con el error, y muy pronto abandonada, se condena á muerte á sí misma, y se precipita en el escepticismo.

Que haya relaciones naturales entre Dios y el hombre es una consecuencia necesaria de su existencia simul-

tanea, y de la dependencia absoluta en que nos hallamos del primer Ser. Si no hubiese relaciones entre nosotros y Dios, nada podria este sobre nosotros, no nos conoceria, ni nosotros á él; un velo impenetrable y eterno le ocultaria á nuestros ojos, y á nosotros á los suyos. Hasta la idea del hombre le sería totalmente incomprendible; porque con solo concebirle como posible, habria desde luego relaciones posibles entre Dios y el hombre, y al punto en que el hombre empezase á existir, habria tambien relaciones reales, ó, para hablar con una rigurosa precision, relaciones realizadas. No sin repugnancia empleo el tiempo en desenvolver unas nociones tan simples, y en recordar al hombre los elementos de la razon humana. Pero al fin es necesario, y con todo puede ser no logre convencer á muchos de los que me leyeren: ¡tan espesas son las tinieblas que nos rodean! Sin embargo respondeme: ¿la verdad suprema no esta en armonía con vuestra inteligencia, el bien infinito con vuestros deseos y vuestro amor? ¿No sentis en vosotros mismos alguna cosa que os advierte vuestra dependencia? ¿Nada debeis á aquel por quien existis? ¿No habeis sido criados para algun fin? ¿No hay relacion alguna entre vuestras facultades y su autor, entre vuestro ser y el principio del ser? ¿Qué digo yo? Ni aun podemos hablar de Dios sin espresar alguna de las relaciones que nos unen á él, y nuestro mismo pensamiento es una de estas relaciones, y la mas noble, pues que en el fondo no es mas que la verdad, ó Dios mismo conocido por nosotros. Poder, sabiduría, bondad, justicia, todos estos atributos del Ser divino, inherentes á su naturaleza, no nos son concebibles sino por su ligazon con la nuestra; asi como nosotros no llegamos á concebirnos á nosotros mismos, sino subiendo á la primera causa de todas las existencias, descubriendo nuestras relaciones con Dios.

¿Y no vemos por todas partes relaciones análogas? El hijo tiene relaciones naturales con su padre, los súbditos con el soberano. Estos respetos constituyen la familia y la sociedad; y la religion no es mas que la sociedad de Dios y el hombre. Si nuestras obligaciones hácia nuestros semejantes forman parte de ella, es porque se derivan necesariamente de nuestras obligaciones para con Dios, de la voluntad del poder supremo, á quien debemos la obediencia por el mero hecho de existir. Por tanto ninguna sociedad puede haber, ningun órden sin religion. Así nótese que al punto que se niegan las relaciones entre Dios y el hombre, es indispensable á la fuerza negar del mismo modo las relaciones entre el soberano y el súbdito, entre el padre y el hijo; es indispensable destruir toda sociedad, y hasta su elemento que es la familia.

Generalizando estas observaciones es fácil comprender que todos los seres, sean inteligentes ó materiales, tienen entre sí relaciones determinadas por su naturaleza. Las leyes físicas, morales, políticas y religiosas son la espresion de estas relaciones, cuyo conjunto constituye el órden, y como no está en las facultades de los seres mudar su naturaleza es preciso que mueran ó que se conformen á las leyes que de ella se derivan; y el desorden, que todas las lenguas usan como sinónimo de enfermedad, y el que todos los pueblos instruidos por la razon y la esperiencia miran como un síntoma de muerte, no es mas que la violacion de las leyes naturales.

De aquí ese asombro y horror que se apodera de los hombres cuando creen perceber algun trastorno en las leyes del mundo material. Les parece que el universo toca ya su fin último. Basta un momento de duda acerca del órden en el espíritu, para que el terror consterne los corazones.

Nada hay independiente, nada hay aislado en la creacion: espresion si puedo decirlo así de un pensamiento magnífico de Dios, en él los seres se ligan á los seres, los mundos á los mundos, como en el discurso se encadenan las palabras; mas la ligazon mas íntima, la mas necesaria, es sin duda la de este pensamiento mismo con la poderosa razon que le ha producido. Sabemos que elevándose todavía mas alto, y, como dice Leibnitz, hasta la region infinita de las esencias, se descubre, al traves de un velo de luz, tres personas ligadas por relaciones para siempre inmutables; de modo que, en el fondo mas íntimo de su ser, Dios mismo es una grande, y eterna sociedad.

Mas, considerando al hombre en particular ¿no tiene el cuerpo las leyes de su vida, que son la espresion de sus relaciones con los demas cuerpos, y de sus diferentes partes entre sí? Túrbense estas leyes, padece el cuerpo, trastórnense en un todo, perece. En cualidad de seres físicos la mayor parte de las sustancias materiales, brutas ú organizadas, el ayre, la luz, el agua, las plantas nos son inmediatamente necesarias para conservarnos; vivimos en una dependencia absoluta de todo lo que nos rodea, y para asegurarnos un instante solo de existencia deben mantenerse invariables millones de relaciones cuya cadena se estiende desde el imperceptible grano de arena hasta el mas lejano sol de nuestro sistema celeste.

¿Mas que vienen á ser estas relaciones puramente físicas, si se comparan á aquellas que nos unen con los seres inteligentes? ¿Cuanto me compadezco de estos espíritus bajamente curiosos que, olvidando todo lo demas, se regocijan en sí mismos y se admiran cuando han descubierto alguna relacion nueva entre los cuerpos! ¿No aprenderán nunca á elevarse mas alto que sus órganos, y á conocer leyes mas nobles que las del movimiento y gravedad? De las relacio-

nes del hombre con sus semejantes, veo nacer el orden moral, la razon, la sociedad, esta sociedad tan necesaria que fuera de ella el hombre no puede ni perpetuarse ni conservarse, asi como ella tampoco se conserva ni perpetúa sino conformandose á las leyes que resultan de la naturaleza del hombre. No hai salud para ella sino en la posesion de la verdad y la sumision al orden; y para nosotros tampoco hai otra vida que la que ella nos comunica. Que importa que se citen tres ó cuatro animales con rostro humano encontrados en los bosques, donde sin ideas, sin habla, movidos por ciegos apetitos pastaban con las bestias; esto ciertamente no es ser hombre. Ademas, estos seres imperfectos pertenecian originariamente á la sociedad, y la debian con el nacimiento la primera educacion; porque nadie pretenderá que un niño, arrojado á los bosques al salir del seno de su madre, privado de toda fuerza y esperiencia, haya podido subsistir por espacio de dos dias.

Mas, repito, que no es aqui donde hemos de buscar al hombre; comer, digerir, dormir, no es su único destino, y creo no habrá dificultad en permitirle otras funciones: sería tambien demasiado rigor desheredarle de una vez del pensamiento, de la palabra, de la virtud, de la esperanza y del amor. Y ya hé probado que todas estas cosas son dones de la sociedad. Para amar es necesario conocer, para conocer es preciso haber oido ó visto hablar; porque lo mismo se habla á los ojos que á los oidos, y la escritura no es otra cosa que la palabra figurada. Asi fuera de la sociedad, la vida moral é intelectual se apaga lo mismo que la vida fisica, y el hombre separado de sus semejantes muere en un todo.

¿Qué sería pues separado de Dios, de la verdad suprema y del soberano bien? La violacion de una sola ley del cuerpo, un ligero desorden en nuestros órganos vie-

ne á ser para nosotros una causa de sufrimientos y de muerte; ¿y violariamos impunemente las leyes de la razon, la regla eterna de las obligaciones, el orden conservador de las inteligencias? ¿Prevalecerian nuestros deseos ignorantes y nuestra voluntad pervertida contra la sabiduria, justicia y omnipotencia! Engriense con esta idea aquellos solos que se conozcan bastante fuertes para vencer á Dios.

Dos clases de relaciones nos unen con él, porque es á un tiempo mismo el principio de nuestra vida, y el poder de la sociedad á que pertenecemos como seres inteligentes. Por tanto violar estas relaciones es, lo primero violar nuestra naturaleza, y ponernos en un estado de ruina; lo segundo, violar las leyes de la sociedad de que somos miembros, y la ley fundamental de toda sociedad, que es la obediencia al poder. Ahora bien, si en este mundo de prueba, imágen fugitiva de nuestra patria verdadera, es separado de la sociedad el que quebranta sus leyes y desobedece á la autoridad, ¿cabe en cabeza alguna que en la sociedad perfecta cuyo monarca es Dios, quede sin ejercicio esta relacion de justicia ó esta gran ley del órden? ¿Habrá quien piense que no sabe defender su reino ni defenderse á sí mismo? No tiene necesidad para esto de salir de su reposo; el órden que ha establecido se conserva ó se restablece por sí mismo. Aquí abajo la sociedad arroja de su seno ó castiga de muerte á aquellos que la turban; los despoja de todos los bienes que por ella tenian; porque hasta la vida es un beneficio de la sociedad, y quitándosela á aquel que abusa de ella, no hace mas que volver á tomar lo que le habia dado. Del mismo modo, ser separado de la sociedad eterna, es ser eternamente castigado de muerte, ó privado para siempre de todo bien, pues que todo bien se encierra en Dios. Pero no es Dios quien por un acto particular hace esta

separacion terrible; esta no es mas que la consecuencia, el efecto necesario de la violacion de las leyes que nos unen á él; morimos á la verdad, al amor, á la esperanza, como muere el cuerpo cuando violamos voluntariamente sus leyes, y nunca el alma perece sino por un suicidio.

Para comprender bien la miseria de una criatura separada así de Dios, es necesario recordemos que él es nuestra luz, el principio y término de nuestro amor, de modo que, ni aun á nosotros mismos nos amamos sino por el movimiento que nos lleva hácia el soberano bien ó la verdad soberana. En este punto jamás llegamos á separarnos totalmente. Aun el áteo participa de las verdades que la sociedad conserva; protegido por algun tiempo por el orden mismo que quebranta, vive por la fé social y por los bienes que produce, á la manera que un extranjero se sienta de paso á la mesa de la familia. Pero en el instante de la partida, no lleva mas que lo que le pertenece; ¿Y qué tiene propio un áteo mas que las tinieblas, con yo no sé que sed devoradora de una felicidad que nada creado puede ofrecerle? Vacío de todo bien, y sin poder amar mas que el bien, no puede por tanto dejar de aborrecerse con un odio infinito; porque el amor del soberano bien envuelve en sí el odio del soberano (ó sumo) mal; ¿y puede concebirse otro mayor que estar para siempre privado de su fin? Digo para siempre; ¿por qué como volveria el hombre á entrar en sociedad con Dios? Por sí mismo no puede, pues que no le es posible forzar á Dios á iluminarle, amarle, y unirsele; y ni tampoco Dios puede, porque le es imposible amar el mal, querer el desorden, ó su propia destruccion. Luego mientras Dios sea Dios en tanto que se ame como principio de toda perfeccion y orden, no puede amar un ser malo ni unirse á él; luego una vez consumada su separacion, es eterna.

En tanto que vivimos en la sociedad presente, pertenecemos todavía á Dios por ella; podemos recuperar nuestras verdaderas relaciones con él; podemos conocerle, amarle, obedecer al órden que ha establecido; porque en toda sociedad humana, aun la mas imperfecta, hay conocimiento, amor ó temor de la Divinidad, y un órden moral al cual el hombre, en uso de su libertad, puede ó no someterse. Pero despues de esta vida comienza otra, y en otra sociedad; sociedad del bien, ó de verdad y amor, si hemos permanecido unidos voluntariamente á Dios; sociedad del mal, ó de tinieblas y odio, si nos hemos separado voluntariamente de Dios; y llegando á este punto toda variacion es imposible, porque el hombre no puede ya ni amar á Dios, ni amarse á sí mismo, ni por consiguiente arrepentirse: no puede amarse porque no vé en sí ningun bien; no puede amar á Dios, porque repeliéndole Dios con toda su justicia, no puede querer imprimirle movimiento alguno hácia sí. Diré mas, aun cuando el soberano Ser, olvidándose á sí mismo, le abriese las puertas del abismo en que se ha precipitado, permitiéndole la salida, su conciencia le detendria en los umbrales: no admitiria ninguna otra morada; porque en la que ha merecido, se halla en el órden, y el órden mismo que nos hace padecer es mas conforme á nuestra naturaleza, nos atormenta menos que su violacion. Tal es aun aquí abajo el imperio de la justicia sobre el hombre, que oprimido de remordimientos se le ha visto solicitar como una gracia el castigo: el suplicio consuela algunas veces. Así Dios no concurre al castigo del hombre culpado, sino dejándole en aquel lugar donde él voluntariamente se puso y permanece.

Y no hay que lisongearse de que la larga duracion del castigo llegue á borrar la falta. El castigo no restituye la

inocencia, así como la muerte que es también el castigo de los desordenes corporales no restituye la salud: y ciertamente, si nosotros no acusamos á Dios, si no nos sorprendemos viendo este castigo terrible, inmutable, de la violacion, aun involuntaria de las leyes físicas, no sé porque nos hayamos de espantar de que un castigo semejante sea una consecuencia de la violacion voluntaria de las leyes de la inteligencia.

Así casi siempre se finge esta duda, solo con el fin de alucinarse. La idea de una pena infinita consterna la imaginacion. Esta idea sin embargo es tan natural al hombre, le llena de un terror tan vivo que, por escapar de él abraza gozoso la esperanza de la aniquilacion eterna. Quitese el temor del infierno, y será inexplicable este amor horroroso de la nada; porque el hombre aborrece invenciblemente su destruccion. No podría pensar sin horrorizarse en que ha de dejar de existir, sino temiese ser para siempre miserable. La misma muerte no es tan espantosa sino porque es una imagen de la nada. No hay duda que, si se propusiese á los hombres una felicidad sin medida ni término á precio de un dilatado padecer en la otra vida, la aceptarían con ansia por sola la condicion de ser preferible á la nada. Luego cualquiera que desea la nada teme el infierno.

Creo haber probado que hay una religion verdadera, ó relaciones necesarias entre Dios y el hombre; que siendo estas relaciones invariables como la naturaleza del hombre y la de Dios, no hay mas que una sola Religion verdadera; y en fin que no hay salud, ó felicidad y vida, sino en su seno, pues que ningun ser puede vivir sino conformándose á las leyes que se derivan de su naturaleza.

Se deducen tan evidentemente estas consecuencias de la existencia simultanea de Dios y el hombre, que no pienso haya quien las desconozca. Pero aun cuando las negasen, poco

me importaria, y he aqui mi respuesta á aquellos á quienes no haya convencido el raciocinio: Mi designio no es disputar; yo no vengo á empeñarme con nadie en controversias interminables. No es vuestra razon ni lo mia, sino la razon general la que ha de decidir estas grandes cuestiones. Reconoced su autoridad, ó abjurad vuestra propia razon, porque esta no tiene otro fundamento. No digais: Yo no comprendo: basta que todos los pueblos hayan comprendido, basta que hayan creído. No digais: Esto repugna á mi juicio; ¿qué viene á ser vuestro juicio y con qué derecho le alegais? ¿De quién recibisteis la inteligencia sino de la sociedad? Ella os ha dado la palabra, os ha dado el pensamiento, y con este pensamiento que la sociedad os ha prestado quereis reformar los suyos! ¿No advertis que en ninguna materia estais seguro de haber hallado la verdad sino por su testimonio? Creedla pues, ó no creais nada. Creed á todos los pueblos que atestiguan que entre el hombre y su Autor hay relaciones naturales inmutables, ó renunciad á toda certeza. Si por sola una vez os levantais contra la autoridad del género humano, al punto, como ya lo he hecho ver, perdeis el derecho de afirmar cosa alguna; y aquel acto por el cual un espíritu creado se constituyere de sus pensamientos no es mas que una abdicacion horrosa de la vida.

¿Y cual es el pueblo que no ha creído la existencia de una religion verdadera, que no ha desechado como falsas todas las religiones contrarias á la suya, y mirado como un crimen la violacion de las obligaciones que ella impone? Muéstrennos este pueblo singularmente espantoso, sin Dios, sin fé y sin culto. Nadie se atreverá á hacerlo. Desde el origen de las sociedades, un poder superior, que no es mas que la razon social ilustrada por una razon todavía mas escelsa postra el género humano al pie de los al-

ares; y jamás dejó de subir á los cielos de todos los puntos de la tierra una voz poderosa que presenta las súplicas y adoraciones de los mortales. ¿Qué importa en este magnífico concierto el silencio de algunos hombres? Qué importan sus opiniones y dudas solitarias? Acusando de error á todas las naciones y á todos los siglos, se convencen á sí mismos de locura, porque ¿qué demencia mas estremada que oponer á la razon general su propia razon, incapaz por esto solo de probarse á sí misma que existe?

Finalmente, habrá inteligencias rebeldes que llegarán á este extremo. Harán consistir su gloria en separarse de la sociedad, de la cual tienen la vida, y se las oirá celebrar su triunfo con cánticos de muerte; ¡O estraña degradacion! ¡Y quien puede inspirar á algunos insensatos esta repugnancia monstruosa hácia su autor? Andan buscando con ardor relaciones nuevas entre ellos y las criaturas, entre sus órganos y las sustancias brutas; hasta las verian gozosos entre la materia y su pensamiento, entre sus destinos y la nada; y ved, quanto se indignan cuando se les habla de sus relaciones con la Divinidad! Esto confunde; pero asi sucede: Dios los fatiga é incomoda: Dios les desagrada; le han tomado tedio. Todas las leyes soportarán con gusto menos las suyas. ¡Ay! yo penetro la razon. Descended al fondo de este corazon: ¿qué descubris en él? inclinaciones y apetitos que la religion reprueba, es preciso vencerlos, y no se quiere: un orgullo desmedido que aspira á una independenciam ilimitada, y se niega á obedecer hasta á Dios, es necesario someterle, humillarle, pero no se quiere. Luego la voluntad es la que deprava el entendimiento; y ahora comprendo mejor la gran ley del castigo fulminado contra el impío. Si, á este desorden horrible se debe de justicia un horrendo castigo. Tarde ó temprano dará en la espada del juez el que no quiere some-

terse al cetro del monarca. Pongo por testigo la fé de todo el género humano, y la razon de todas las sociedades. El símbolo de la tradicion se reduce á enseñar otra vida despues de esta, y penas y recompensas que serán en la duracion infinitas. En todas partes hallareis el temor y la esperanza en los umbrales del sepulcro, en todas partes os dirán que de sus profundidades misteriosas salen dos caminos para siempre separados, uno que conduce al reino de las tinieblas, los tormentos y el odio, y el otro á las regiones de la luz, de los gozos inmortales y el amor. Pero ni aun tenemos necesidad de recurrir á este testimonio infalible. Cuando hayamos descubierto en medio de las diversas religiones la verdadera, bastará oír lo que ella nos enseñe en este punto. Busquemos pues el medio que nos ha de hacer conocerla, y desde ahora preparemos nuestro espíritu á obedecerla, y nuestro corazon á amarla, desembarazándonos de toda preocupacion contraria á sus lecciones y de toda pasion enemiga de sus leyes.

## CAPÍTULO V.

### *Reflexiones generales sobre la posibilidad y los medios de discernir la verdadera Religion.*

Elevémonos por un instante sobre la tierra, y sobre todo este universo visible, para saber lo que es el hombre y contemplarle en toda su grandeza. Apenas llega á conocerse á sí mismo cuando se siente estrecho y como angustiado en la inmensidad. Rey de la creacion echa una ojeada sobre su imperio y le desdenea. Su pensamiento, su amor se lanzan al infinito, busca en él al Ser eterno, le descubre; y entonces, y solamente entonces es cuando sus ansiedades se calman y sus deseos descansan. El orden uni-

versal se le presenta en su magnificencia inmutable; ve en él su lugar prefijado para siempre por la Sabiduría suprema; vé las relaciones que le unen con todas las inteligencias, con Dios mismo, su principio y su centro, y con la verdad soberana y el soberano bien. En esta elevada altura se apoya sin asombro en sus destinos inmortales, y aspira sin inquietud al lugar que le está prometido en la sociedad sublime cuyo monarca es el Todo-poderoso.

Para obtener este lugar ó para alcanzar su fin es preciso que obedezca á las leyes de su ser; porque todo ser, como hemos visto, tiene sus leyes ó su modo propio de existir: vive si se conforma, perece si las quebranta. Las leyes de nuestro ser, relativas á nuestra naturaleza, abrazan necesariamente todas nuestras facultades; y es cosa extraña que, reconociendo las leyes de la materia y de nuestra organizacion física, haya quien se persuada que la inteligencia, el amor, ó lo que constituye verdaderamente al hombre no esté sometido á ley alguna.

Pero si, en lo que no cabe duda, hay entre nuestra inteligencia y la verdad, entre nuestro amor y el bien, relaciones que no dependen de nuestra voluntad, estas relaciones son para el hombre moral é inteligente las leyes naturales de la vida, y no puede quebrantarlas impunemente, como ni las del cuerpo.

Y no se diga que tenemos el conocimiento innato de estas ni que las descubrimos por el raciocinio. Traemos, es verdad, la facultad de conocer, pero nada conocemos al nacer. Y lo mismo sucedería, segun el testimonio de Rousseau, aun cuando naciósemos con los órganos enteramente desarrollados. En los primeros dias de nuestra existencia se nos obliga por fuerza á obedecer ciegamente á las leyes físicas, que son las únicas á que entonces estamos sometidos, porque no somos todavía mas que seres físicos. Cuando ya

somos capaces de pensar, se nos instruye, se nos da noticia de estas mismas leyes, mas, por decirlo así, sin explicarnoslas, y creemos en ellas por el testimonio de los demas hombres ó de la sociedad. Así se forma la fé, y se conserva la vida. Ni la razon, ni la esperiencia podrian con respecto á esto hacer las veces de la autoridad; porque antes que la razon haya principiado á asomar, antes que hayamos podido adquirir alguna esperiencia, es necesario indispensablemente ó morir, ó conformarse con las leyes del cuerpo.

Mas el hombre moral é inteligente debe vivir tambien con vida propia; debe conocer, amar, sin lo cual no existiria; y la religion no es otra cosa que la ley natural de la inteligencia, el conjunto de las relaciones ó de las verdades que se derivan de nuestra naturaleza, ó de la naturaleza del Ser soberanamente inteligente. Nosotros pues vivimos mas ó menos con la vida espiritual, segun que la verdad nos es mas ó menos conocida; y el mas alto grado de vida ó de felicidad consiste en conocer perfectamente la verdad infinita, y en gozarla plenamente por el amor. La ignorancia absoluta es el estado que precede al nacimiento, un sueño profundo de nuestras facultades; la ignorancia parcial es un desarrollo imperfecto. Se diferencia del error en que este no es simplemente una privacion sino un desorden, una enfermedad, mortal á veces.

¿Y cuan absurdo no es suponer que el hombre, teniendo un fin que no puede alcanzar sino obedeciendo á leyes naturales ó necesarias y siendo inteligente, no tenga medio alguno para conocer estas leyes; y que Dios, por voluntades contradictorias, ó por un odio insensato hácia el ser que acababa de formar á su imágen, le hubiese mostrado la vida como un cebo, dándole solo el deseo de alcanzarla, para que este deseo nunca satisfecho le atormentase eternamente?

No blasfememos de la Divinidad; ella quiere la felicidad de sus criaturas; porque la gloria de un ser bueno consiste en manifestar su bondad; se debe á sí mismo esta justicia excelsa. ¿Qué viene á ser la felicidad? el reposo del orden; ¿y de qué desorden puede ser autor el Ser perfecto? ¿Como el mal podria ser objeto directo de sus voluntades? No, ó no hay Dios. ó si lo hay quiere la salud de todos los hombres. No los castigó por haber salido de sus manos, ó por ser obra suya, y el odio no fue el que fecundó la nada. ¿Quién se atreverá á decir, ni aun á pensar que imponiéndonos leyes cuya infraccion tiene efectos tan terribles, las haya cubierto con un velo tan impenetrable á nuestros ojos? ¿Qué haya arrojado desdeñosamente tantos millones de inteligencias entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, sin darlas siquiera medio para discernirlos? ¿Qué se oculte á quien le busca; que estienda á sus pies un oceano de tinieblas, y rechaze lejos de las orillas al desventurado que lucha para ganarlas?

Para comprender hasta donde llega lo absurdo de la hipotesis que impugno es necesario elevarnos á consideraciones mas altas todavia; es preciso representarnos al hombre, no como un ser aislado, sino como un eslabon de la vasta gerarquia de los seres, como un miembro de la eterna sociedad de la inteligencias. Ahora bien, no existiendo todo lo que existe sino para esta sociedad, y debiendo concurrir á su perfeccion, el hombre en particular debe adquirir toda la perfeccion de que es capaz su naturaleza. Debe vivir para que el orden universal esté completo; debe vivir con una vida perfecta para que el orden mismo sea perfecto. Si la imposibilidad de conocer las leyes de la inteligencia le forzase á violarlas, Dios mismo sería quien voluntariamente atentaría á su sabiduría y á su gloria; lo que sería en el Ser infinito, como un ensayo horroroso de suicidio.

Por lo demas basta apelar al testimonio del género humano. Todos los pueblos han tenido una religion que ellos creian verdadera; luego todos los pueblos han creido que se podia conocer la verdadera religion. Ninguna religion, ni aun las falsas, se habrian establecido sin esta creencia. Mas las creencias universales son decisiones de la razon general; desecharlas ó disputarlas es destruir la razon misma. Luego, sea cual fuere la verdadera religion, es posible conocerla. Si se dice que todos los pueblos han podido engañarse en este punto, tambien han podido engañarse del mismo modo sobre la existencia del Ser primero; tambien han podido engañarse sobre todo; y partiendo de aqui se acabó la certeza, no hay ya verdad ni error, y solo queda una duda tan profunda que solo con el silencio podria espresarse.

Y no se arguya con la multitud de cultos diversos. Esto prueba solamente que en religion como en todo lo demas puede mezclarse el error con la verdad; esto prueba la ignorancia y las pasiones del hombre, la debilidad de su espíritu cuando sustituye á las tradiciones antiguas sus propios pensamientos; esto prueba en fin la necesidad de un examen serio, y nada mas.

Para dirigir este examen, nos queda que indagar cual es el medio general dado á los hombres para discernir con certeza entre las diferentes religiones la verdadera.

Este medio ó está dentro ó fuera de nosotros. Los únicos medios para conocer que tenemos en nosotros mismos son el sentimiento y el racionio: fuera de nosotros no hay otro que la autoridad. Luego los hombres deben llegar al conocimiento de la verdadera religion, ya por el sentimiento ó una revelacion inmediata, ya por el racionio, ó ya en fin por el camino de la autoridad.

Antes de examinar á fondo cada uno de estos tres medios, harémos observar que segun nuestras observaciones

precedentes resulta, que la certeza no tiene base alguna en nosotros mismos. No existiendo sino por la voluntad de un otro ser, nuestras facultades se apoyan necesariamente en alguna cosa exterior; y el grado de confianza que se las debe conceder depende en primer lugar de la naturaleza del ser por quien son ó existen, y en segundo del conocimiento de aquello que el ha querido que fuesen; lo que solo el ha podido revelarnos. Esta simple consideracion demuestra la necesidad de un primer testimonio, y la de un acto de fé, antes de poder razonablemente hacer uso de nuestras facultades. Asi veremos de aqui á poco, por la esperiencia de todos los tiempos que el espíritu que se aísla, que se separa nada puede probarse á sí mismo; y que á proporcion que se esconde y sepulta en sí, sus ideas se oscurecen, sus creencias se disipan, su vida se apaga: inquieto y descaecido se arrastra por regiones estériles á la luz incierta de la duda, último reflejo de la verdad que desaparece al borde de la nada.

Esta causa general de error se hace especialmente notable en nuestro siglo. A nadie se pregunta mas que á sí mismo sobre su origen, obligaciones y destinos. El hombre nada pregunta á los hombres y mucho menos á Dios: su inteligencia se alimenta de sí misma; que alimento tan escaso! Nadie quiere creer ni obedecer: por tanto se pierde con el respeto al testimonio (\*) la nocion de la ley, la nocion de la autoridad y el principio de la certidumbre. Todo vie-

---

(\*) *Nuestra jurisprudencia criminal da mucho menos fuerza que la antigua al testimonio. El espíritu de la legislación es conceder el mayor poder posible al pensamiento particular, y al sentimiento particular de cada jurado. Esto es una consecuencia natural de la soberanía de la razon individual. Se desconfia de todo lo que es general ó social,*

ne á ser individual. Ni aun se puede nombrar la religion, porque ella es necesariamente ley y vinculo de toda sociedad. Se dice el *pensamiento religioso*, el *sentimiento religioso*, espresiones que atestiguan la independenciam del espíritu, ó el derecho de tener cada uno su religion, como cada uno tiene su sentimiento, ó su pensamiento particular.

Pero al fin ¿qué viene á ser este sentimiento religioso? ¿Acabarán de decirnoslo? ¡O miseria profunda del hombre! Serà todo lo que se quiera hasta las flaquezas y miserias de nuestra naturaleza, los temores sin objeto, las ilusiones vagas del corazon, la melancolía, y hasta el fastidio y disgusto de la existencia. (\*) Es indispensable ciertamente caer en estas estravagancias, cuando no se admite otra regla de verdad que lo que se siente. Y adviertase que nadie tiene en su mano comunicar el sentimiento que en sí tiene ó experimenta; que este es un no sé que tan indefinido en su naturaleza y en sus diferencias y variaciones, que hasta es imposible dar del una idea clara en el discurso. Ningun hombre podrá representarse jamás un sentimiento de que no haya sido afectado: y nada pende menos del hombre que afectarse de un sentimiento, cualquiera que el sea. Asi una religion de puro sentimiento sería una religion sin language, sin voz, un sueño fugitivo que eternamente huiria de la inteligencia.

Si nos limitamos á considerar el sentimiento como un

*ó mas bien, ya no se comprende. Cada hombre es toda la sociedad.*

(\*) Nada digo que no lo hayan sostenido seriamente sujetos que se celebran por su ingenio. Segun sus ideas para dar á entender que un hombre tiene religion, se debe decir que es melancólico, mui inclinado á ilusiones ó sueños. Oyendo esto si que parece, soñamos.

medio de reconocer la certidumbre de los dógmas y de las obligaciones, tambien abusariamos con no menos grosería, porque el sentimiento no prueba mas que la existencia del pensamiento que le determina. Tengo la idea de un ser poderoso, me resulta de ella un sentimiento de temor; la tengo de un ser poderoso y bueno, resulta un sentimiento, de amor. Pero el amor, efecto natural de la idea que me formo de este ser, no prueba de ningun modo su bondad; porque aunque yo me engañase el sentimiento no dejaria de ser el mismo.

Adelantemos mas, el sentimiento pasivo por su naturaleza, ni afirma ni niega cosa alguna, porque afirmar ó negar no es sentir sino juzgar. Asi cualquiera que dice: Yo siento pronuncia un juicio cuya verdad se apoya en la misma base que la verdad de todos los demas juicios.

Luego es indispensable y de absoluta necesidad recurrir á la razon para hallar la certeza; pero no á una razon cualquiera sino á la general manifestada por el testimonio, es decir, por una autoridad que esté fuera de nosotros. Toda razon individual es falible, porque es limitada; no puede tener mas que opiniones; los dógmas pertenecen á la sociedad, asi cuando la sociedad se disuelve, al instante las opiniones ocupan el lugar de las creencias.

Luego nada hai cierto mas que lo que es de fé; y la sola fé cierta es aquella que se apoya segun el género de verdad que tenga por obgeto, sobre la mayor autoridad ó sobre la razon mas general.

Coloquése en el sentimiento el principio de certidumbre, al punto se consagran todos los géneros de fanatismo y supersticion, todos los desordenes y todos los crímenes; porque no hai uno que no este determinado por un sentimiento, que produce algun error del espíritu. Asi pretender que el sentimiento decida de la verdad, y por con-

siguiente de las obligaciones, es ofrecer la venganza por regla de justicia al que aborrece á otro, y el adulterio por regla de moral al que desea la muger de su amigo.

Pongase en la razon individual el principio de certidumbre, al punto se verá renacer los mismos inconvenientes. El hombre dueño y señor de sus creencias tambien lo será de sus acciones. Todo lo puede negar diciendo: Yo no lo comprendo; y en seguida permitirlo todo diciendo: No creo.

Podria ser bastasen estas reflexiones para convencerse de que, ni el sentimiento ni el racionio son el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion. Mas la importancia de esta verdad exige demos mayor estension á sus pruebas. Esto es lo que nos proponemos hacer en los capítulos siguientes.

## CAPÍTULO VI.

*El sentimiento ó la revelacion inmediata no es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion.*

Tan grande como aparece el hombre cuando se le contempla en sus relaciones con sus semejantes, en medio del órden de que forma parte, tanta compasion inspira, cuando rompiendo los vínculos de esta noble dependencia no quiere ya depender mas que de sí mismo. Huyendo toda sociedad, y privado de los bienes de que participaba como ser social, despojado, desnudo, lleva consigo al desierto una triste soberanía, que no es mas que la esclavitud de todas las miserias. Andará este soberano, este espíritu sin dueño buscando acá y allá en la noche algunas ver-

dades perdidas para alimentar su razon moribunda; pero es inútil: estando solo nada es, nada puede, ni aun vivir. Si duda, suba hasta el instante en que nació, y representese lo que es el hombre al salir de la nada. ¿Qué trae consigo? ¿Qué posee? Consultad vuestra memoria; nada os responderá. El niño entonces, lo mismo que el animal, no tiene mas que sensaciones obscuras y sordas. Ninguna idea, ningun conocimiento, ningun sentimiento hasta tanto que los reciba de otro: todo le ha de venir de fuera, y nada tendrá que no se le haya dado. Su inteligencia se conumiria en un eterno sueño, si la palabra no la despertase: esta le saca poco á poco de su letargo; abre sus ojos adormecidos y le familiariza con la luz. La razon se desenvuelve, nace el amor, y este ser que solo pertenecia al mundo de los cuerpos, superior y mas poderoso que el tiempo, se vé transportado repentinamente á la sociedad eterna. ¿Y como? Oyó, creyó, y obedeció. La fé, por decirlo así, creó esta alma, y la dió la conciencia de sí misma. Al traves de las profundas tinieblas que la rodeaban, la trazó una senda segura, y la condujo á la fuente de toda luz y vida. Sin embargo, al llegar á ella, el hombre se avergonzará de su guia, la desconocerá y negará, y dirá orgulloso: Yo he venido solo, y solo he de subir mucho mas alto; y vele aquí que solo efectivamente, camina y vuelve á los lugares de donde habia partido.

Así hemos visto (a) que desde luego que se desprende de la sociedad religiosa, y se resiste á obedecer el poder que la constituye, el hombre que es consecuente, pasa de duda en duda por un progreso natural, de la heregía

---

(a) Tom. 1. Cap. 2. 3. 4. 5. 6. y 7.

al deísmo, de este al ateísmo, y de aquí á un esceptismo universal. Bien sea que siga su razón, bien que se deje guiar por el sentimiento, llega del mismo modo á este último término donde acaba el ser inteligente. Si algunos espíritus empeñados en este camino de muerte, no le recorren por entero, es su flaqueza y no su fuerza quien los detiene.

¿Y cómo la inspiración particular ó el sentimiento podría ser el medio general dado á los hombres para descubrir la religión verdadera, cuando como lo hemos hecho ver, ni aun puede conducirlos á ninguna verdad cierta? (a) Ningun espíritu finito ó limitado tiene en sí el principio de la certeza. Esta solo existe en la sociedad, depositaria de las verdades que el hombre recibió de Dios en su origen, y que ella conserva y transmite por la palabra. Las ideas nacen en nosotros con su expresión; y aprender á hablar, es aprender á pensar, así como aprender á pensar, es aprender á creer. La certidumbre pues de nuestros conocimientos es proporcionada á la autoridad de aquel que nos los comunica, ó del testimonio que los atestigua, y si la autoridad es infinita, lo es también la certeza.

De aquí se sigue que es imposible llegar por sola la inspiración á la certeza; porque ¿qué es lo que hace la inspiración? Pone en nuestro espíritu, con independencia de la palabra exterior, ideas que se nos transmiten en el orden común por esta palabra. Por tanto para reconocer la verdad es necesario, ó examinarlas en sí mismas con ayuda del raciocinio, es decir, buscar la certeza fuera de la inspiración; ó asegurarse de que la inspiración viene de una autoridad infalible, lo que nos vuelve á hacer venir

---

(a) Cap. 1.

otra vez al raciocinio, á menos que no haya otra nueva inspiracion, la que tambien tendria necesidad de ser probada como la primera, y así al infinito. La persuasion mas invencible de que se está realmente inspirado nada prueba, pues que todos los entusiastas tienen esta persuasion. Cuando los Deistas, pues, preguntan porque Dios no ha fundado el cristianismo en una revelacion interior hecha á cada hombre individualmente, mas bien que en la revelacion exterior y general, viene á ser como si preguntasen porque Dios no ha establecido una Religion desnuda de pruebas.

Pero basta para decidir la cuestion que tratamos considerar los hechos. Consultemos nuestra esperiencia: ¿hay si quiera una verdad entre las que conocemos que hayamos descubierto en nosotros? ¿Criados en los bosques, lejos de nuestros semejantes, tendríamos las mismas ideas, los mismos sentimientos? ¿Qué sentiamos antes que se nos hubiese dado el pensamiento con la palabra? ¿Qué dógma hemos hallado escrito en el fondo de nuestro corazon? ¿Donde estaba Dios para nosotros antes que nos le nombrasen? Séamos ingénuos; el sentimiento no nos instruye mas acerca de las leyes de nuestra conservacion como seres morales é inteligentes que nuestras sensaciones sobre las leyes de nuestra conservacion como seres físicos. No hay sentimiento alguno innato, si lo hubiese se manifestaría de un mismo modo en todos los hombres. El sentimiento nace del pensamiento, determinado siempre por él. El que nada conociese, nada amaría ni nada aborrecería ¿Qué son las verdades de sentimiento, sino el alma que ama la verdad que su razon conoce? Ellas pasan del entendimiento al corazon y el sentimiento es bueno ó malo, segun la causa que le determina, es decir, segun la verdad ó el error que hay en el espíritu, y para convertir el sentimiento en princi-

pio de los conocimientos necesarios, es forzoso negar la razon ó aniquilar el ser inteligente.

Rousseau ofrece un ejemplo singular. Confundiendo de intento el sentimiento y las sensaciones dice: "Sentimos antes de conocer." (a). Y un poco mas abajo: "Limitémonos á los primeros sentimientos que hallamos en nosotros mismos, pues que á ellos nos vuelve siempre á conducir el estudio, cuando no nos ha estraviado." (b) Desde luego la razon viene á ser inutil; y en concurrencia con el sentimiento debe la razon callar, como él mismo lo dice en términos formales: "Aun cuando todos los filósofos *aprobasen* que yo he errado, si tu *sientes* que yo tengo *razon*, nada mas quiero." (c) Y en efecto que mas podría apetecer, pues que el sentimiento ó la conciencia, *juez infalible del bien y el mal, hace al hombre semejante á Dios, forma la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones?* "Sin ti, dice, nada siento en mi que *me eleve sobre las bestias*, mas que el triste privilegio de *perderme de error en error, ayudado de un entendimiento sin regla y de una razon sin principio.* (d)

El sentimiento pues es la única senda por donde el hombre puede llegar al conocimiento de la verdad, segun Rosseau. Esto no le impide recurrir en otras partes á *esta razon sin principio* y á este *entendimiento sin regla*, para descubrir con su auxilio la religion verdadera. "Busquemos sinceramente la verdad, no demos nada al derecho del nacimiento ni á la autoridad de los padres y pastores, sino llamemos al examen de la conciencia y la razon todo aquello que nos enseñaron desde la niñez. Ellos me han gritado: somete tu razon; otro tanto puede decir-

---

(a) *Emile*, t. 2. pág. 253. Edit. de Berlin de 1793.

(b) *Ibid* p. 355.

(c) *Ibid* p, 253.

(a) *Emile* t. II p. 356.

„me el que me engaña. Yo necesito razones para someter mi razon „ (a) Y despues: „La fé se asegura y afirma por el entendimiento: la mejor de todas las religiones es infaliblemente la mas clara... El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas; no me ha adornado con un entendimiento para prohibirme luego use de él. Descirme que someta la razon es injuriar á su autor. El ministro de la verdad no tiraniza mi razon, la ilustra“. (b)

Luego segun Rousseau se puede elegir entre dos métodos para discernir la verdadera religion; el uno fundado en el racionio y el otro que le escluye. „El sentimiento interior, dice, es el que debe conducirme (c)... Lo que Dios quiere que un hombre haga no se lo hace decir por otro hombre, sino que se lo dice él mismo, lo escribe en el fondo de su corazon.“

Si asi es, todos los hombres deben encontrar la ver-

(a) *Emile* t. III. p. 9.

(b) *Ibid.* p, 18.

(c) *Emile*. t. III. p. 2. *Madama de Staël adopta esta doctrina y la aplica tambien á la politica; de modo que cada uno debe buscar en sí mismo ó en sus sentimientos íntimos, qual es la mejor religion, la mejor moral, la mejor legislacion, y la mejor forma de gobierno; porque todo esto lo conocemos por una revelacion perpetua. Son curiosisimas las espresiones de esta muger filosofa para que dejemos de citarlas aqui. „ No hai cuestion alguna de moral, ni de política en la qual sea necesario admitir lo que se llama autoridad. La conciencia de los hombres es una revelacion perpetua para ellos, y su razon un hecho inalterable. Lo que forma la esencia de la Religion cristiana es la armonia de nuestros sentimientos íntimos con las palabras de Jesu-Cristo.“* Considerations sur les principaux evenemens de la revolution francaise, par madame la baronne de Staël; t. III. p. 15.

dadera religion escrita en el fondo de su corazon, pues que sin duda ella contiene todo lo que Dios quiere hagan los hombres, y ademas, lo que es necesario crean; porque tambien es necesario creer en Dios para tributarle un culto, y en una ley moral para obedecerla voluntariamente. Mas en este caso que me espliquen la diversidad de Religiones." Si, dice Ronsseau, no se hubiese oido mas que lo que Dios dice al corazon del hombre, nunca hubiera habido mas que una religion sobre la tierra. (a);" es decir, que todos los hombres en todos tiempos habrian creido los mismos dógmas y obedecido los mismos preceptos.

Sofista, responded ahora: ¿no hay mas que una religion en la tierra? ¿es esto lo que vemos? ¿y qué viene á ser vuestra regla desmentida por los hechos? En vano se dirá que los hombres no han escuchado. No se trata de escuchar sino de sentir. Y los hombres no son dueños de no sentir lo que sienten; porque no depende de ellos sentir ó no sentir lo que sienten. Por tanto tan imposible es para ellos en vuestra hipótesi confundir la verdad con el error, como el dolor con el placer. No podrian pues ni engañarse acerca de sus obligaciones, ni dejar de cumplirlas, puesque naturalmente amarian el bien y aborrecerian el mal. La Religion verdadera sería un sentimiento invariable y el mismo en todos. Sería su mismo ser; porque admitiendo la suposicion de los sentimientos innatos, sería fácil representarse al hombre desnudo de toda idea adquirida; pero sería imposible concebirle privado de aquello que constituiría el fondo de su naturaleza moral é inteligente.

La diversidad pues de religiones prueba que el sentimiento no es el medio general establecido por Dios para hacernos discernir la verdadera. Vease cuantas creencias opues-

---

(a) *Emile t. III. p. 5.*

tas abrazan los hombres con una conviccion tan firme por una como por otra parte. El sentimiento de lo verdadero y lo falso, del bien y el mal, tan variable como sus ideas, depende de la educacion, de las preocupaciones, y de mil causas exteriores que le modifican segun los lugares, tiempos, opiniones recibidas, é instituciones. Lejos de ser este sentimiento alguna cosa primitiva y anterior á la fé, la fé es quien le determina, como la enseñanza determina la fé. ¿Por ventura es por sentimiento por lo que el cristiano cree en la Trinidad, el musulman en Mahoma, y el judío en Buddah? ¿Era por sentimiento por lo que ciertos pueblos ofrecian á divinidades horribles la sangre de sus hijos y el pudor de sus hijas? Obedecian á una ley falsa que Dios ciertamente no habia escrito en su corazon, y la obediencia sin remordimientos, porque el error del espíritu producía un error análogo en el sentimiento.

El hombre no trae consigo mas que necesidades que la sociedad debe satisfacer, y sola ella puede satisfacer. Su cuerpo necesita de alimentos, la sociedad se los dá; su alma necesita de verdad la sociedad se la dá. ¿Qué niño ha dicho: yo siento á Dios antes que se le hubiese hecho conocer? Se le nombra, y tiene ó forma la idea; se le enseña á pedirle y adquiere el sentimiento; se le dice: esto es bueno aquello malo, y se desenvuelve la conciencia. He aquí el orden de la naturaleza. Asi nunca hubo pueblo alguno cuya religion estuviese fundada en el sentimiento ó la inspiracion particular de cada individuo. Todos, creyendo, se han sometido á una autoridad exterior y en su concepto divina en su origen. Jamás les ocurrió que cada uno encontrase la religion en su corazon sin otra instruccion. Todos los pueblos pues deponen con una perfecta unanimidad contra el sistema que quiere sea el sentimiento ú la inspiracion individual, ó la revelacion inmediata, el medio gene-

ral para reconocer la verdadera Religion. Mas como ya hemos observado tantas veces el testimonio del género humano, que es la espresion de la razon universal, es infalible: y negarle, es negar la razon y renunciar á la certidumbre.

Y en efecto ¿cuando Rousseau quiere hacer del sentimiento el principio de la fé y la regla de las costumbres, no se ve llevado á negar la razon? ¿Y cuando los pretendidos reformadores de la Iglesia, Jurieu, Claudio y sus discípulos adoptando el mismo error, se persuadieron que el único camino para llegar seguramente á la verdad en materia de religion, era lo que ellos llaman la *senda de impresion, sentimiento, ó de gusto* (a) no desecharon, no solo la razon humana sino tambien hasta la divina, puesque no temieron sostener que basta proponer á los hombres un sumario de la doctrina cristiana, y que al punto, sin necesidad de mas examen, es decir, sin intervencion alguna de la razon, y *con independenciam tambien del libro en que se contiene la doctrina del Evengelio*, es decir, de la razon divina, (b) la verdad se les manifiesta claramente; y *se siente como se siente la luz cuando se vé, el calor cuando está cerca el fuego, lo dulce y lo amargo cuando se come?* (c)

---

(a) *Le vrai sist. de l' Eglis. Lib. 2. Cap. 20. 21 Lib. 3. c. 2. 3. 5. 9. 10. &c.*

(b) *Le vrai sistem. de l' Eglis. Lib. 2. c. 25 p. 453.* Para los protestantes que no admiten ni la tradicion, ni la infalibilidad de la Iglesia docente, la Escritura es la única manifestacion de la razon divina. En esta hipótesi, negar la necesidad de la Escritura con respecto á todos los hombres y á cada uno en particular, es negar que sea necesario para conocer la verdad, que Dios se revele á nuestra razon, ó nos manifieste la suya.

(c) *Ibid. Lib. 2. c. 25. p. 453.* Para ser consiguiente en este sistema era necesario mudar la forma del símbolo; y en vez de decir, Yo creo en Dios &c. se debería decir "Yo

Segun Jorge Fox, *debemos escuchar el espíritu de Dios que está dentro de nosotros, con preferencia á la autoridad de un hombre, sea quien fuere, y á la de todos los hombres, y hasta con preferencia á la misma autoridad del Evangelio.* (a)

¿Mas qué otra cosa es esto sino un fanatismo? En persuadiéndose que se siente una ilustracion interior ya todas las extravagancias de una imaginacion ardiente pasan por verdades incontestables y por inspiraciones divinas. El orgullo se engrie con esta persuasion. Las sectas nacen, se propagan porque el entusiasmo es contagioso. Pero el sentimiento no tarde en revelar á cada uno dógmas diferentes; nada hai mas diverso que su language. Hai divisiones, combates; los discípulos se hacen maestros á su vez, y las sectas se multiplican. Cada hombre tiene *sentimiento*, su doctrina. Muestrésemse dos deistas que estén de acuerdo en todos los puntos. Los sectarios tampoco se entienden mejor que ellos. El uno niega lo que el otro afirma y asi reciprocamente. Si se llega á encontrar un entusiasta de un carácter ardiente y sombrío, no hai crimen que no pueda cometer bajo pretexto de inspiracion. ¡Cuántas guerras y maldades se deben á esta sola causa desde Mahoma hasta Juan de Leyde, y desde Cromwell hasta Sand! (\*) La verdad

---

*„siento á Dios, siento que es Padre, que es Todo-poderoso que ha criado el cielo y la tierra; yo siento á Jesu-C<sup>o</sup> &c.“* Lo mismo los deistas por sentimiento. El símbolo del ateo en el mismo sistema se reduciria á estas palabras, yo nada siento; y el del esceptico á estas; ¿acaso siento yo?

(a) *Vease la excelente obra del Dr Milner, titulada The end of religions controversy, in á friendly correspondence between á religious society of protestants, and á Roman catholic divine. Part. 1. p. 45. Second edit. London, 1819.*

(\*) *Se podrian citar innumerables ejemplos de los excesos*

no viene á ser más que los pensamientos de un espíritu sin regla, y toda ley se reduce á las pasiones ó apetitos del corazón. En fin llega un momento en que la confusión es tan grande, las contradicciones tan manifiestas que por precisión es indispensable renunciar esta quimera del sentimien-

de todo género á que conduce este peligroso fanatismo. Los Anabaptistas pretendían haber recibido orden de Dios para quitar la vida á los impíos, confiscar sus bienes, y establecer un nuevo mundo, compuesto de solos justos. (Sleidan, de stat. reli. et reip, comment, lib. III. p. 45.) Juan Bockler, jefe de esta secta, declaró que Dios le había hecho presente de Amsterdam y muchas otras ciudades; envió para tomar posesión á algunos de sus discípulos, que corrían por las calles completamente desnudos, gritando: ¡Ay de Babilonia! ay de los impíos; (Histoire abreg. de la reforme, par Gerard Brandt, t. I. pag. 49.) Herman también Anabaptista para obedecer al impulso interior del espíritu enseñó que él era el Mesías, y se dedicó á evangelizar al pueblo en estos términos: Matad á los sacerdotes, matad á todos los magistrados. Arrepentios; vuestra redención se acerca (*ibid.* pag. 51.) No tardaron los Anabaptistas en penetrar en Inglaterra. Un tal Nicolas discípulo de David George fundó allí la secta de los Familistas, ó la Familia de amor, numerosísima al fin del siglo décimo sexto. Segun su doctrina la esencia de la religion consistia en el sentimiento del amor divino; la fé y el culto eran inútiles. Desechaba del mismo modo los preceptos fundamentales de la moral, enseñando que era bueno perseverar en el pecado, para que la gracia pudiese abundar. (Mosheim Eccles. hist., vol. IV. p. 484.) ¿Quién no ha oido hablar de Venner, y de sus hombres de la quinta monarquía? Arrebatados por la inspiracion se precipitan fuera del lugar donde tenían sus juntas en Coleman-Street, declarando que no reconocían otro soberano que al señor Jesus, y que no volverían sus espadas á la vaina hasta haber hecho de Babilonia, es decir de la monarquía, un objeto de risa y de execración no solo en Inglaterra, sino en los países extranjeros. (Echard, s. hist. of Engl.) El mismo fanatismo produjo iguales efectos entre los Quaqueros. Jorge Fox, su fundador, sostenia que el verdadero culto es inspirado por un movimiento interior é inmediato que viene del espíritu de

to, y buscar otro camino para discernir la verdadera religion. Se presenta la razon, se adopta por guia, figurándose poder asegurarse con su auxilio de la verdad, y este último error es peor que el primero; porque siendo impotente por sí la razon individual para establecer cosa alguna

---

Dios, y que no se limita á tiempo alguno, á ningun lugar ni persona. (*Barclay Apolog.*, *Propos.* XI.) Esta es la regla del sentimiento en su mayor generalidad. Produjo muy pronto toda especie de estravagancias y delitos. Un Quakero fue á la puerta del parlamento con la espada en la mano, é hirió á muchas personas, diciendo que el Espíritu-Santo le habia inspirado matase á todos aquellos que tenian asiento en esta cámara. (*Mac laine s notes on Mosheim*, vol. V. p. 470.) No hablaremos de los Muggletonianos ni Labbdistas, que con pretexto de seguir la luz interior, se abandonaban á los desordenes mas vergonzosos, y á prácticas llenas de impiedad. Bien se sabe hasta donde llegan en esta materia ciertas sectas de Metodistas, ó por mejor decir no se sabe lo bastante. Oigamos al antinomiano Ricardo Hill: "El adulterio mismo y el asesinato no dañan á los verdaderos hijos de Dios, por el contrario les son útiles. (*Fletcher's Works*, vol. III. p. 50.) = Mis pecados pueden desagradar á Dios; mi persona siempre le es agradable. Aun quando yo pecase mas que Manasses, no por eso dejaría de ser un hijo querido de Dios, porque me vé siempre en Cristo. De aqui proviene que en medio de los adulterios, asesinatos é incestos puede dirigirme estas palabras: Tu eres toda hermosa, ó amor mio, y no hai en ti alguna mancha. (*Ibid.* vol. IV. p. 97.) Aunque yo repruebo á aquellos que dicen: Pequemos para que la gracia abunde en nosotros; sin embargo, al fin el adulterio, el incesto y el asesinato me harán mas santo en la tierra y gozar mas en el cielo. (*Fletcher. - Daubeny's Guide to the church.* p. 82.) = Salmon, ministro de Coventry enseñaba al pueblo á jurar, blasfemar, y abandonarse á todos los desordenes de la impureza. En Douvres una muger cortó la cabeza á su hijo con el pretexto de un precepto particular que habia recibido de Dios como Abraham. Otra muger fue condenada en York, en Marzo de 1647. por haber crucificado á su madre, y sacrificado un becerro y un gallo. (*Milners*,

echa por tierra todas las creencias, obscurece todas las nociones, y, destruyendo siempre, avanza de ruina en ruina hasta que se confunde y desaparece en una ruina universal.

Por tanto en este sistema de examen y discusion es donde se detienen por necesidad los deistas y los sectarios. Escluido el sentimiento como regla de fé, no les queda mas que el racionio; triste recurso cuya insuficiencia vamos á demostrar, probando que la senda del racionio ó de la discusion no es el medio general dado á los hombres para discernir la Religion verdadera. Concentremos todas nuestras fuerzas para atacar el orgullo en su último atrincheramiento.

*Letters to a Prebendary.*) - *Stork*, discipulo de Lutero y fundador de la secta de los Abecedaires, enseñaba que los fieles, para evitar las distracciones que impiden estar atentos á la voz de Dios deben renunciar al estudio, y no conocer ni aun las primeras letras del alfabeto. (Vid. Osiander, cent. XVI, lib. 2. Stokman Lexic. voce abecedarii.) = Por absurda que parezca semejante doctrina admitido el principio de la inspiracion particular, *Stork* iba consiguiente: y lo es tambien Juan Jacobo, quando despues de haber dicho, el sentimiento interior es el que debe conducirme, añade: "Puesque quanto mas saben los hombres mas se engañan, el único medio de evitar el error es la ignorancia. No juzgueis y no os engañareis. Esta leccion dan la naturaleza y la razon" (*Emil. t. II p. 156. Edit de la Haye.*) Gran lastima causa no escuchar mas que á sí mismo, porque se acaba por imponerse silencio; y desesperando de la verdad y la vida, se busca el descanso en la nada.

## EL AUTOR PONE AL FIN DEL TOMO ESTA ADDICION

### AL CAPITULO VI.

Nunca el orgullo de la razon llegó á ser tan estremo como en este siglo, y jamás se vió una inclinacion tan decidida á resolver las cuestiones sublimes de religion, de moral, y aun de política, por sentimiento, ó por una regla independiente de la razon. Pero oigamos lo que pensaba Bayle de esta clase de pruebas: "Las pruebas de sentimiento nada concluyen. Las hai en Saxonia tocante á la presencia real, lo mismo que en Suiza tocante á la ausencia real. Cada pueblo está penetrado de pruebas de sentimiento á favor de su religion: luego mas veces son falsas que verdaderas." (a) Pruebas que nada concluyen, son pruebas que nada prueban, ó en otros términos no son pruebas. Esto no quita que Rousseau insista, con todo el empeño que hemos visto, en estas pruebas que nada prueban. El sentimiento es, dice, el que debe conducirme. Lo que yo siento que está bien, está bien &c. Si se le dá oido, el sentimiento es el fundamento único de la moral; nunca se estraviaría el hombre, si siguiese siempre lo que su corazon le dicta. Esto es lo que Rousseau repite casi en cada página de su Emilio. Puede ser que creais que el estaba profundamente persuadido de esta doctrina. Oid lo que escribia confidencialmente á uno de sus amigos: "Si, yo estoi convencido que no hai hombre alguno, por hombre de bien que sea, que si siguiese siempre aquello que su corazon le dicta, no viniese á ser en poco tiempo el mas atroz de todos los malvados." (b) ¿No apoya y fortifica maravillosamente esta confesion lo que el mismo dice en favor de la regla del sentimiento? Por lo demas, si el sentimiento fuese una prueba de verdad, entre los locos sería donde deberiamos buscar las verdades mas ciertas; porque segun parece, tanto mas fuerte es la prueba quanto mas enérgico es el sentimiento, y el sentimiento que produce el error que constituye la locura es absolutamente invencible.

(a) Continuation des Pensées diverses t. III. p. 130.

(b) Lettre de Rousseau á Tronchiu, citée dans les Memoires de madame d' Epinay; t. 3. p. 192.

## CAPÍTULO VII.

*La senda del raciocinio ó de la discusion no es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religion.*

Lo que tenemos mas grande y al mismo tiempo mas íntimo es nuestra razon, esta facultad sublime de conocer que nos hace semejantes á Dios, pues que por ella llegamos á ser partícipes de su ser ó de su verdad. Elevados así sobre la creacion material, sobre los mundos que giran en el espacio, sobre los seres que han recibido vida, pero no inteligencia, no nos es posible concebir una idea demasiado elevada de nosotros mismos. Con nuestro pensamiento tocamos por todas partes lo infinito. Ningun tiempo puede limitarlo, ninguna estension circunscribirlo, y solo Dios es tan grande que pueda contenerlo en su inmensidad.

No es pues por gloriificarse en su razon por lo que el hombre se extravía, sino porque se engaña acerca de su naturaleza, atribuyéndose lo que no le pertenece. En su orgullo confunde la capacidad de conocer con la potencia de producir. Olvida que su inteligencia puramente pasiva en su origen, nace y se desenvuelve con el auxilio de las verdades que se la dan, y que no posee cosa que no haya recibido. Dotado del poder de combinar estas verdades primitivas y de sacar consecuencias, poder limitado como toda accion de un ser finito, busca en sí la certeza ó última razon de las cosas, y no hallándola comienza á dudar. Las verdades se retiran, la noche reina; en medio de esta noche ya no se conoce á sí mismo; solo y pagado y altivo por su soledad quiere crear; remueve y vuelve en su fantasía mil memorias obscuras, y cree poblar de se-

res reales su entendimiento desierto, porque reúne fantasmas. Mas desengañado muy pronto y cansado de este trabajo vano, cierra los ojos y se adormece y aletarga en eternas tinieblas.

Fuera de Dios todo es contingente; fuera de él nada existe sino por su voluntad; él solo es necesariamente; luego él solo posee en sí mismo la certeza. Está cierto de su ser porque se conoce; está cierto de la existencia de los demás seres, porque conoce sus voluntades; y toda la certeza que podemos tener nos viene de él y se funda en su testimonio. Aquí es donde es necesario venir siempre á parar, á un testimonio, á una primera autoridad, infalible, y sin esto ni aun raciocinar es posible; porque todo raciocinio presupone alguna verdad anterior, algún principio cierto, de donde se parte y que no se prueba. Nada importa que no se comprenda claramente este principio, esta verdad. Querer comprenderlo todo, es querer negarlo todo. Y en efecto ¿qué comprendemos? No hay una ley en la naturaleza que no encierre el infinito, por consiguiente ni un fenómeno que el hombre pueda explicar y comprender plenamente.

¿Cómo, pues, podría llegar á descubrir con certeza por el raciocinio la verdadera Religion? Conocer la Religion es conocer á Dios, es conocer al hombre, su naturaleza y las relaciones que derivan, ó las leyes de la inteligencia: y se quiere ir á buscarlas en las soledades de un espíritu de donde se habrá desterrado toda idea recibida por la confianza en el testimonio de los demás hombres ó de la sociedad. ¿Es así como ha vivido el hombre? ¿Se conserva de este modo? ¿Antes de admitir las primeras nociones y cuando á nada podía compararlas las há examinado? Explíquese como, ó con que se podía suplir la enseñanza primitiva, la palabra que le reveló su propia exis-

tencia, cuando su pensamiento, su voluntad y todo dormía en él. Obligada la razon, que no existe sino por la verdad, pues que no es mas que la verdad conocida por todos, á obrar antes de ser ó de crearse á sí misma, hubiera permanecido eternamente inerte, eternamente en tinieblas; nunca la luz se hubiera levantado sobre el horizonte intelectual. Cuando los espíritus, arrebatados por el deseo de la independenciam, quieren vivir en este estado contrario á la naturaleza, cuando reusan creer, y pretenden someterlo todo al examen particular, esta luz brillante poco á poco se debilita y se apaga. Representémonos un hombre á quien se le diga „Olvida todo lo que has aprendido de tus semejantes, olvida todo lo que sabes. Desecha de tu espíritu hasta la última idea, déjale vacío y luego busca en este vacío la verdad: “ ¿No equivale esto á decirle al alma: „Muere, y despues busca en la nada una vida que á nadie pertenezca mas que á ti“? ¿Puede imaginarse una contradiccion mas evidente? Porque sin verdad no hay accion, no hay voluntad, no hay vida, y si la razon retiene una verdad, sola una, esta será necesariamente una verdad de fé, y por tanto todas las que se deduzcan no tendrán otro fundamento, otra certeza que esta misma fé.

¿Se supondrá que el hombre nace con ciertas verdades impresas en su entendimiento, las cuales fecundadas luego por la razon vienen á ser el principio de sus conocimientos posteriores? Esto sería reproducir la hipótesis de los sentimientos innatos, hipótesis absurda y refutada completamente por la esperiencia. Sea cual fuere la modificacion que se la dé, reduciendo el número de verdades de sentimiento y concediendo á la razon el privilegio de deducir las otras verdades necesarias, no haría mas que añadir nuevos embarazos y nuevas contradicciones; porque este sistema mixto, sin deshacer ninguna dificultad estaría sugeto

á todas aquellas que presenta cada uno de los otros dos. Se exigiría siempre al sentimiento se manifestase de un modo uniforme, general, invencible, y á la razon que diese la prueba de su infalibilidad.

Mas consideremos al hombre tal cual es, formado por la sociedad, enriquecido por los conocimientos, é ilustrado por las verdades que recibe de ella. Apenas ha establecido su razon individual juez de estas verdades, cuando todas sucesivamente se le huyen. La razon quiere al punto concebir, y es muy justo, puesto que se hace de la razon el fundamento de las creencias. De aquí su primera regla, que es no creer mas que lo que concibe. Oigamos á Rousseau.

« Con respecto á los dógmas me dice mi razon que deben ser claros, luminosos, y de una evidencia palpables. « Si la religion natural es insuficiente es por la obscuridad que deja en las verdades grandes que nos enseña. A la » revelacion toca enseñarnos estas verdades de un modo sensible al espíritu del hombre, ponerlas á su alcance, y » *hacerlas concebir para que las crea.* » (a)

Se sigue que, aun admitiendo que el hombre puede concebir perfectamente un dógma cualquiera, es decir, concebir claramente lo infinito, ó conocer á Dios como él se conoce á sí mismo; todavía no siendo los espíritus igualmente fuertes, igualmente rectos, ni estando igualmente cultivados uno concebirá mas y otro menos, y por consiguient-

---

(a) *Emile*, t. III p. 17. y 18. = En otro lugar habla asi el mismo Rousseau: « Cuanto mas me esfuerzo á contemplar su esencia infinita, la esencia de Dios, menos la conozco; pero ella existe, esto me basta; cuanto menos la concibo mas la adoro. » *Ibid.* t. II p. 342, *Creia por tanto en él pues que le adoraba, y creia en él sin concebirle. ¡Qué lógica, ó que buena fé!*

te los dógmas y las obligaciones que de ellos se derivan variarán para cada uno segun la justicia y estension de su razon. Este deberá creer lo que aquel debe desechar porque no lo concibe. El número de los símbolos, morales distintas, y religiones diversas será igual al de las razones del género humano. Sin embargo hemos visto que no hay mas que una religion verdadera, y que fuera de ella no hay salud. (a) He aqui pues la mayor parte de los hombres perdidos para siempre por haber usado escrupulosamente del único medio que Dios les habia dado para descubrir las leyes que deben obedecer. No perdería su fuerza la obgecion cuando solo uno fuese el que se perdiese; y supuesto que la razon particular sea la regla de fé, no hay porque titubear al decir con Rousseau; «Si hubiese una religion en la tierra fuera de la cual amenazase pena eterna, y en cualquier lugar del mundo un solo mortal de buena fé no se hubiese convencido de su *evidencia*, el Dios de esta Religion sería el tirano mas inicuo y cruel.» (b)

Ahora bien, ello es cierto que el hombre muere ó padece una pena eterna, si viola esencialmente el orden moral ó las leyes de su naturaleza inteligente. (c) Tambien es cierto, que luego que los hombres comienzan á racionar sobre estas leyes, á someterlas á su juicio se dividen, y ya no *ven de un mismo modo su evidencia*. Luego el racionio no es el medio por donde han de llegar á conocerlas; si lo fuese sería necesario acusar á Dios de insensatez ó tiranía.

Para mas convencernos recorramos los anales de la filosofia en los diversos pueblos; veamos que luces debieron á esta

(a) *Vease el cap. IV.*

(b) *Emile t. III. p. 9.*

(c) *Vease el cap. 4.*

poderosa razon que se nos presenta como guia.

Se encuentra entre los antiguos dos cosas que casi igualmente nos sorprenden, ó por mejor decir, dos doctrinas tan opuestas que evidentemente no es posible tengan un mismo origen; las verdades mas sublimes y los errores mas monstruosos, los preceptos mas puros y las maximas mas disolutas, creencias sociales y opiniones destructoras de la sociedad. Las unas venian de la tradicion, las otras de la razon; y cuando la tradicion se debilitó y la razon ocupó su lugar el mundo se desplomó, y faltó poco para que se hundiese en el abismo.

Hemos oido hablar tanto de paganismo, estamos desde la niñez tan familiarizados con su mitologia y su culto, que esto impide nos llame la atencion, como debia este grande desvarío del espíritu humano. ¿Que hacia la razon en estos siglos? Creia en Jupiter, en Marte, en Venus. No se ve haya protegido siquiera una verdad ni desechado un solo error. Y cuando las pasiones llegaron á disgustarla de sus estupidas creencias; trajo á los hombres á principios mas seguros, á opiniones mas sanas? ¿Donde hallaremos un pueblo, en el cual haya abolido la idolatría, cuyas costumbres haya reformado? En ninguna parte. ¿Qué hizo pues la razon? Dejó los vicios divinizados en posesion de sus templos, y combatió con todo su poder las verdades tradicionales, que en todas partes estaban mezcladas con los errores locales del paganismo. Creó las doctrinas de la nada y las costumbres del siglo de Tiberio; formó á Petronio y Neron.

No referiremos aqui las innumerables opiniones de los filosofos, sus disputas, sus contradicciones acerca de los objetos mas importantes. ¿Qué dógma hay que ellos no hayan negado? ¿cual es la obligacion que han respetado?(a)

---

(a) Todos los filósofos antiguos han admitido la existen

La historia de la filosofía es la historia de las dudas. Y no se crea por eso eran espíritus vulgares estos antiguo sábios; si la razon sola debia conducirnos á la verdad ¿quién podia llegar á ella con mas facilidad que Platon, el talento mas sublime de la Grecia, ni con mas seguridad que Aristóteles que redujo á algunas reglas invariables los modos todos del racionio? Sin embargo ellos no supieron mas que dudar y destruir como sus sucesores en la filosofía; y quando, abandonando la tradicion, quieren substituir sus pensa-

---

*cia de la materia, opinion que es incompatible con la existencia de Dios. Los estoicos creian ademas en no se que necesidad fatal que todo lo arrastraba y hasta los mismos dioses. En cuanto á la moral sostenian que las mugeres debian ser comunes entre los sábios, y que el sábio podia si queria darse la muerte. Condenaban la compasion y piedad, y negaban los males no pudiendo escapar de ellos. (Vease la XIII disert. de Thomasius sobre la filosofía estoica, y la nota H sobre el artículo Chrysipo en el diccionario de Bayle. Diog. Laert. Lib. VI. n. 72.) = Aristipo gefe de los cirrenicos miraba las leyes civiles y costumbres como el fundamento único de lo justo é injusto. Hacia consistir el soberano bien en el deleite (ibid. n. 87. 88. y 93.) Aristóteles habla siempre dudoso acerca de la inmortalidad del alma y de la providencia. Pretende, como observa Grocio, que el adulterio cometido por satisfacer el apetito, y un asesinato por efecto de colera no deben colocarse propiamente en el número de las injusticias. Quiere como Licurgo y Platon que no se crie á los niños que nacen con algun defecto; y que si las leyes prohiben abandonarlos se haga abortar á las mugeres quando estan en cinta, luego que ya tienen el número de hijos que pide el interes del estado. (Arist Polit. L. VII, c. 16, Plat. de republ. L. V. Plutar. in Lyc.) Justifica el robo y, de acuerdo en esto con Ciceron, hace de la venganza una virtud ó una obligacion natural (Arist de morib. ad Nicomach. L. IV. c. 2. Cicer. de Invent. Lib. II, c. 22.) Me canso de referir tantos horrores y locuras. He aqui al cabo el fruto de los trabajos de la razon en Roma y Grecia, en los siglos mas ilustrados.*

mientos particulares, dicen cosas tan extravagantes que se avergüenza el espíritu humano. Ciceron mismo hace esta observacion: "No hai absurdo que no haya sido enseñado por algun filósofo." (a) Ahora bien; la religion del hombre se ha de componer de todos estos absurdos?

¿Y que, nuestra razon no es mas que un instrumento de error? ¿es indispensable que renunciemos á todo uso de ella? No, pero es necesario someterla á la razon general, que no es otra que la razon del mismo Dios. En vez de comenzar por la duda debe comenzar por la fé, porque la duda no produce ni engendra mas que dudas, y toda certeza se apoya sobre la fé; y esto es tan verdad que el mismo raciocinio supone la fé en la razon, y en el filósofo que no quiere oir mas que la suya, esta fé debe ser ilimitada y sin pruebas, porque preferir su razon á la razon de todos, es declararla infalible ó infinita.

La razon individual se forma y desenvuelve con el auxilio de la razon general. Ella cree, este es su primer acto; y como nada hay en ella anterior á estas creencias, si pretende remontarse mas alto vuelve á entrar en las tinieblas de donde la fé la habia sacado.

En el momento pues que la razon aspira á la independencia camina hácia la muerte. Pero ademas es tanta su debilidad irreparable, que casi á cada paso se extravía, si no es de nuevo encaminada por una razon mas sublime. No porque no exista entre ella y la verdad una relacion natural, puesque nuestra razon no es mas que la facultad de conocer, y nada se conoce realmente fuera de lo que es verdadero, ó lo que es. ¿Pero la razon nunca se engaña? ¿Ve siempre efectivamente lo que se figura ver?

---

(a) *Nihil tam absurdum dici potest, quod non dicatur ab aliquo philosophorum.*

¿No puede llegar á tener conviccion del error? ¿Y en qué se diferencia esta conviccion con respecto al hombre de la conviccion de la verdad? Y si la razon algunas veces nos muestra como verdadero lo que es falso, y reciprocamente, nuestros juicios no pueden ser ya una regla segura de certidumbre, el edificio de nuestros conocimientos se hunde; nada podemos negar ni afirmar absolutamente, y la sabiduría no es otra cosa que una duda universal.

Pero puede ser que nosotros exageremos la flaqueza del espíritu humano. ¡Ay! todos sabemos si es fácil exagerarla, y cada uno, sin necesidad mas que de su experiencia, puede conocerlo. (\*)

Examinemos sin embargo lo que pensaron aquellos hombres á quienes de comun acuerdo se concede la superioridad mas elevada de razon. Yo quiero tambien oigamos con preferencia entre todos los antiguos á los gefes del dogmatismo. Aparece el primero Platon que, atribuyendo solo á Dios la plenitud de inteligencia, declara que apenas poseemos nosotros un *pequeño fragmento*. (a) Pero esta inteligencia tan corta ¿no podrá al menos abrazar con firmeza alguna verdad, y contemplarla cara á cara? No, responde Atistóteles. "Así como ciertos pájaros no pueden soportar el brillo del sol, nuestro espíritu se deslumbra y se ofusca con la luz de la verdad." (b) Hemos ya referido en otra parte la opinion de Plinio. (c) Seria fácil citar

---

(\*) *Es digno de observarse que una confianza grande en la propia razon se ha mirado siempre como un signo de estupidez, y el menosprecio de la razon general como una locura.*

(a) In Tim.

(b) *Metaph. Lib. II. c. 1.*

(c) *Cap. 1.º*

muchos pasages semejantes; porque cualquiera que ejercita su razon no tarda en encontrar sus límites, y, engañado en la esperanza que habia concebido de ella, es casi siempre su último pensamiento desdeñoso, y su última palabra una queja amarga.

Cosa notable: los siglos vuelan, las verdades primitivas se desenvuelven, y disipan los errores contrarios; la sociedad hace inmensos progresos, y el hombre individual no se muda; su razon ilustrada por una nueva luz, se queda igualmente débil, igualmente impotente: ¡tan cierto es que nada es por sí misma! Acabamos de oír á Aristóteles y Platon llorar esta impotencia; oigamos ahora á Pascal y Bossuet.

«La naturaleza confunde á los pirrónicos, y la razon á los dogmatistas. ¿En qué vendrás pues á parar, ó hombre, que buscas tu verdadera condicion por tu razon natural? Tú no puedes huir de una de estas sectas, ni subsistir en ninguna. ¿Se dirá que posee ciertamente la verdad aquel que, por poco que se le estreche, no puede mostrar título alguno, y se vé forzado á abandonarla?»

«Así en la guerra continua que nos vemos obligados á sostener contra la ignorancia y el error, la razon que pelea sola, sucumbe infaliblemente. ¿Llega alguna vez á vencer? ¿Y que adelanta, cuando no puede estar cierta de haber vencido, y una noche fúnebre envuelve del mismo modo sus triunfos que sus derrotas? Esto es lo que han visto y conocido los espíritus mas fuertes, y esto es lo que les consterna cuando volviendo en sí mismos, se miran atentamente. Entonces sale del fondo de estas grandes almas un grito como de angustia: "¿Conocemos la verdad entre las tinieblas que nos rodean? ¡Ay! durante estos

«días de tinieblas vemos lucir de tiempo en tiempo algún rayo imperfecto. Así nuestra razón incierta no sabe que hacer ni á que atenerse en estas sombras. Si se contenta con seguir sus sentidos, no vé mas que la corteza, si quiere penetrar mas adelante, su propia sutileza le confunde. ¿No se ven obligados á cada paso los mas doctos á quedarse en medio del camino?...¿Qué haré, donde me molveré, sitiado de todos lados por la opinión ó el error? Desconfío de los otros, y yo mismo no me atrevo á creer en mis propias luces. Apenas creo ver lo que veo y tocar lo que toco, tanto y con tanta frecuencia me ha engañado mi razón.» (a)

No olvidemos es todo un Bossuet quien se queja así de su razón. ¿Y será la razón de cada hombre, la de aquel que nunca la ejercitó, la del pobre ocupado solo en atender á las necesidades del cuerpo, la razón del mortal mas ignorante ó mas estúpido, la que deberá sondear la naturaleza de Dios y la del hombre, buscar las relaciones que los unen, y descubrir las leyes de la vida intelectual?

Finalmente la filosofía la confía este cuidado. Quiere que ella en materia de Religion sea el arbitro supremo, el juez soberano de la fé. "No concedamos nada, dice, al derecho del nacimiento, ni á la autoridad de los padres y pastores, sino llamemos al examen de la conciencia y la razón todo lo que desde nuestra infancia nos enseñaron. Ellos nos clamaban: somete tu razón; esto mismo puede decirme el que me engaña; yo necesito razones para someter mi razón...No siendo ningun hombre de otra especie que yo, todo lo que un hombre conoce naturalmente puedo yo tambien conocerlo, y otro cualquiera

---

(a) Bossuet en el Sermon de Todos-Santos.

« puede engañarse como yo: cuando creo lo que él dice, no  
 » es porque él lo dice sino porque lo prueba. Luego el  
 » testimonio de los hombres en el fondo no es otra cosa  
 » que el de mi razón misma, y nada añade á los medios  
 » naturales que Dios me ha dado para conocer la verdad.  
 » ¿Qué tenéis pues que decirme, Apóstol de la verdad, de  
 » que yo no quede hecho juez? » (a)

Un Apóstol de la verdad esperaría probablemente para responder á que el ansia de paradojas que alimenta el orgullo se calmase algun tanto; y luego no tendria mas que hacer que escoger, entre los absurdos en que abunda este discurso, aquellos que fuese menos desonroso refutar. Por lo que hace á mí admito por ahora el principio filosófico, segun el cual cada hombre debe discernir la religion verdadera por la sola razón.

Esto supuesto ¿quién no pensará que la filosofía tiene una confianza ilimitada en la razón? ¿qué la cree capaz de discernir con certeza lo verdadero de lo falso, y de descubrir claramente todo aquello que importa al hombre conocer? Juzgue cualquiera.

„Nuestra razón, Bayle es quien habla, no es propósito mas que para embrollarlo todo, y hacer dudar de todo; apenas ha edificado una obra cuando ya nos presenta los medios para arruinarla. Es una verdadera Penelope que por la noche deshace la tela que trabajó durante el dia. Así el mejor uso que puede hacerse de la filosofía, es conocer que ella es un camino de estravios, y que debemos buscar otra guía que es la luz revelada. (a)“

Segun Voltaire, „todo cuanto nos rodea está bajo el

(a) *Emil. t. III. p. 9 y 10.*

(a) *Diccion. crit., art. Bunel, p. 740, col. 1.*

imperio de la duda.“ (a) D<sup>c</sup> Alembert le escribía sobre el sistema de la naturaleza. „Este es un libro terrible. Sin embargo yo os confieso que acerca de la existencia de Dios el autor me parece demasiado firme y demasiado dogmático, y á mi parecer en esta materia lo mas racional es el escepticismo. ¿Qué sabemos nosotros? esta es, á mi ver, la respuesta á casi todas las cuestiones metafísicas. (b)“

Este mismo filósofo miraba como insolubles las obgecione<sup>s</sup> de Barcly contra la existencia de la materia que tambien parecía dudosa á Helvecio y á Condorcet. Diderot todo lo niega, lo cree todo y de todo duda, segun y como se le antoja á su imaginacion ardiente y voluble.

Mas para no citar sino los deistas solos y entre estos solos los gefes ¿en qué símbolo comun, en qué moral comun, ha podido nunca convenir? Recordemos lo dicho sobre sus contradicciones é incertidumbres, cuando examinamos los fundamentos del segundo sistema de indiferencia. (c) Ellos no pueden estar seguros ni aun de los principales dógmas en que necesariamente se apoya toda religion. „La razon, dice Rousseau, puede dudar de la inmortalidad del alma. (d) Voltaire vá mas lejos, en su opinion „este sistema, no hay alma, el mas atrevido y asombroso de todos, en el fondo es el mas „simple. (e)

El autor del Emilio admitía dos principios coexistentes de toda eternidad, Dios y la materia. Nunca se separó de esta opinion (f) que directamente conduce el ateismo. Por

---

(a) Carta de Voltaire á D<sup>c</sup> Alembert. 12. de Octubre de 1770.

(b) Carta del 25 de Julio 1778.

(c) Véase el t. I. c. IV y V.

(d) Carta á Volt. del 13 de Agos. 1756.

(e) Lettre de Memmius.

(f) Véanse sus confesiones en el Emilio deja esta cuestion en duda.

lo demas no dejaba de encontrar mucha dificultad en establecer la existencia de Dios por sola la razon. No es por „co negocio, dice, llegar á conocer si hay Dios; y cuando hemos llegado á este punto, cuando nos preguntamos „á nosotros mismos; ¿cuál es? dónde está? nuestro talento „se confunde, se pierde, y no sabemos que pensar. (a).

Si nuestro talento se confunde, se pierde, cuando nos preguntamos *que cosa es Dios*, no podemos formarnos dél ninguna nocion cierta; ¿Cómo afirmaremos que es bueno, justo, poderoso, inteligente, *sino sabemos que pensar? El raciocinio no deja en nuestro espíritu mas que ideas confusas de la divinidad*, (b) vos sois quien lo decis; añadís que vuestro espíritu se pierde cuando trata de resolver esta cuestion ¿qué cosa es Dios? y que por tanto no podemos conocer ninguno de sus atributos. Estos atributos forman sin embargo parte de las *verdades eternas que vuestro espíritu concibe*, pues que segun vos, *solo por ellos concebimos la esencia divina* (c). ¿Qué concluiremos pues de vuestros principios? Quiero que respondais vos mismo: "Si las verdades „eternas que mi espíritu concibe pudiesen padecer algun „género de duda, ya no habría para mi *ninguna especie de „certidumbre*, y lejos de estar seguro de que me hablais de parte de Dios, ni aun estaría seguro de que existe (d). Se ve pues que la lógica arrastra, y, á pesar de vuestra resistencia, os impele hasta el ecepticismo absoluto.

Por lo demas no tenemos necesidad de largos raciocinios para refutar vuestro sistema; nos basta con vuestras conclusiones. ¿Qué pretendéis? Que *sugetermos al examen de la razon* todo cuanto se nos enseña desde la niñez. He aqui lo

(a) *Emil. t. II. p. 255.*

(b) *ibi. t. III. p. 16.*

(a) *Emil. t. III. p. 16.*

(b) *ibi. t. III. p. 24.*

que nos pedís, oid lo que contestamos. "Con mucha frecuencia la razon nos engaña; demasiado derecho hemos adquirido para recusarla." (a)

"Decirme, añadís, que someta mi razon, es ultrajar á su autor. (b) Para someterla quiero razones. (c) La fé se asegura y afirma por el entendimiento. (d) Vos mismo no pensáis así seguramente pues que afirmáis: Sin la conciencia yo nada advierto en mi que me haga superior á las bestias, sino el triste privilegio de perderme de errores en errores ayudado de un entendimiento sin regla, y una razon sin principio." (e)

¿No son estas, dos admirables guías para dirigirnos en las importantes indagaciones de que depende nuestra salud eterna? Porque al fin, "entre tantas religiones diversas que se proscriben y escluyen mutuamente, una sola es la buena, si es que una lo es. Para reconocerla no basta examinar una, es preciso hacerlo con todas; y cualquiera que sea la materia no se debe condenar sin oír; es necesario comparar las obgecciones con las pruebas; es indispensable saber lo que cada uno opone á los demas, y lo que se les responde. Cuanto mas demostrada nos parezca una opinion, tanto mas debemos inquirir en que se fundan tantos hombres para no encontrarla tal. Solo siendo muy tonto se puede creer basta oír á los doctores de su partido, para instruirse en las razones del partido contrario..... Brilla cada uno en su partido; pero este tal que en medio de los suyos esta tan pagado de sus pruebas, haria un papel muy tonto con estas mismas pruebas entre los de otro

(a) *Emil. t. II. p. 343*

(b) *ibid. t. III p. 18*

(c) *ibid. p. 9.*

(d) *ibid. p. 18.*

(e) *ibid. t. II p. 356.*

„ partido. Quereis instruiros por medio de los libros ; cuán-  
 „ ta erudicion es necesario adquirir, que de lenguas es pre-  
 „ ciso aprender , cuantas bibliotecas que registrar, que in-  
 „ mensa lectura es indispensable ! ¿ Quién me guiará en la  
 „ eleccion? Con mucha dificultad se encontrarán en un pais  
 „ los mejores libros del partido contrario, y con mayor los  
 „ de todos los partidos; aun quando se les hallase estarian  
 „ muy pronto refutados. El que está ausente siempre pier-  
 „ de, y algunas malas razones, presentadas con firmeza, bor-  
 „ ran facilmente las buenas espuestas con desprecio. Por otra  
 „ parte muchas veces los libros nos engañan y no trasla-  
 „ dan fielmente los sentimientos de los que los escribieron...  
 „ Para juzgar bien de una religion no se debe estudiar en  
 „ los libros de sus sectarios, es necesario aprenderla en-  
 „ tre ellos; hay mucha diferencia. Cada uno tiene sus tra-  
 „ diciones, sus sentidos, sus usos, sus preocupaciones, que  
 „ forman el espíritu de su creencia, y que es indispensable  
 „ unir á ella para juzgar bien.”

„ ; Cuantos pueblos grandes no imprimen libros, ni leen  
 „ los nuestros ! ¿ Cómo han de formar juicio de nuestras opi-  
 „ niones? ¿ cómo juzgaremos nosotros de las suyas? Nos bur-  
 „ lamos de ellos, y ellos de nosotros: no conocen nuestras  
 „ razones, ni nosotros las suyas, y si nuestros viageros lo<sup>s</sup>  
 „ ridiculizan, ellos harian otro tanto si viajasen entre no-  
 „ sotros. ¿ En que país no se hallarán hombres sensatos, hom-  
 „ bres de buena fé, hombres de bien, amigos de la verdad  
 „ que solo esperan conocerla para abrazarla? Sin embargo ca-  
 „ da uno la ve en su culto, y mira como absurdos los de  
 „ las demas naciones; luego ó estos cultos estraños no son  
 „ tan estravagantes como á nosotros nos parece, ó la ra-  
 „ zon que hallamos en los nuestros nada prueba... De donde  
 „ se sigue que si no hay mas que una religion verdade-  
 „ ra, y si todo hombre esta obligado á seguirla sopena

„ de condenacion es necesario emplear la vida en estudiar-  
 „ las todas, profundizarlas, compararlas, y recorrer los países  
 „ en que están establecidas. Ninguno está exento de la pri-  
 „ mera obligacion del hombre, ninguno tiene derecho para  
 „ fiarse en el juicio de otro. El artesano que no vive mas  
 „ que de su trabajo, el labrador que no sabe leer, la don-  
 „ cella delicada y timida, el enfermo que apenas puede sa-  
 „ lir del lecho, todos sin escepcion, deben estudiar, me-  
 „ ditar, disputar, viajar, recorrer el mundo; no habrá ya  
 „ pueblo fijo ni estable, la tierra toda estará cubierta de  
 „ peregrinos que irán y vendrán á toda costa y con gran-  
 „ des fatigas, á verificar, comparar, examinar por sí mismos  
 „ los diversos cultos que en cada país se siguen. Entonces  
 „ adios oficios, adios artes, adios ciencias humanas y toda  
 „ ocupacion civil, no podrá ya haber otro estudio que el de  
 „ la religion; y con mucho trabajo aquel que haya gozado  
 „ de la salud mas robusta, empleado mejor su tiempo, usad<sup>o</sup>  
 „ mejor de su razon, vivido mas años, sabrá en su vegez á  
 „ que se ha de atener, y no será poco, si logra conocer an-  
 „ tes de morir el culto en que debió vivir.” (a)

Si cada uno está obligado á buscar la religion verda-  
 dera por su sola razon, esto es indudablemente lo que suce-  
 derá, y Rousseau no podia hacer mas palpables los incon-  
 venientes, mas claro, la estravagancia del sistema que de-  
 fiende. Figuraos un apóstol de este sistema, penetrado de  
 su importancia, y lleno de zelo por su propagacion. Héle  
 aqui que, corriendo de ciudad en ciudad, de choza en cho-  
 za; dirige á cuantos encuentra, sean ricos, pobres, sábios  
 ó ignorantes este discurso patético.

„ Hasta ahora habeis creido en ciertos dógmas, en cier-  
 „ tos preceptos que, á lo que entiendo pueden ser verda-

«veros ó falsos, buenos ó malos; pero que en ningun caso  
 » debisteis admitir, por la autoridad de vuestros padres y  
 » de vuestros pastores. Daos prisa por tanto á llamar al  
 » examen de la razon, todo cuanto os han enseñado des-  
 » de la niñez. Suponed por un momento que nada creéis,  
 » que nada sabeis, y para saber, raciocinad y concebid an-  
 » tes de creer. La fé se asegura y afirma por el enten-  
 » dimiento. Por consiguiente subiendo á los primeros prin-  
 » cipios de las cosas, examinareis antes que nada si hay  
 » alguna cosa, (a) si sois ó existis, y lo que sois, y si  
 » fuera de vosotros hay algunos otros seres. De aquí pasa-  
 » reis á la gran cuestion de la existencia de Dios; os pre-  
 » guntareis á vos mismo ¿cual es? ¿dónde está? Y vues-  
 » tro espíritu se confundirá, se perderá y no sabreis ya que  
 » pensar. En seguida volviendo á vosotros mismos será con-  
 » veniente examinar si teneis un alma; porque si por ca-  
 » sualidad no la teneis, esto abreviaria mucho vuestras in-  
 » dagaciones acerca de la religion, la que al cabo no in-  
 » teresa mas que el estado futuro de esta alma problemática.  
 » Pero el sistema mas sencillo es que no hay tal alma, y  
 » aun cuando la hubiese, la razon puede dudar de su in-  
 » mortalidad. Con todo, como, por lo que hace á mí, yo  
 » admito la existencia de Dios y la del alma, inmortal ó  
 » no, presumo que la admitireis tambien. ¿Pero que con-  
 » secuencias se deben deducir? ¿Qué mas hay que creer?  
 » ¿Dios ha impuesto obligaciones al hombre? ¿Cuales son?  
 » Esto es sobre lo que es necesario raciocineis de nuevo.  
 » Habeis nacido cristianos, yo tambien; pero este es un  
 » nuevo motivo para que desconfiemos de todo lo que se

---

(a) "¿Existe alguna cosa? Terrible cuestion, dice d'  
 » *Alembert*, y acerca de la cual los filósofos no han lle-  
 » gado todavía á asombrarse lo bastante. *Melang. de Phi-*  
 » *losoph.*"

„ nos enseñó en nuestra niñez. Así, insisto y es digo otra  
 „ vez, raciocinad y examinad. Os confieso que la magestad  
 „ de las escrituras me asombra, la santidad del Evangelio  
 „ habla á mi corazon. Con todo, este mismo Evangelio està  
 „ lleno de cosas increíbles, de cosas que repugnan á la ra-  
 „ zon y que es imposible á todo hombre sensato concebir  
 „ ni admitir. (a) Sobre todo, vosotros juzgareis: porque  
 „ ¿qué se os puede decir de que vosotros al fin no hayais  
 „ de ser los jueces? Pero no olvideis este punto esencial.  
 „ Entre tantas religiones diversas que se proscriben y exclu-  
 „ yen mútuamente, una sola es la buena si es que una  
 „ lo es. Para reconocerla no basta examinar una, es pre-  
 „ ciso examinarlas todas; es indispensable comparar las ob-  
 „ gaciones con las pruebas; saber lo que cada uno opone á  
 „ los otros, y lo que se les responde. (b) Dando pues de  
 „ mano á cualquiera otra ocupacion, porque nadie está esen-  
 „ to de la primera obligacion del hombre, nadie tiene de-  
 „ recho para fiar en el juicio de otro; formad bibliotecas,  
 „ sentaos despacio y leed. Decis que no sabeis leer, pues  
 „ aprended, no hay otro remedio. Y despues, cuando ha-  
 „ yais leído algunos millares de libros en la lengua en que  
 „ originariamente se escribieron; porque quien os podrá ase-  
 „ gurar que estos libros están traducidos fielmente, ni aun  
 „ que es posible lo estén? (c) despues de esto, digo, cor-  
 „ red de pueblo en pueblo, de reino en reino, averiguando  
 „ en cada lugar las tradiciones, el sentido, los usos, las  
 „ preocupaciones que forman el espíritu de la creencia, que

---

(a) Emil. t. III. p. 40 y 43.

(b) P. 25.

(c) Emil. t. III. p. 29.

„es indispensable unir á esta para juzgarla. (a) Y cuidado con no pasar por alto el aduar mas obscuro, ni el rincón mas pequeño de la tierra habitada; *no se debe con-  
 „dejar sin oír*, y allí puede ser que esté la verdad. De muy buena gana, si esto fuese posible, acortaria yo y aligeraria vuestros viages. *Pero bien canoceis que es necesario de toda necesidad que corrais la Europa, el Asia, la Palestina, para examinarlo todo por vuestros mismos ojos y, solo siendo rematadamente locos dariais oído á nadie antes de esto.* (b) Si esto os parece largo y molesto, no se que se pueda hacer. Tambien os advierto, que al menos la mayor parte de vosotros perderán ciertamente los pasos que den, los costos del viage y sus raciocinios. *Con mucho trabajo y dificultad aquel que haya gozado de una salud robustísima, que haya empleado mejor el tiempo y usado mejor de su razon, que haya vivido mas años, llegará á saber en la vegez á que se ha de atener, y no será poco si llega á conocer antes de morir en qué culto debia haber vivido.* Confieso que esto es un poco molesto, y que despues de haber examinado, y corrido el mundo por espacio de cincuenta ó sesenta años quisiera uno en sus últimos dias, descansar en una creencia fija y cierta. Sin embargo no os desanimeis por esto, permaneced firmes en los verdaderos principios; leed, raciocinad, viajad. *Si intentais suavizar este método, y dar la menor cabida à la autoridad de los hombres, al punto se lo abandonais todo.* (c)

¿Quién creyera fuese posible burlarse hasta este punto de los primeros intereses de un ser inmortal? que se pudiese bajar, y con orgullo, á esta profundidad de insen-

(a) *Emil. t. III. p. 27.*

(b) *Ibid. p. 36.* (c) *Emil. t. III. p. 52.*

satez? Pero era necesario que la razón, en el momento en que se declaraba soberana se mostrase tan imbecil que causase lástima á un niño nacido apenas á la inteligencia.

La Religión es una ley, y la primera de todas las leyes. El error de los deístas consiste en no ver en ella mas que una opinion; y este error que se estiende como una espesa sombra sobre el entendimiento humano, no es mas que un desarrollo del principio fundamental de la reforma. Asi como entre los antiguos, cuando la razón abandonó la tradición universal ó se dejó de obedecer á la autoridad del género humano, se vió aparecer multitud innumerable de sectas que negaron sucesivamente todos los dógmas y todas las obligaciones, del mismo modo, algo mas tarde, cuando ciertos hombres abandonaron la tradición del cristianismo, ó dejaron de obedecer la autoridad de la iglesia católica, nacieron innumerables sectas unas de otras, y negaron sucesivamente todos los dógmas y todas las obligaciones.

Quebrada la regla de fé, fue necesario buscar otra; fue preciso indagar y saber como los hombres en medio de tantas doctrinas diversas reconocerian la verdadera, como llegarían á asegurarse de que eran cristianos. Algunos como hemos hecho ver imaginaron la regla del sentimiento, que abandonaron muy pronto por su extravagancia y peligros. No quedó ya mas que la razón, y cada hombre se vió obligado á remitir á la suya el juicio de todas las cuestiones controvertidas y confiarla su suerte eterna. Decir que tenían por regla la Escritura era olvidar que esta como todo lo demas estaba sometida á su juicio; que debía examinar por si mismo la autenticidad, la inspiracion y que finalmente el venia á ser el único intérprete. (a) Esto es lo que

---

(a) Asi aquellos protestantes que conocieron mejor las

Bossuet con toda la fuerza de su lógica aterradora, no cesaba de hacer palpable á los protestantes: «Cada uno, decía, se ha formado en sí mismo un tribunal, y en él se ha declarado arbitrio de su vocerancia: y aun cuando los innovadores hayan querido al parecer contener los espíritus, ciñéndolos en los límites de la Santa Escritura, como esto no ha sido sino con la condicion de que cada fiel será su intérprete, [...] no hai particular que no se crea autorizado por esta doctrina para adorar sus invenciones, consagrar sus errores, y llamar Dios todo lo que piensa.» (a)

La reforma lo conocia bien. Asi mientras que retubo algunas verdades, bregó contra su propio espíritu, no quiso confesar tenia por su guia la razon que, dominándola apesar de su resistencia, la arrastraba para sepultarla viva en el abismo de la irreligion. Se habia establecido al hombre por juez de la fe, y la fé desaparecia. Se le habia dicho: examina; y ninguna doctrina resistia á este examen. Se caminaba velozmente por una senda cubierta de destrozos, para llegar á la última ruina, á la del mismo Dios. Se horrorizó entonces la reforma de las consecuencias de sus máximas, y se vió á sus gefes enseñar que la discusion no es necesaria ni á aquellos que están ya en la iglesia, ni á los que quieren entrar en ella, y que ellos no pueden aconsejarla ni á los unos ni á los otros. (b) Jurieu añade tambien en términos ormales que un hombre simple

---

consecuencias de su doctrina se vieron obligados á sostener, que los libros de la Escritura no son el objeto de su fé, y que un hombre puede salvarse sin creer que estos libros son la palabra de Dios., Chillingworth, Relig. of Protest. c. 1. 2. Hemos citado en otras partes estas palabras del mismo escritor: «La Biblia, la biblia sola es nuestra Religion., Asi, según él, la Biblia es toda la Religion, y es posible salvarse, sin creer en la Biblia.

(a) Oración fúnebre de la reina de Inglaterra.

(b) Le vrai Sist. de l' Eglise, lib. II. c. 22, p. 401. 403. y sig.

no es capaz de esto; (a) y todavía mas espresamente: *este camino para hallar la verdad no es el del examen; porque yo supongo con Mr. Nicole que es absurdo, imposible, ridiculo, y que escede enteramente el alcance de los simples.* (b)

Se lee muchas veces la misma confesion en un gran número de teólogos protestantes. No citaremos mas que al Dr. Balguy archidiacono de Winchester, y uno de los escritores mas distinguidos que la iglesia anglicana ha producido en estos últimos tiempos "Las opiniones del pueblo, dice, están y deben estar fundadas en la autoridad mas que en la razon. Los padres, los maestros, los superiores determinan en gran parte lo que él debe creer, y lo que debe obrar. Las mismas doctrinas enseñadas uniformemente, los mismos ritos constantemente observados, hacen tal impresion en su espíritu, que tampoco se tiene en recibir los artículos de su fé como en admitir las máximas mejor establecidas de la vida comun. — ¿Queriais que pensase por si mismo? ¿què se dedicase á examinar y decidir las controversias de los sábios? ¿qué penetrase las profundidades de la crítica, de la lógica, de la teología escolásticas? Esto equivaldría á cargarle calculase un eclipse, ó decidiese entre la filosofía de Decares y la de Newton. Pasaré mas adelante y diré sin reparo que son mas los hombres capaces de entender hasta cierto punto la filosofía de Newton, que los que pueden formar un juicio cualquiera sobre las cuestiones intrincadas de la metafísica y teología. (c)" Pero veamos cuales son algunas de estas *cuestiones intrincadas sobre las cuales la mayor parte de los hombres no pue-*

(a) *Le vrai sistem. &c. lib. III. c. 5. p. 472.*

(b) *ibid. L. II c. 13. p. 337.*

(c) *Discourses on various subjects, by T. Balguy, D. D.*

den formar juicio alguno "¿El Christo (a) bajó del cielo ó no? ¿Murió, ó no murió por los pecados del mundo? ¿Envió, ó no, su Espíritu Santo para asistirnos y consolarnos?" (b) Quién no ve aquí las principales bases del cristianismo, aquellos dógmas sin los cuales es imposible concebirlo? Y hé aquí justamente lo que el pueblo es incapaz de juzgar, ni aun con el auxilio de la Escritura; por que oigamos lo que añade el Dr. Balguy: "Abrid vuestras Biblias: escoged la primera página que se os presente, sea del antiguo sea del nuevo testamento, y responded con franqueza; ¿no encontráis nada que sea superior á vuestra inteligencia? Si todo es para vosotros claro y fácil, podeis dar gracias á Dios por haberos dado el privilegio que ha negado á millares de sinceros creyentes. (c)

Para combatir á los *disidentes*, es necesario que renuncie al principio fundamental del protestantismo: "Ya ha-ce mucho tiempo, dice, que ellos sostienen que la Es-critura es la regla para discernir lo que prescribe la re-ligion, y que la autoridad humana debe ser escludida en-teramente. No se hubieran visto poco embarazados, á mi pa-recer, sus ante-pasados con tal máxima, si no hubiesen

---

(a) No se si M. de la Mennais al traducir del ingles esta palabra Christ la ha añadido en su idioma el artículo Y. El cristiano y sábio viz-conde de Bonald, hablando de los Puritanos que querian á fuego y sangre establecer lo que ellos llamaban el reyno de Cristo, hace esta curiosa observacion que me parece confirma las ideas de Mennais, en quanto á la indiferencia religiosa que hoy domina en la pretendida reforma. "Los católicos dicen le Christ, los reformados Christ, sin artículo. Esta diferencia no es puramente gramatical es dogmática: porque el artículo enuncia la realidad. *Pensées diverses. t. I. pág. 190. Edit. de París de 1817.*

(b) *ibi.*

(c) *ibi. p. 313.*

„tenido un talento singular para ver en la Escritura lo  
 „que se les antojaba ver. Casi todas las sectas encontraban  
 „en ella su forma particular de gobierno eclesiástico; y se  
 „figuraban egecutar las órdenes del cielo cuando no hacian  
 „otra cosa que realizar sus imaginaciones. (a)

Asi luego que se adopta la via del examen, algunos  
 espíritus inquietos se forjan una religion á medida de sus  
 caprichos; y el pueblo sigue á la ventura al primero que  
 lo llama.

No obstante, lejos de salir de esta senda absurda, im-  
 posible, ridícula, la reforma no cesa de repetir á sus dis-  
 „cipulos: ”sondead las Escrituras, examinad, reflexionad  
 „juzgad vosotros mismos de lo que digo; (b) no os dejéis  
 „dominar por ninguna autoridad, ni por los Padres, ni  
 „por los Concilios, ni por vuestros abuelos, ni por los re-  
 „formadores mismos, imperfectos como vosotros, falibles co-  
 „mo vosotros; ni tampoco por sus confesiones de fé y sím-  
 „bolos, (c) ¿cuándo se trata de sí, de sus reflexiones, de  
 „su juicio, de su propia responsabilidad, que significa es-  
 „te respeto irreflexivo á la antigüedad? (d)“ Así habla  
 la reforma. Pero considerense las consecuencias: apenas ha  
 conferido á la razon individual el juicio de todas las verdades y  
 obligaciones, cuando la religion, perdiendo su caracter de  
 ley, no es ya á sus ojos otra cosa que una ciencia suscep-  
 tible siempre de nuevas perfecciones, y sujeta á todas las  
 reformas que obran el buen sentido y el talento. (e) De aquí  
 es, que se ve forzada á reconocer que la Religion, con-  
 cebida así, está fuera del alcance de la mayor parte de

---

(a) *ibi* p. 126.

(b) *Causas que retardan entre los reformados los pro-  
 gresos de la teología. Por Mr. Cheneviere, pastor y pro-  
 fesor de Teología en la academia de Ginebra. 1819.*

(c) *Ibi* p. 24 y siguientes.

(d) *ibi* p. 32. (e) *ibi* p. 29 y 41.

los hombres, (a) y á condenar á Jesu-Cristo cuyas lecciones se dirigían á todo el pueblo sin distincion, declarándose contra los teólogos que *buscan y se atraen partidarios en las clases menos instruidas y entre los que son incapaces de juzgar*; y quieren obligar á tomar partido acerca de doctrinas profundísimas, al simple artesano y al hombre iliterato, los cuales no hacen mas que repetir palabras que no pueden comprender. (b)

¿Qué hay que añadir á estos testimonios, ni que podríamos decir que hiciese mas fuerza para demostrar la impotencia en que se halla la razon humana para conducir los hombres á el conocimiento de la verdadera religion y de la verdadera iglesia? Y nadie se sorprenda de oír á la reforma hablar así. Los novadores, separándose de la iglesia católica, debían necesariamente negar toda autoridad espiritual, y por una consecuencia inmediata fundar su fé en el examen, ó someter la ley divina al juicio de cada individuo. Al punto multiplicándose al infinito las opiniones, y no pudiendo convenirse los mas doctos en

---

(a) *Un obispo anglicano, el Dr. Watson, dirigiéndose á su clero, confiesa ingenuamente que le es difícil decir cual es la verdadera doctrina cristiana; nada sabe, y en este punto cree que otro tanto le sucede á la Iglesia, y lo que aparenta temer es, que los pastores á quienes debe dirigir se figuren saber mas. Sus palabras merecen citarse: „Yo creo lo mas seguro deciros donde se contiene la doctrina cristiana que no lo que ella es. Se contiene en la Biblia; y si leyendo este libro, vuestros sentimientos son diferentes en cuanto á las doctrinas del cristianismo de los de vuestro vecino, ó de los de la iglesia, estad persuadiendo por vuestra parte que la infalibilidad os pertenece tan poco como á la Iglesia. Bishop Watson's charge to his clergy in 1795.*

(b) *Causa que retardan entre los reformados &c. Por Mr. Cheneviere, pasteur &c. p. 50 51.*

un símbolo, se vió con evidencia que en medio de tantas disputas y tinieblas, siendo incapaz el pueblo de examinar lo era también de juzgar, ó, en otros términos, que la religión no estaba al alcance del pueblo: terrible pero inevitable consecuencia del sistema de los deístas y protestantes.

Resulta de lo dicho que la razón individual abandonada á sí misma, va necesariamente á sepultarse en el ecepticismo absoluto; que los mayores talentos de todos los siglos unánimemente han conocido su impotencia, y la imposibilidad de alcanzar por medio de ella alguna certidumbre acerca de los objetos que mas nos interesan; que aquellos mismos que someten la religión á su juicio, confiesan que no sirve mas que para crear dudas, como lo demuestra también la esperiencia universal, y confiesan además que el pueblo es incapaz de juzgar: de lo que se sigue que el camino del raciocinio, examen ó discusión, *absurdo, imposible y ridículo* segun Jurieu y segun Rousseau que en otros términos hace la misma confesion, no es el medio general dado á los hombres para discernir con certeza la verdadera religion.

No tenemos decirlo, nada hay que responder á las pruebas sobre que hemos establecido esta verdad. Pero aun cuando todas sufriesen contestacion, todavía no dejaría la cuestion de estar perentoriamente decidida por el testimonio del género humano. ¿Qué pueblo hubo jamás que pensase que la religion estaba sometida al juicio de cada hombre? qué se podía dudar legítimamente de sus dógmas y preceptos? Cítese una religion que no se apoye en la opinion de sus sectarios, sobre una revelacion divina, y por consiguiente sobre una autoridad á la cual debe semeterse la razón humana; una religion en la que no se diga *yo creo* antes

de haber concebido y examinado; una religion que se propague y conserve por otros medios que una enseñanza positiva, (a) la cual determina las creencias del pueblo. Esta enseñanza se halla en las sectas mas independientes, y sin ella no habrían podido formarse, se conserva en tanto que duran, y cuando el principio contrario llega á prevalecer, se acaba toda religion como hoy dia lo vemos entre los protestantes.

Acusareis de error todos los siglos y todas las naciones? Direis al género humano; perpetuamente has estado engañado desde su origen? En tal caso no busqueis ya mas la verdadera religion, declarad que no existe ó que es imposible reconocerla; declarad que la razon á quien apelais no es mas que una palabra vana, que no se puede creer ni en la de los pueblos todos, ni mucho menos en la suya propia; negad á Dios, negad al hombre y las relaciones que los unen; ó mejor será que os calléis, porque el que desecha la razon, ni aun derecho le queda para negarla; solo le pertenece la duda. La duda pues es vuestra propiedad única; gozad de ella, espesad sus tinieblas al rededor de vuestra inteligencia rechazada lejos de cuanto es ó existe, y desterrada á sí misma, preguntándose sobre su propia vida inútilmente, duérmase ya cansada entre Dios que ha perdido y la nada que no podrá encontrar por mas que quiera.

---

(a) *El culto de los Dioses, dice Seneca, está arreglado por leyes: Quomodo sint dii colendi, solet præcipi. ep 95*

## CAPÍTULO VIII.

*La autoridad es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera religion, de modo que la religion verdadera es incontestablemente aquella que se apoya en la mayor autoridad visible.*

La proposicion enunciada en el título de este capítulo está ya probada: porque si hay una religion verdadera, si ella es necesaria á los hombres; si no se la puede conocer sino por uno de estos tres medios, el sentimiento, el racionio y la autoridad; si el sentimiento y el racionio lejos de conducirnos á ella nos alejan: es evidente, sin mas examen, que la autoridad es el medio general que buscamos. No dejaremos sin embargo de fortificar esta conclusion con pruebas directas y nuevas consideraciones.

Tratando de descubrir el fundamento de la certeza hemos reconocido dos verdades importantes: la primera que todos los sistemas de filosofia vienen á parar en una duda absoluta; la segunda, que la duda absoluta es imposible al hombre: por manera que su razon, cuando no consulta mas que á ella sola, le pone en un estado contra naturaleza, pues que le obliga á dudar, y la naturaleza le fuerza á creer.

Ahora bien, creer no es otra cosa que deferir á un testimonio, ú obedecer á una autoridad; y todo espíritu en efecto comienza por obedecer. Recibimos el habla por la autoridad de aquellos que nos hablan, y con ella nuestras primeras ideas ó las verdades necesarias á nuestra conservacion. No hay pueblo alguno en que no se reconozcan estas verdades: al punto que Dios sacó al hombre de la nada se las reveló manifestandosele por su poderosa palabra:

y la vida intelectual, cuya ley es la obediencia, no es mas que una participacion de la razon suprema, un pleno consentimiento en el testimonio que el Ser infinito ha dado de sí mismo á su criatura. Todas las inteligencias creadas se animan con los rayos de la inteligencia eterna. La razon divina comunicandose por medio de la palabra, es la causa de su existencia, y la fé es el modo esencial. (a)

Siguiese de aquí que el principio de certidumbre y el principio de vida son una misma cosa; lo que no debe sorprendernos, puesque evidentemente la certeza debe pertenecer á la razon infinita que encierra toda verdad y puesque la verdad no es mas que el ser. Luego el que recibe el ser ó la vida recibe la verdad; la recibe por medio de la palabra ó del testimonio, luego el testimonio ó la palabra son el principio de nuestra razon, de nuestro ser intelectual; (b) por la palabra somos y por el testimonio estamos ciertos de ser ó de poseer la verdad; cuanto mas general sea la autoridad ó razon que dá testimonio, mayor será la certeza, y siendo el testimonio en que se apoyan las verdades primordiales que constituyen nuestra razon y vida, necesariamente, el testimonio del autor mismo de esta vida, es decir, de la mas elevada autoridad ó de la razon infinita, tiene una certeza absoluta. (c)

Se vé ademas que las primeras ideas, cuya espresion en

(a) *La fé dice S. Agustin es la salud del alma. fides canitas mentis.*

(b) *La declaracion de vuestra palabra ilustra: da entendimiento á los pequeñuelos: Declaratio sermonum tuorum illuminat et intellectum dat parvulis. Ps, 118.*

(c) *Los pensamientos antiguos son verdaderos; asi es: Cogitationes antiquas fideles, amen. Joan. XXV, 1. Vuestra palabra es verdad: Sermo tuus veritas est. Joan. XVII, 17.*

lo esencial es el lenguaje, no podrian perderse, sin que el mismo lenguaje se perdiese tambien, y sin que la inteligencia se destruyese. Privado el hombre de estas ideas caeria en una impotencia absoluta de obrar, ó de pensar, pues que no tendria ya en si instrumento para obrar, ni cosa alguna sobre que pudiese obrar. Asi cuando circunstancias particulares separan á algunos hombres de los demas, y las verdades primitivas se obscurecen, ó, como habla admirablemente la Escritura *se disminuyen* (a) en su razon; desprovistos en parte de estos elementos de todo pensamiento tienen una lengua sumamente pobre, y un número muy reducido de ideas secundarias. Todos los salvages estan en este caso.

15. Combinar las nociones que recibió en su origen, deducir consecuencias, hé aqui á lo que se reducen las operaciones de nuestro entendimiento. Y como la razon humana está hecha para la verdad, pues que no vive sino por ella, la razon general no puede errar ó destruirse á si misma; de otro modo se daria en Dios contradiccion de voluntades ó defecto de poder.

16. No sucede lo mismo á la razon individual. Aislandose pierde el apoyo de la tradicion. Quedandose incapaz desde este punto de remontarse á su principio no vé en ella mas que un efecto sin causa. La duda la devora por todas partes. No halla en ella certeza alguna, porque nada encuentra necesario. Pudiendo del mismo modo ser ó no ser, su existencia viene á ser para ella un problema eternamente insoluble; (b) porque el testimonio es el unico medio por el cual podria resolverse, y ella no puede darse testimonio á si misma. Y esto nos facilita la comprension de estas pro-

(a) *Diminutæ sunt veritates á filiis hominum. Ps. 111.*

(b) *Vease el cap I.º*

fundas palabras del Verbo eterno revestido de nuestra naturaleza. *Si yo me doy testimonio á mí mismo, mi testimonio no es verdadero. Hay otro que dá testimonio de mí,* (a) Por tanto la razon, por el solo hecho de separarse de la sociedad muere; viola la ley del testimonio ó de la autoridad que, para los seres inteligentes, es la ley de la vida.

No hay ley mas general; no admite escepcion alguna, y abraza la duracion toda de nuestra existencia. Si el hombre ciego y corrompido no pretendiese sustraerse á ella, se cumplirian sus magnificos destinos sin esfuerzo. Por lo que toca á la vida presente, se resigna facilmente en obedecer á la autoridad, porque lo primero de todo que quiere es vivir, y vé que la muerte viene tras de la desobediencia. Mas lo que interesa á la vida eterna, á la vida del alma no le mueve, ni le llama tanto la atencion. Como no sabe lo que es esta vida, como no tiene el sentimiento de ella, tampoco experimenta el mismo horror de su privacion ó de la muerte eterna. Inclinado naturalmente á no reconocer dueño ó señor alguno, busca en sí mismo la ley del órden, cuya nocion ha recibido de la sociedad. Se la pide al pronto á su razon, y su razon le responde: ¿que sé yo? Se dirige en seguida al sentimiento, y este no le responde porque no tiene lenguaje; y si se toma por respuesta el apetito que arrastra hácia ciertos obgetos, ó la aversion que inspiran, la verdad y el órden vienen á ser tan inciertos, tan variables como nuestros amores y odios. Asi el hombre que no puede mas que pensar y sentir, se dirige ya á la razon por menosprecio del sentimiento, ya al sentimiento por desprecio de la razon. Sigue ansiosamen-

---

(a) Si ego testimonium perhibeo de me ipso, testimonium meum non est verum. Alius est qui testimonium perhibet de me. *Joan, v 31. y 32.*

te y atormentado por un deseo violento la verdad que le huye, y cuando se cree muy cercano á abrazarla, sus ojos se oscurecen, vacila, y no encuentra mas descanso ni apoyo que la duda en una noche profunda.

El orgullo, principio eterno de desobediencia, el orgullo, siempre en revolucion contra el poder, es la primera causa de este gran desorden, por el cual el hombre fijándose en sí mismo, queda como suspenso entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. Se persuade que es exigirle el sacrificio de su razon, obligarle á obedecer la autoridad; cuando por el contrario, no siendo la autoridad otra cosa que *la razon general manifestada por el testimonio*, es soberanamente razonable deferir y acomodarse á él, pues que, aun dejando á parte las consideraciones que demuestran la infalibilidad, ella tiene al menos en su favor las presunciones mas fuertes. Si someterse á sus decisiones fuese renunciar á la razon, el hombre no haria un solo acto que no fuese irracional; porque todas sus acciones como ser físico y como miembro de la sociedad, suponen una fé total en el testimonio y una obediencia perfecta á la autoridad; y, sin buscar otro ejemplo, observemos que el hombre no debe el uso de la palabra á su razon; sino que le ha recibido y le emplea tal cual se le ha dado, y hablar es obedecer.

Asi por todas partes nos sale la autoridad al encuentro; anima y conserva el universo que ha creado. Sin ella no hay existencia, no hay verdad, no hay orden. Como principio y regla que es de nuestros pensamientos, de nuestros afectos y deberes reina sobre toda nuestra alma, que vive únicamente por la fé, y que muere al punto que deja de obedecer. Y esto no debe sorprendernos, pues que el imperio de la autoridad no es mas que el imperio de la razon manifestado por la palabra. El que no la ha

oído nada sabe, ni nada conoce. La inteligencia no tiene otro fundamento, la certeza no tiene ni puede tener otra base que este gran testimonio originariamente dado por Dios mismo, razon universal, inmutable é infinita.

No se puede por tanto hallar en otra parte la certeza de la Religion. Mas la Religion no es solamente un conjunto de conocimientos; es tambien y principalmente una ley, pues que comprende toda verdad y todo órden, ó todo aquello que debe arreglar la razon, el corazon y las acciones del hombre, en una palabra, todo lo que debe creer y practicar. Mas no hay ley sino hay autoridad; estas dos ideas son correlativas. Luego la Religion se apoya necesariamente en la autoridad, y la verdadera Religion en la mayor autoridad; porque à no ser así los hombres no podrian reconocerla, ó saber á quien les mandaba Dios obedecer.

Todos, como ya hemos hecho ver, (a) deben llegar al conocimiento de la verdadera Religion. Luego debe haber un medio general que esté al alcance de todos para discernirla. Mas la Religion es verdad, y el único medio que tenemos para discernir con certeza la verdad de el error es la autoridad; luego la autoridad es el único medio, el medio general de discernir la Religion verdadera; de modo que aquella es cierta ó necesariamente la verdadera que se apoya en la mayor autoridad.

La Religion es el conjunto de las leyes que resultan de la naturaleza de los seres inteligentes. Percería el género humano, si fuera necesario que cada uno descubriese ó comprendiese claramente las leyes naturales, las que sin embargo no puede quebrantar sin morir: luego debemos

---

(a) Véase el cap. V.

estar instruidos en ellas por el testimonio (\*); luego la autoridad es el único medio, el medio general de conocer las leyes de la inteligencia ó de discernir la verdadera religion; de modo que aquella es cierta ó necesariamente la verdadera que se apoya sobre la mayor autoridad.

La Religion finalmente es la expresión de la voluntad de Dios, pues que quiere que el hombre viva, y este no puede vivir con la vida del alma sino conformándose á las leyes de la Religion: luego hay obligacion de someterse á ella; es asi que toda obligacion supone una autoridad que manda: luego la autoridad es el único medio, el medio general para asegurarnos de nuestras obligaciones como seres inteligentes, ó para discernir la verdadera religion; de modo que aquella es cierta ó necesariamente la verdadera que se apoya en la mayor autoridad.

Y observese como se encadena todo en el órden establecido por el Criador.

La inteligencia no se desenvuelve sino por la palabra ó el testimonio; el testimonio no existe sino en la sociedad.

---

(\*) *Unicamente por este medio es como los hombres se instruyen en las leyes de su conservacion fisica. Creen en el testimonio, y viven: ¿qué sucederia sino le admitiesen? Luego la vida del alma se conserva del mismo modo que la vida del cuerpo, obedeciendo á la autoridad. ¿Se dirá que estamos de acuerdo en cuanto á las leyes fisicas; pero no en cuanto á las de la inteligencia? Yo responderé que tanto en las unas como en las otras hay opiniones particulares y errores. ¿Todos los hombres, en todos los paises, están de acuerdo sobre los buenos ó malos efectos de tal ó cual sustancia, sobre las reglas de hygiene y mil otras cosas semejantes? ¿No se engañan nunca sobre lo que es mas á propósito para mantener la salud y conservar la vida? Seguramente no hay cosa mas comun. ¿Qué hay pues cierto en este género? ¿lo que atestigua la autoridad geeneral? Otro tanto sucede con respecto á la inteligencia.*

Luego el hombre no puede vivir sino en la sociedad; luego hubo necesariamente sociedad entre Dios y el primer hombre; luego Dios le ha hablado, ó le ha dado testimonio de su ser.

La necesidad del testimonio envuelve la necesidad de la fé, sin la cual el testimonio quedaria sin efecto.

Luego la fé está en la naturaleza del hombre, y es la primera condicion de la vida.

La certeza de la fé depende de su conformidad con la razon, ó de la grandeza de la autoridad que dá testimonio:

Luego el testimonio de Dios es infinitamente cierto, pues que no es otra cosa que la manifestacion de la razon infinita, ó de la mayor autoridad.

No es posible haya ó se dé testimonio sino en la sociedad:

Luego no hay autoridad ni certeza sino en la sociedad. Ninguna sociedad humana puede existir sino en virtud de la sociedad establecida originariamente entre Dios y el hombre, ó por las verdades y leyes que su palabra ha manifestado primitivamente:

Luego estas verdades no pueden perderse en ninguna sociedad, sin que esta se destruya; luego se deben hallar siempre en todas las sociedades.

Estas verdades necesarias á la sociedad no se conservan sino por el testimonio, el cual no tiene fuerza ni efecto sino por la autoridad:

Luego, asi como no hay autoridad sino en la sociedad, la sociedad no existe sino por la autoridad, luego donde quiera que no hay autoridad no hay sociedad.

El hombre tiene relaciones respectivas al tiempo con sus semejantes; y eternas con Dios y las demas inteligencias:

Luego hay dos sociedades, la sociedad política ó ci-

vil relativa al tiempo, y la sociedad espiritual relativa á la eternidad; luego hay dos autoridades, y estas dos autoridades son infalibles cada una en su órden.

La sociedad política atestigua las verdades contingentes ó los hechos en que se apoya, como son sus instituciones, sus leyes &c.; y su testimonio, que es la expresion de la razon general, es cierto.

La sociedad espiritual atestigua las verdades inmutables en que se apoya, sus dogmas, sus preceptos &c.; y su testimonio expresion de la razon general, es cierto.

Abrazando esta sociedad general, á todos los hombres y todos los tiempos, las verdades que la constituyen, ó las verdades necesarias al hombre para conservarse como ser moral é inteligente, deben estar atestiguadas por el género humano, ó apoyarse en la mayor autoridad visible.

Mas debiendo el hombre como todos los seres llegar á su perfeccion, y no pudiendo perfeccionarse sino con el auxilio de la verdad, está en el órden, es decir, es natural ó necesario que las verdades primitivas se desenvuelvan; y no podrian desenvolverse sin que la sociedad espiritual por sí misma se desenvuelva ó se perfeccione.

Si las verdades primitivas se han desenvuelto realmente, se las debe encontrar todas en la sociedad espiritual perfeccionada, la que debe hacerse reconocer ella misma por el caracter de la mayor autoridad, pues que ella impondría al espíritu del hombre, á su corazon y sentidos nuevas obligaciones, y el hombre no debe la mayor obediencia sino á la mayor autoridad. No habria pues autoridad alguna visible igual á la de esta sociedad; y en efecto, segun lo que acabamos de decir, ella se compondría de la autoridad del género humano que atestigua las verdades primitivas, y de la autoridad posterior, que ates-

tiguaría á un mismo tiempo estas verdades y aquellas que con consecuencias ó la manifestacion de ellas. Y así como, de esta manifestacion conocida con certeza se podría deducir ó concluir rigurosamente la existencia de la sociedad espiritual perfeccionada, así tambien de la existencia cierta de esta sociedad, se debe concluir el desarrollo ó la manifestacion perfecta de la verdad, única causa posible de perfeccion.

Todo, en la eleccion de una religion, se reduce pues á saber si hay en alguna parte una autoridad tal cual la hemos definido, ó, en otros términos, si existe una sociedad espiritual y visible que declare que ella posee esta autoridad. Decimos en primer lugar una autoridad visible, porque todo testimonio es exterior; decimos en segundo lugar que este testimonio probaria con certeza la autoridad de que es trata, porque él sería la espresion de la razon mas general.

Si no existiese sociedad alguna que tuviese estos caracteres, la única y sola religion verdadera sería la religion tradicional del género humano, es decir, el conjunto de los dógmas y preceptos consagrados por la tradicion de todos los pueblos, y en su origen revelados por Dios.

Si existe una sociedad semejante, la religion verdadera es el conjunto de los dógmas y preceptos conservados por la tradicion en esta sociedad, y manifestado perpetuamente por su testimonio. Estos preceptos y dógmas no son mas que el desenrollo (una aclaracion estensa) de los dógmas y preceptos que forman la creencia general del género humano.

Todo hombre á quien cualesquiera circunstancias pusiesen en la imposibilidad de conocer la sociedad espiritual desenrollada ó perfeccionada, no estaría obligado á obedecer otra autoridad que la que el conociese, ó la autoridad del género humano.

Todo hombre que pudiese conocer la sociedad espiritual desenvuelta ó perfeccionada, estaría obligado á obedecer su autoridad, porque esta sería la mayor autoridad visible.

En una palabra el hombre está siempre obligado á obedecer á la mayor autoridad que le sea posible conocer, porque la razon es su regla, y porque una mayor autoridad no es ni puede ser otra cosa que una razon mas elevada.

Existe pues para todos los hombres un medio de discernir la verdadera religion: solo algunos pueden no estar en proporcion de conocerla en toda su perfeccion, ó de conocer toda su estension.

Este medio es universal, puesque tiene su principio en la naturaleza del hombre, que en todas partes cree al testimonio, ú obedece á la autoridad.

Este medio es fácil, puesque el hombre á cada instante hace uso del, y por él fija sus juicios y arregla sus acciones, en todo lo que tiene relacion con su existencia presente.

En fin, como ya lo hemos demostrado, este medio es seguro, puesque él es la ley misma de la certeza y de la vida.

Aqui podemos tambien apelar al testimonio universal. ¿Hubo jamas alguna religion que no se apoyase en la autoridad? ¿No han creido todos los pueblos, porque se les ha dicho, Creed; porque se les ha hablado en nombre de una razon superior? No se hallará uno en el que no se encuentren las tradiciones primitivas; luego obedecieron á la autoridad del género humano. Es verdad que un gran número de ellos, conservando estas tradiciones, las han alterado mas ó menos por los errores que han mezclado con ellas; pero estos mismos errores no se han establecido sino por la autoridad, no subsisten sino por ella, ó por una falsa aplicacion de la regla, que, mejor emplea-

da, los haría reconocer como invenciones humanas, y llevaría los espíritus á abrazar de nuevo la verdad.

Asi unos, confundiendo la sociedad política con la religiosa, han recibido sus creencias del poder civil, ó han obedecido á una autoridad que carecia de derecho. Otros malhallados con las obligaciones que la autoridad general de la sociedad espiritual imponia á su razon y á su corazon, se revelaron contra ella, y obedecieron á la autoridad particular de uno ó de algunos hombres: pero siempre han obedecido; y cualquiera que no obedece á alguna autoridad no tiene religion ni aun falsa.

Siendo conocido de todos los hombres el medio general de discernir la verdadera, cuando se estravian, á nadie deben culpar sino á su voluntad. Distraidos por las pasiones, dominados por el orgullo, ó no buscan la autoridad mas elevada, ó se niegan á obedecerla. Indiferencia ó rebellion, he aqui su crimen; y vé aqui las dos grandes causas de muerte para los seres inteligentes. ¡Infeliz de aquel que cierra sus oidos al testimonio! ¡Infeliz de aquel que se separa de la sociedad! *Væ soli* (a) Al salir de la nada nos repite esta aquella sentencia que el primer hombre oyó de la boca del Criador. El tiempo se abre para recibir la nueva inteligencia, que, por un solo acto toma posesion de lo pasado y de lo porvenir. Ella cree, y la fé la une á la suprema razon; nace, y adora, porque creer es adorar. Entrando, si puedo decirlo así, en el Ser infinito, se alimenta en él con la verdad, oyendo siempre obedeciendo siempre; y asi la vida eterna no es mas que una eterna obediencia.

Asegurados del medio, por el cual podemos discernir la verdadera religion, nos será ahora facil descubrirla; sin

---

(a) *Ecclesi cap. IV. v. 10.*

discutir dógma alguno, se trata únicamente de saber cual es la sociedad espiritual y visible que posee la mayor autoridad. Reconocida una vez esta sociedad, toda incertidumbre se desvanece. Disputar su testimonio, negar lo que ella atestigua, es abjurar la razon; desobedecer á sus leyes es un crimen. Desenvolviendo pues las consecuencias del principio establecido en este capítulo, probaremos.

1.º Que antes de Jesu-Cristo existía una sociedad espiritual y visible, sociedad universal, pero púramente doméstica que conservaba el depósito de las verdades necesarias, de modo que la verdadera Religion se componía de los dógmas y preceptos revelados en su origen por Dios y atestiguados por la tradicion de todas las familias y de todos los pueblos; que esta religion que se podia desde luego distinguir fácilmente de los errores particulares y de las supersticiones locales, se apoyaba evidentemente en la mayor autoridad, ó en el testimonio del género humano que es la manifestacion permanente de la razon general.

2.º Que habiéndose desenvuelto ó aclarado la religion primitiva segun la esperanza universal fundada en promesas divinas, la sociedad espiritual se ha desenvuelto ó aclarado igualmente; que perfeccionada en su constitucion y leyes, ha venido á ser sociedad pública; que desde este instante ó desde Jesu-Cristo, la sociedad cristiana tuvo siempre incontestablemente la mayor autoridad; de lo que se sigue que todo hombre que pueda conocerla, debe obedecer sus mandatos y creer en su testimonio, el cual, con respecto á las tradiciones antiguas se confunde con el testimonio del género humano, y no es en cuanto á lo demas otra cosa, que el testimonio de Dios mismo.

3.º Que entre las diversas comuniones cristianas, el caracter esencial de la mayor autoridad pertenece visiblemente á la iglesia católica; de modo que, en ella sola resi-

den todas las verdades necesarias al hombre, el conocimiento completo de las obligaciones ó de las leyes de la inteligencia, la certeza, la salud, la vida.

Del principio de autoridad se ven salir, como consecuencias rigorosas, las pruebas particulares del cristianismo. Demostraremos que solo en él se encuentran todas las notas ó señales de la verdadera religion, así como no se encuentran tampoco sino en la iglesia católica, las notas y señales distintivas de la sociedad depositaria de esta verdadera religion. Estas notas ó señales, que son condiciones necesarias de la mayor autoridad, pertenecen igualmente ya á la doctrina cristiana considerada en si misma, ya á la iglesia que la conserva y perpetúa por invariable enseñanza; cosa natural, pues que estas notas no son en el fondo mas que los caracteres inherentes al ser mismo de Dios, el cual, en su inmensa unidad y en las relaciones que ha querido establecer entre él y sus criaturas inteligentes, es toda la religion.

Despues de haber demostrado así la verdad del cristianismo ó de la religion católica, responderemos á algunas objeciones sobre la fé de los simples, y acerca de la intolerancia de la Iglesia, objeciones que se reproducen con frecuencia, y mucho mas de lo que convendría en un siglo que se jacta tanto de su espíritu filosófico.

Haremos ver finalmente, reasumiendo nuestro argumento principal, que el principio de la autoridad conduce necesariamente á la religion católica, y que su negacion conduce al escepticismo absoluto, sin que la razon pueda detenerse sin tocar uno de estos dos términos extremos.

Hecho esto, quedará probado que la indiferencia en materia de religion es absurda en sus motivos. Probaremos del mismo modo que tambien es funesta en sus efectos; lo que completará en toda su estension el plan que nos habiamos propuesto desempeñar.

Ojalá que aquellos cuya razon, fatigada por la duda se adormece en una seguridad engañosa, busquen al fin la verdadera paz, que no existe ni puede hallarse sino en la posesion cierta de la verdad. Pobres inteligencias desterradas á regiones lejanas despues de haber disipado la porcion que las pertenecia de la heredad comun, huyen la sociedad de las demas inteligencias, y se duermen estraviadas cerca de los seres que carecen de razon, de cuyo alimento quisieran participar en su desnudez vergonzosa. Plegue á Dios que despierten, y vuelvan los ojos hácia la casa en que nacieron; alli es donde estan y de donde les vienen tantos recuerdos tristes; alli estaban sus esperanzas; ¡Desventurados! todo lo han perdido; pero pueden recobrarlo todo. ¿No han errado ya bastante por tinieblas abrasadoras lejos de la luz y de la vida? Medio consuntas, casi apagadas y exanimas; nada importa; vuelvan á entrar en el seno de la familia, de la sociedad eterna de donde salieron. Dios las espera; ¿por qué tardan? En volviendo á su Padre, gozarán de una dicha y reposo, que desde que se separaron de el no hallaron ni podrian hallar jamas; ni aun conocerla.

FIN DEL TOMO III.



En la página XVII falta la última línea y en esta

Prólogo.....	pág.	7.
Capítulo I = Del fundamento de la certidumbre.....	pág.	3.
Capítulo II = De la existencia de Dios.....	pág.	26.
Capítulo III = Consecuencias de la existencia de Dios con respecto al origen y certeza de nuestros conocimientos.....	pág.	53.
Capítulo IV = Hay una Religión verdadera, no hay mas que una, y es absolutamente necesaria á la salud.....	pág.	71.
Capítulo V = Reflexiones generales sobre la posibilidad y los medios de discernir la verdadera Religión.....	pág.	85.
Capítulo VI = El sentimiento ó la revelacion inmediata no es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religión.....	pág.	93.
Adicion al Capítulo VI.....	pág.	106.
Capítulo VII = La senda del raciocinio ó de la discusion no es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera Religión.....	pág.	107.
Capítulo VIII = La autoridad es el medio general dado á los hombres para discernir la verdadera religion, de modo que, la verdadera religion es incontestablemente aquella que se apoya en la mayor autoridad visible.....	pág.	135.

## ERRATAS O MAS NOTABLES.

En la página XVIII falta la última línea y su cita. Debe leerse así: *Un ministro de Nismes ha publicado contra mi un libro en el que se advierte &c.* El título de esta obra emitido en la plana es: *Observations sur l' unité religieuse, en réponse au livre de M. de la Mennais, intitulé: Essai sur l' indifférence en matière de Religion, dans la partie qui attaque le protestantisme*, par J. L. S. Vincent, l' un des pasteurs de l' Eglise réformée de Nismes.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
XXIX		los	los
XXXIV	19	; declaraos	declararos
4	12	los	los
9		última	sentimientos
13	29	que nuestras	que de nuestras
15	30	infalibilidad	infalibilidad
28	19	idém	id
32	19	el	al
34	3	auxilio	auxilio
68	21	vivifica	vivifica
83	4	existencia	existencia
83	23	ocusejo	consejo
94	4	lo	la
102	12	horrosa	horrorosa
		á Dios,	a Dios;
102	11	conumiria	consumiria
	12	no tarde	no tarda
	15	sentimiento	su sentimiento
110	15	palpables	palpable

113.....	2.....	antiguo .....	antiguos.....
	10.....	existencia de.....	existencia eterna de....
119.....	1.....	D' Alembert.....	D' Alembert.....
	10.....	Barcly.....	Barclay .....
	15.....	ha.....	han.....
		última..	confesiones; en el Emilio
120.....	4.....	arbitrio.....	arbitro.....
	25.....	ormales,.....	formales.....
129.....	23.....	Decares.....	Déscartes .....
132.....	20.....	dirigiendosele.....	dirigiéndose.....
133.....	20.....	ara.....	para .....
	22.....	tenemos.....	tememos.....
134.....	18.....	queda.....	queda.....











